



# Santa Juana

George Bernard Shaw



«Era un Tolstói bromista,  
un Samuel Johnson moderno, un genio universal  
que, en su modesto reconocimiento, puso  
incluso a Shakespeare en un segundo plano.»

JOHN CAMPBELL

# Santa Juana

*Una crónica en seis escenas y un epílogo*

George Bernard Shaw

Traducción de Francisco García Lorenzana



Título original: *Saint Joan. A Chronicle Play in Six Scenes and an Epilogue* (1923)

Primera edición en esta colección: agosto de 2019

Copyright © 1924, 1930 George Bernard Shaw

© de la traducción, Francisco García Lorenzana, 2019

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2019

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17622-81-7

Diseño de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

## PREFACIO DEL AUTOR

### *Juana: la original y presuntuosa*

Juana de Arco, una muchacha procedente de un pueblo de los Vosgos, nació alrededor de 1412; fue quemada por herejía, brujería y hechicería en 1431; en cierta medida rehabilitada en 1456; nombrada venerable en 1904; declarada beata en 1908, y finalmente canonizada en 1920. Se trata de la santa guerrera más destacada en el calendario cristiano y de la personalidad más extraña entre las celebridades más excéntricas de la Edad Media. Aunque fue una católica declarada y muy devota, y propuso una cruzada contra los husitas, en realidad se trata de una de las primeras mártires protestantes. También fue una de las primeras apóstoles del nacionalismo y la primera francesa que puso en práctica el realismo napoleónico en la guerra, que se diferenciaba en muy gran medida del juego basado en el intercambio de rescates de la caballería de la época. Fue pionera en introducir una vestimenta racional para la mujer y, como la reina Cristina de Suecia dos siglos después, sin mencionar a Catalina de Erauso e innumerables heroínas olvidadas que se disfrazaron de hombre para servir como soldados y marineros, se negó a aceptar el papel destinado a las mujeres y se vistió, luchó y vivió como lo hacían los hombres.

Como se empleó con todas sus fuerzas en todos estos papeles y se hizo famosa en toda la Europa occidental antes de cumplir los veinte años (de hecho, nunca llegó a cumplirlos), no resulta sorprendente que fuera quemada por orden judicial, ostensiblemente por una serie de crímenes capitales que nosotros ya no castigamos como tales, pero, en esencia, por lo que podemos considerar un comportamiento poco femenino y una presunción insufrible. A los dieciocho años, las pretensiones de Juana iban más allá de las del papa más orgulloso o del emperador más altivo. Afirmaba que era la embajadora y plenipotenciaria de Dios y que, en realidad, era miembro de la Iglesia triunfante a pesar de seguir presente en carne y hueso en la Tierra. Amonestaba a su propio rey y al rey inglés le exigía arrepentimiento y obediencia a sus órdenes. Daba lecciones, reprendía y contradecía a estadistas y prelados. Desestimaba los planes de los generales y dirigía a sus tropas a la victoria siguiendo sus propios planes. Sentía un

desprecio ilimitado y muy poco disimulado por las opiniones, los juicios y las autoridades oficiales y por las tácticas y las estrategias del Estado Mayor. Si hubiera sido una sabia y una reina en la que se unieran la jerarquía más venerable y la dinastía más ilustre, sus pretensiones y procedimientos habrían sido tan incómodos para la mentalidad oficial como lo fueron para Casio las pretensiones de César. Pero, como su situación real era que había surgido de la nada, con ella solo quedaban dos opciones. Una era que fuera milagrosa; la otra, que fuera insoportable.

### *Juana y Sócrates*

Si Juana hubiera sido malvada, egoísta, cobarde o estúpida, habría sido una de las personas más odiosas de la historia en lugar de una de las más atractivas. Si hubiera sido lo suficientemente mayor para ser consciente del efecto que producía en los hombres a los que humillaba al tener razón cuando ellos estaban equivocados, y hubiera aprendido a halagarlos y manejarlos, podría haber vivido tanto tiempo como la reina Isabel. Pero era demasiado joven, rústica e inexperta para dominar esas artes. Cuando se le oponían hombres a los que creía idiotas, no ocultaba la opinión que le merecían o la impaciencia que le provocaban sus locuras, y era lo suficientemente inocente para esperar que se sintieran agradecidos por haberlos sacado del error y alejado del daño. Ahora bien, siempre resulta difícil para las mentes superiores comprender el enojo que despierta la demostración pública de las estupideces de los comparativamente más tontos. Ni siquiera Sócrates, a pesar de su edad y experiencia, se defendió en su juicio como un hombre que comprendiera la furia largamente acumulada que había estallado contra él y que pedía a gritos su muerte. Su acusador, si hubiera nacido 2.300 años después, podría haber sido cualquier viajero de un vagón de primera clase en el tren de cercanías durante la hora punta vespertina o matutina desde o hacia el centro la *City*, porque en realidad no tenía nada más que decir que él y sus semejantes no soportaban que se les presentase como idiotas cada vez que Sócrates abría la boca. Sócrates, que no era consciente de esta situación, se quedó paralizado porque no acababa de comprender de dónde venía el ataque. Se calló en cuanto dejó claro que era un antiguo soldado y un hombre de vida honorable y que su acusador era un estúpido engreído. No llegaba a sospechar hasta qué punto su superioridad mental había despertado el miedo y el odio contra él en el corazón de los hombres a los que solo tenía conciencia de haber ofrecido su buena voluntad y sus buenos servicios.

### *Contraste con Napoleón*

Si en esta situación Sócrates fue tan inocente a la edad de setenta años, resulta fácil imaginar lo inocente que era Juana con solo diecisiete años. Ahora bien, Sócrates era un hombre de argumentos que actuaba lenta y pacíficamente sobre la mente de los hombres, mientras que Juana era una mujer de acción, que actuaba con violencia impetuosa sobre sus cuerpos. Esa, sin duda, es la razón por la que los contemporáneos de Sócrates lo soportaron durante tanto tiempo y la razón por la que Juana fue destruida antes de que acabase de madurar. Pero ambos combinaban una habilidad terrorífica con una franqueza, una modestia personal y una benevolencia que lograban que el rechazo furioso del que cayeron víctimas fuera totalmente irracional y, por ello, incomprendible para ellos. Napoleón, que también poseía una habilidad terrorífica, pero que no era franco ni desinteresado, no albergaba ninguna ilusión sobre la naturaleza de su popularidad. Cuando se le preguntó cómo se tomaría el mundo su muerte, contestó que seguramente iba a soltar un suspiro de alivio. Pero no resulta fácil para gigantes mentales que no odian ni intentan herir a sus congéneres darse cuenta de que, aún así, sus congéneres odian a los gigantes mentales y quieren destruirlos, no porque los envidien por el hecho de que el ejemplo de su superioridad hiera su vanidad, sino, con bastante humildad y honestidad, porque los asustan. El miedo puede empujar a los hombres hacia cualquier exceso y el miedo inspirado por un ser superior es un misterio que no se puede eliminar mediante la razón. El ser inconmensurable resulta insoportable cuando no existe ninguna presunción o garantía de su benevolencia y su responsabilidad moral; en otras palabras, cuando no tiene un estatus oficial. La superioridad legal y convencional de Herodes y Pilatos, y de Anás y Caifás inspiran miedo, pero el miedo, al ser un miedo razonable de consecuencias medibles y evitable, que parece saludable y protector, es soportable, mientras que la extraña superioridad de Cristo y el miedo que inspira provocan el grito de «Crucificadlo» por parte de todos los que no pueden adivinar su benevolencia. Sócrates tiene que beber la cicuta, Cristo, colgar de la cruz y Juana, arder en la hoguera, mientras que Napoleón, aunque termina en Santa Elena, al final muere en la cama, y muchos malvados oficiales, terroríficos, pero comprensibles, fallecen de muerte natural bajo toda la gloria de los reinos de este mundo, lo que demuestra que es mucho más peligroso ser un santo que ser un conquistador. Los que han sido ambas cosas, como Mahoma y Juana, han descubierto que es el conquistador quien debe salvar

al santo y que la derrota y la captura significan el martirio. Juana fue quemada sin que se alzase ni una sola mano en su bando para salvarla. Los camaradas que había conducido a la victoria y los enemigos a los que había humillado y derrotado, el rey francés al que había coronado y el rey inglés cuya corona había tirado al Loira, estaban igual de contentos de deshacerse de ella.

### *¿Juana era inocente o culpable?*

Como este resultado pudo ser consecuencia de una inferioridad manifiesta así como de una superioridad sublime, tiene que abordarse la pregunta de cuál de las dos actuaba en el caso de Juana. Sus contemporáneos decidieron contra ella después de un juicio muy cuidadoso y concienzudo, y la revocación del veredicto veinticinco años después, en forma de la rehabilitación de Juana, en realidad solo fue una confirmación de la validez de la coronación de Carlos VII. Es el cambio más que impresionante por parte de una posteridad unánime, que culminó con su canonización, lo que ha anulado el procedimiento original y ha puesto a juicio a sus jueces, que hasta ahora ha sido mucho más injusto que el juicio al que fue sometida Juana. Sin embargo, la rehabilitación de 1456, resultado de una labor corrupta, realmente presentó pruebas suficientes para satisfacer a todos los críticos razonables de que Juana no era un arpía común, ni una ramera, ni una bruja, ni una blasfema ni más idólatra que el propio papa y que no tuvo un mal comportamiento en ningún sentido, aparte de su actuación como soldado, su vestimenta de hombre y su audacia, pero, por el contrario, desplegaba buen humor, era una virgen intacta, muy piadosa, muy templada (deberíamos recordar su comida, consistente en pan empapado en vino común, que es el agua potable de la Francia ascética), muy amable y, aunque era una soldado valiente y fuerte, era incapaz de soportar el lenguaje vulgar o una conducta licenciosa. Subió a la hoguera sin una mancha en su carácter, excepto la presunción sobrecogedora, la soberbia, que fue como la llamaron, que la llevó hasta allí. Por lo tanto, sería una pérdida de tiempo demostrar que la Juana de la primera parte de la obra teatral isabelina de Enrique VI (que supuestamente fue retocada por Shakespeare) la calumnia burdamente en sus escenas finales en deferencia al patriotismo. A estas alturas, el lodo que se le arrojó se ha caído tan completamente que no hay necesidad de que ningún escritor moderno se entretenga a lavárselo. Lo que es mucho más difícil es deshacerse del barro que se está arrojando a sus jueces, y el lavado de cara que la desfigura hasta hacerla irreconocible. Después de que el patriotismo hiciera todo lo que pudo contra ella, el sectarismo (en este caso, el sectarismo protestante) usó su estaca para atacar a la Iglesia católica y a la Inquisición. La forma más fácil de convertir estas instituciones en los villanos de un melodrama era transformar a la Doncella en su heroína. Ese melodrama se puede desechar como basura. Juana tuvo un juicio mucho más justo por parte de la Iglesia y la Inquisición que

cualquier prisionero de su tipo y en su situación puede encontrar en la actualidad en cualquier tribunal oficial laico, y la sentencia se ajustaba estrictamente a la ley. Y no era una heroína melodramática, es decir, no fue una enamorada físicamente hermosa, parásita de un héroe igualmente hermoso, sino un genio y una santa, que es casi lo completamente opuesto a una heroína melodramática en la medida que es posible para un ser humano.

Seamos claros sobre el significado de los términos. Un genio es una persona que, al ver más lejos y explorar más profundamente que otras personas, tiene un conjunto de valores éticos diferente al de todos los demás, y tiene la energía suficiente para hacer realidad esta visión adicional y sus valores de la manera que mejor se adapten a sus talentos específicos. Un santo es aquel que ha practicado virtudes heroicas y ha disfrutado de revelaciones o poderes del orden que la Iglesia clasifica técnicamente como sobrenaturales, de manera que es elegible para la canonización. Si un historiador es un antifeminista y no cree que las mujeres sean capaces de demostrar genialidad en las actividades masculinas tradicionales, nunca tendrá una buena opinión de Juana, cuyo genio se aplicó en la práctica principalmente en el campo de la guerra y de la política. Si es lo suficientemente racionalista como para negar que los santos existen y para sostener que las ideas nuevas no pueden provenir de ninguna otra vía que no sea un razonamiento consciente, nunca alcanzará a comprender a Juana. Su biógrafo ideal debe estar libre de los prejuicios y las modas del siglo XIX; debe entender la Edad Media, la Iglesia católica y el Sacro Imperio Romano mucho más íntimamente de como los han entendido nuestros historiadores liberales, y debe ser capaz de deshacerse de las parcialidades sexuales y sus reflejos novelescos y considerar a la mujer como la hembra de la especie humana y no como un tipo diferente de animal con encantos específicos y flaquezas específicas.

### *La belleza de Juana*

Para decirlo de manera tajante, cualquier libro sobre Juana que comience por describirla como una belleza se puede clasificar de inmediato como una novela. Ni uno solo de los compañeros de Juana, en la aldea, la corte o el campamento, incluso cuando se esforzaban por complacer al rey al alabarla, llegó a afirmar nunca que fuera guapa. Todos los hombres que se refirieron al asunto declararon con el mayor énfasis que no era sexualmente atractiva hasta un punto que les pareció milagroso, si consideramos que estaba en la flor de la juventud, y no era fea, desgarbada, deforme ni desagradable en su persona. La verdad evidente es que, como la mayoría de las mujeres de su temperamento, parecía neutral en el conflicto entre los sexos porque los hombres le tenían demasiado miedo para enamorarse de ella. No obstante, ella no era asexual: a pesar de la virginidad que había jurado preservar hasta cierto punto, y que conservó hasta su muerte, nunca excluyó la posibilidad de casarse. Pero el matrimonio, con sus preliminares de la atracción, la persecución y la captura de un marido, no era asunto suyo: ella tenía otros asuntos que atender. La fórmula de Byron: «El amor del hombre es una cosa aparte de su vida; el de la mujer es toda su existencia», no se le podía aplicar a ella como no se podía aplicar a George Washington o a cualquier otro hombre de acción en la escala heroica. Si hubiera vivido en nuestra época, se habrían podido vender postales que la retratasen como un general, pero no se habrían vendido mostrándola como una sultana. Sin embargo, hay una razón para otorgarle un rostro muy destacable. Un escultor de su época, en Orleans, realizó una estatua de una mujer joven con casco con una cara que es única en el arte porque resulta evidente que no se trata de un rostro ideal, sino que es un retrato, y, aún así, es tan poco común que se diferencia de cualquier mujer real que hayamos podido ver. Se supone que Juana sirvió inconscientemente como modelo del escultor. No hay prueba de esto, pero esos ojos extraordinariamente separados plantean tan poderosamente la pregunta: «Si esta mujer no es Juana, ¿quién es?» que prescindo de más pruebas y desafío a los que no están de acuerdo conmigo a demostrar que no lo es. Se trata de un rostro maravilloso, pero bastante neutral desde el punto de vista de los aficionados a las elegantes bellezas de ópera.

Dichos aficionado se pueden enfriar definitivamente por el hecho prosaico de que Juana fue la acusada en una demanda por incumplimiento de promesa de matrimonio, y que llevó su propia defensa y ganó.

### *La posición social de Juana*

Por clase, Juana era hija de un campesino acomodado que era uno de los jefes de su aldea y gestionaba sus relaciones feudales con los señores vecinos y sus abogados. Cuando el castillo en el que los aldeanos tenían derecho a refugiarse en caso de ataque quedó abandonado, organizó a media docena de campesinos importantes para obtener su posesión y ocuparlo cuando hubiera peligro de invasión. De niña, Juana podía divertirse de vez en cuando imaginándose que era la heredera del castillo. Su madre y sus hermanos pudieron seguirla y compartir su fortuna en la corte sin ponerse demasiado en ridículo. Estos hechos no nos dejan margen para la leyenda popular que convierte a cada heroína en una princesa o en una mendiga. Se trata de un caso similar al de Shakespeare, en el que toda una pirámide invertida de investigación desperdiciada se ha basado en el supuesto de que era un trabajador analfabeto, frente a la evidencia más clara de que su padre era un hombre de negocios, y en cierto momento uno muy próspero, casado con una mujer de cierto nivel social. Existe la misma tendencia a degradar a Juana a la posición de una pastora contratada, aunque una pastora contratada en Domrémy se habría referido a ella como la joven señora de la granja.

La diferencia entre el caso de Juana y el de Shakespeare es que Shakespeare no era analfabeto. Había ido a la escuela y sabía tanto latín y griego como la mayoría de los licenciados universitarios actuales, es decir, que a efectos prácticos no sabía nada en absoluto. Juana era totalmente analfabeta. «No sé diferenciar la A de la B», dijo. Pero muchas princesas de esa época y durante mucho tiempo después podrían haber dicho lo mismo. María Antonieta, por ejemplo, a la edad de Juana no sabía deletrear correctamente su nombre. Pero esto no significa que Juana fuera una persona ignorante o que sufriera por esta carencia ni por la sensación de desventaja social que sienten en la actualidad las personas que no saben leer ni escribir. Aunque no podía escribir sus cartas, las dictaba y les daba una gran importancia, que incluso se podría considerar excesiva. Cuando la llamaban pastora a la cara, se sentía muy ofendida y desafiaba a cualquier mujer para que compitiese con ella en el desempeño de las tareas domésticas y en llevar una casa de un nivel social acomodado. Comprendía mucho mejor la situación militar y política en Francia que lo que la mayoría de las graduadas universitarias, alimentadas por los periódicos, entienden de la situación de sus propios países en la actualidad. Su primer converso fue el comandante del vecino Vaucouleurs, y lo convirtió contándole la derrota

de las tropas del delfín en la batalla de los Arenques<sup>1</sup> mucho antes de que recibiera noticia oficial del acontecimiento, de manera que concluyó que Juana debió recibir una revelación divina. Este conocimiento y el interés en los asuntos públicos no era nada extraordinario entre los campesinos en una región maltratada por la guerra. Los políticos llegaban a sus puertas con demasiada frecuencia espada en mano como para que se los pudiese ignorar: la familia de Juana no podía permitirse el lujo de ignorar lo que estaba pasando en el mundo feudal. No eran ricos y Juana trabajaba en la granja como lo hacía su padre, llevaba a las ovejas a pastar y hacía las demás tareas agrícolas, pero no existe ninguna prueba o sugerencia de una pobreza extrema, y no hay razón para creer que Juana tuviera que trabajar como criada, o ni siquiera que tuviera que trabajar en absoluto cuando prefería ir a confesarse, o a pasear mientras esperaba visiones y prestaba atención a las campanas de la iglesia para oír voces en ellas. En definitiva, fue mucho más una señorita, e incluso una intelectual, que la mayoría de las hijas de nuestra pequeña burguesía.

### *Las voces y las visiones de Juana*

Las voces y las visiones de Juana le han jugado más de una mala pasada a su reputación. Han servido para demostrar que estaba loca, que era una mentirosa y una impostora, que era una hechicera (por eso la quemaron) y, finalmente, que era una santa. En realidad, no son prueba de ninguna de estas cosas, pero la variedad de las conclusiones a las que se ha llegado demuestra lo poco que saben nuestros historiadores de las mentes ajenas o incluso de las propias. Hay personas en el mundo que tienen una imaginación tan vívida que cuando tienen una idea se les aparece como una voz audible, a veces pronunciada por una figura visual. Los hospitales psiquiátricos penitenciarios están ocupados mayoritariamente por asesinos que han obedecido a unas voces. Así, una mujer puede oír voces que le dicen que debe cortarle la garganta a su marido y estrangular a su hijo mientras duermen, y ella puede sentirse obligada a hacer lo que se le dice. Por una superstición médico-legal, nuestros tribunales sostienen que los criminales que se dejan llevar por las tentaciones que se les presentan bajo estas ilusiones no son responsables de sus acciones y deben ser tratados como locos. Pero los videntes de las visiones y los oyentes de las revelaciones no son siempre criminales. Las inspiraciones, las intuiciones y las conclusiones inconscientemente razonadas de los genios a veces se equiparan a ilusiones similares. Sócrates, Lutero, Swedenborg y Blake vieron visiones y oyeron voces como san Francisco y santa Juana. Si la imaginación de Newton hubiera sido de este mismo tipo vívidamente dramática, podría haber visto el fantasma de Pitágoras paseando por el huerto y explicándole por qué caían las manzanas. Dicha ilusión no habría invalidado ni la teoría de la gravedad ni la cordura general de Newton. Es más, el método visionario para realizar el descubrimiento no sería ni una pizca más milagroso que el método normal. La prueba de la cordura no es la normalidad del método, sino que el descubrimiento sea razonable. Si Pitágoras hubiera informado a Newton de que la Luna estaba hecha de queso verde, entonces habrían encerrado a Newton. La gravitación, puesto que era una hipótesis razonada que encajaba notablemente bien en la versión copernicana de los hechos físicos observados del universo, fundamentó la reputación de Newton de disponer de una inteligencia extraordinaria, y lo habría hecho en cualquier caso, sin importar lo fantástico que fuera el camino que lo había conducido a ella. No obstante, su teoría de la gravitación no es una hazaña mental tan impresionante como su asombrosa *Cronología*, que lo establece como el rey de la conjuradores mentales, pero

se trata de un rey bedlamita<sup>2</sup> cuya autoridad nadie acepta en la actualidad. Sobre el tema del undécimo cuerno de la bestia visto por el profeta Daniel, fue más fantástico que Juana, porque su imaginación no era dramática, sino matemática, y, por lo tanto, extraordinariamente susceptible a los números: de hecho, si se hubieran perdido todas sus obras, excepto su cronología, ahora diríamos que estaba tan loco como el sombrerero.<sup>3</sup> Pero, como las cosas son como son, ¿quién se atreve a diagnosticar a Newton como un loco?

De la misma manera, Juana debe ser juzgada como una mujer cuerda a pesar de sus voces, porque nunca le dieron ningún consejo que no hubiera podido proceder del ingenio de su madre, exactamente como la gravitación le llegó a Newton. Todos podemos ver en la actualidad, en especial desde que la última guerra lanzó a muchas de nuestras mujeres a la vida militar, que las campañas de Juana no se hubieran podido librar en faldas. No fue así solo porque realizó un trabajo de hombre, sino porque era moralmente necesario que el sexo quedase fuera de la relación entre ella y sus compañeros de armas. Ella misma dio esta razón cuando fue presionada sobre el tema, y el hecho de que esta necesidad completamente razonable llegase a su imaginación como una orden de Dios entregada a través de la boca de santa Catalina no prueba que estuviera loca. La sabiduría de la orden demuestra que estaba inusualmente cuerda, pero por su forma demuestra que su imaginación dramática engañaba a sus sentidos. Su política también fue bastante razonable: nadie discute que la liberación de Orleans, seguida de la coronación del delfín en Reims como un ataque contra las sospechas muy extendidas en aquel momento sobre su legitimidad y, en consecuencia, sobre su título, fueron golpes maestros militares y políticos que salvaron a Francia. Podrían haber sido planeados por Napoleón o por cualquier otro genio a prueba de ilusiones. Le llegaron a Juana como instrucciones de su Consejo, que era como llamaba a los santos de sus visiones, pero por el hecho de imaginar de esta manera sus ideas no dejó de ser una líder de hombres muy capaz.

### *El deseo de evolución*

Entonces, ¿cuál es la visión moderna de las voces y las visiones de Juana y de los mensajes de Dios? El siglo XIX decía que eran delirios, pero que, como era una muchacha bonita y había sido abominablemente maltratada y finalmente ejecutada por una chusma de sacerdotes medievales supersticiosos, empujados por un obispo político corrupto, se debía asumir que era la inocente víctima de estos delirios. El siglo XX considera que esta explicación es una vulgaridad demasiado superficial y exige algo más místico. Creo que el siglo XX tiene razón, porque una explicación que se basa en que Juana tenía carencias mentales en lugar de atribuirle, como obviamente tenía, una mentalidad excesiva no tiene ningún fundamento. No puedo creer ni, aunque pudiera, podría esperar que todos mis lectores creyeran, como lo hizo Juana, que tres personas visibles y ricamente vestidas, llamadas respectivamente santa Catalina, santa Margarita y san Miguel, bajasen del cielo y le transmitieran ciertas instrucciones dadas por Dios solo para ella. No es que dicha creencia sea más improbable o fantástica que algunas creencias modernas que todos nos tragamos, pero hay modas y costumbres familiares en las creencias, y sucede que, puesto que mi moda es victoriana y mis costumbres familiares son protestantes, soy incapaz de otorgar ninguna validez objetiva a la forma de las visiones de Juana.

Pero existen fuerzas que usan a individuos para fines que trascienden el propósito de mantener a estos individuos vivos, prósperos, respetables, seguros y felices en el estadio intermedio de la vida, que es a lo que un buen burgués puede aspirar razonablemente, se demuestra por el hecho de que algunos hombres, en busca del conocimiento y de las reformas sociales que no les proporcionarán ninguna ganancia, y, de hecho, en muchas ocasiones sufren grandes pérdidas, se enfrentan a la pobreza, la infamia, el exilio, el encarcelamiento, penurias terribles y la muerte. Ni el afán egoísta para conseguir poder personal empuja a los hombres a realizar los esfuerzos y los sacrificios que se hacen con gran entusiasmo para ampliar la extensión de nuestro poder sobre la naturaleza, aunque estas ganancias no beneficien en nada al que las realiza. Este apetito de conocimientos y de poder es tan misterioso como el apetito de alimento: uno y otro se conocen como hechos y solo como hechos, y se diferencian únicamente en el hecho de que el apetito de alimentos es necesario para el hombre que tiene hambre y, por consiguiente, es un

apetito personal, mientras que el otro es un apetito de evolución y, en consecuencia, una necesidad suprapersonal.

Las diversas maneras en que nuestra imaginación dramatiza la aproximación de las fuerzas suprapersonales es un problema para el psicólogo, pero no para el historiador. No obstante, el historiador debe comprender que los visionarios no son unos impostores ni unos lunáticos. Una cosa es decir que la figura que Juana tomó como santa Catalina no era realmente la santa, sino la dramatización por parte de la imaginación de Juana de la presión que ejercía sobre ella la fuerza impulsora que se encuentra detrás de la evolución y que acabo de bautizar como apetito de evolución, y otra cosa absolutamente distinta es mezclar sus visiones con la visión de una luna doble por parte de un borracho o con los espectros de Brocken<sup>4</sup> y otras cosas por el estilo. Las instrucciones de santa Catalina fueron demasiado convincentes para ser de este tipo y el campesino francés más sencillo, que cree en la aparición de personajes celestiales a ciertos mortales privilegiados, está mucho más cerca de la verdad científica sobre Juana que los ensayistas e historiadores racionalistas y materialistas que se creen obligados a tachar de loca o mentirosa a una muchacha que veía santos y que oía que le hablaban. Si Juana estaba loca, también lo está toda la cristiandad, porque las personas que creen devotamente en la existencia de personajes celestiales están tan locas, en este sentido, como las que creen que los ven. Lutero, cuando le tiró el tintero al diablo, no estaba menos loco que cualquier otro fraile agustino; solo tenía una imaginación más viva y es posible que hubiera dormido y comido menos: eso es todo.

*La mera iconografía no importa*

Todas las religiones populares del mundo son aprehendidas mediante una variedad de personajes legendarios, con un Padre Todopoderoso y, a veces, una madre y un niño divinos, como figuras centrales. Estas imágenes se presentan reiteradamente a los ojos del espíritu durante la infancia y tienen como resultado una alucinación que persiste durante toda la vida si la impresión fue lo suficientemente fuerte. Así, todo el pensamiento del adulto alucinado sobre la fuente de inspiración que fluye continuamente en el universo, o sobre los impulsos de la virtud y las revulsiones de la vergüenza, es decir, sobre los anhelos y la conciencia, fuerzas que son, de hecho, más obvias que el electromagnetismo, es una forma de pensar en función de visiones celestiales. Y cuando, en el caso de las personas excepcionalmente imaginativas, en especial aquellas que practican ciertas austeridades apropiadas, la alucinación se extiende desde el ojo de la mente hasta el ojo del cuerpo, el visionario ve a Krishna o a Buda o a la Santísima Virgen o a santa Catalina, según las circunstancias.

### *La educación moderna de la que Juana escapó*

En la actualidad es importante que todos entiendan lo siguiente, porque la ciencia moderna se entretiene descreditando todo lo que puede las alucinaciones, sin considerar la importancia vital de las cosas que simbolizan. Si Juana volviese a nacer en la actualidad, para empezar, la enviarían a una escuela de monjas donde le enseñarían con mucha suavidad a conectar la inspiración y la conciencia con santa Catalina y san Miguel exactamente igual como lo hicieron en el siglo XV, y más tarde terminaría con una formación muy enérgica en el evangelio de san Louis Pasteur y san Paul Bert, que le explicarían (posiblemente con visiones, pero con mayor probabilidad con panfletos) que no fuera una simplona supersticiosa y que dejase de lado a santa Catalina y al resto de la hagiología católica como una iconografía obsoleta de mitos desacreditados. Se le inculcaría que Galileo fue un mártir y sus perseguidores, unos ignorantes incorregibles, y que las hormonas de santa Teresa habían desvariado y la habían vuelto hiperpituitaria o hiperadrenal o histeroide o epileptoide o cualquier otra cosa excepto asteroide. La habrían convencido mediante preceptos y experimentos de que el bautismo y recibir el cuerpo de su Señor eran supersticiones despreciables y de que la vacunación y la vivisección eran prácticas ilustradas. Detrás de sus nuevos santos Louis y Paul se encontrarían no solo la ciencia, que purificaría la religión y sería purificada por ella, sino la hipocondría, la melancolía, la cobardía, la estupidez, la crueldad, la curiosidad malsana, el conocimiento sin sabiduría y todo lo que el alma eterna detesta en la naturaleza, en lugar de las virtudes de las que santa Catalina fue la figura principal. En cuanto a los nuevos ritos, ¿qué Juana estaría más cuerda? ¿La que llevó a los niños pequeños a ser bautizados con el agua y el espíritu o la que los enviaría a la policía para obligar a los padres a dejarse introducir en las venas el veneno racial más vil que conocemos? ¿La que les explicó la historia del ángel y de María o la que los interroga sobre sus experiencias con el complejo de Edipo? ¿La que consideraba que la oblea consagrada era el cuerpo verdadero de la virtud que era su salvación o la que perseguía una regulación precisa y conveniente de su salud y sus deseos mediante una dieta calculada con todo detalle de extracto de tiroides, adrenalina, timina, pituitrina e insulina, con un complemento de estimulantes hormonales, después de haberse fortalecido cuidadosamente la sangre con anticuerpos contra posibles infecciones mediante la inoculación de bacterias y sueros infectados procedentes de animales

infectados, y contra la vejez mediante la extirpación quirúrgica de los conductos reproductores o con dosis semanales de glándulas de simios?

Es cierto que detrás de toda esta charlatanería existe cierto conjunto de fisiología genuinamente científica. Pero ¿era menor el cuerpo de psicología genuina detrás de santa Catalina y del Espíritu Santo? ¿Y cuál es la mente más sana? ¿La mente santa o la mente de glándula de simio? ¿Acaso el grito actual de «Volvamos a la Edad Media», que se ha estado incubando desde el inicio del movimiento prerrafaelita, no significa que no solo las imágenes de nuestra Academia son intolerables, sino nuestra credulidad, que no tiene la excusa de ser supersticiosa, nuestras crueldades, que no tienen la excusa de la barbarie, nuestras persecuciones, que no tienen la excusa de la fe religiosa, nuestra sustitución vergonzosa de los santos por estafadores, sinvergüenzas y charlatanes de éxito, y nuestra sordera y ceguera a los llamamientos y las visiones de las fuerzas inexorables que nos han formado y que nos destruirán si no les hacemos caso? Para Juana y sus contemporáneos, pareceríamos una piara de cerdos de Gadara,<sup>5</sup> poseídos por todos los espíritus inmundos que pretendían expulsar la fe y la civilización de la Edad Media, corriendo furiosamente hacia el precipicio que conduce a un infierno de explosivos espantosos. Si nos empeñamos en considerar nuestra situación actual como la medida de la cordura y declaramos que Juana estaba loca porque no la aceptaría, será una prueba de que no solo estamos perdidos, sino que somos irrecuperables. Por eso dejemos de lado todas esas tonterías sobre la locura de Juana y aceptemos que como mínimo estaba tan cuerda como Florence Nightingale, que también combinó una iconografía muy sencilla de creencias religiosas con una mente tan excepcionalmente poderosa que le provocó problemas continuos con los mandamases médicos y militares de su época.

### *Los errores de las voces*

Que las voces y las visiones eran ilusorias, y que su sabiduría era completamente de Juana, lo demuestran las veces en que le fallaron, en especial durante su juicio, donde le aseguraron que sería liberada. En este caso, sus esperanzas la engañaron, pero no dejaban de ser razonables: su compañero militar La Hire estaba al mando de fuerzas considerables a muy poca distancia, y si los armagnacs, como se llamaba su partido, la hubieran querido rescatar de verdad y hubieran puesto en la empresa un poco de su vigor, podrían haberlo intentado con bastantes posibilidades de éxito. Ella no podía comprender que quisieran librarse de ella, ni que rescatar un prisionero de manos de la Iglesia fuera un asunto mucho más serio para un capitán medieval, o incluso para un rey medieval, que las dificultades estrictamente físicas de cualquier operación militar. Según sus conocimientos, era razonable esperar un rescate, por eso oyó cómo santa Catalina le aseguraba que ocurriría, porque era la única manera de seguir adelante con sus proyectos. Cuando quedó claro que se había equivocado, cuando la conducían a la hoguera y La Hire no estaba llamando a las puertas de Ruan ni cargando contra los soldados de Warwick, renunció a santa Catalina y se retractó. No había nada que pudiera ser más cuerdo o práctico. No fue hasta descubrir que no había conseguido nada con su retractación, excepto un encarcelamiento perpetuo, que lo retiró y decidió deliberada y explícitamente subir a la hoguera, una decisión que muestra no solo la decisión extraordinaria de su carácter, sino también un racionalismo llevado hasta el último extremo de la experiencia humana del suicidio. Pero incluso en esta última instancia persistió la ilusión y anunció que su rectificación se la habían dictado las voces.

*Juana: una visionaria galtónica*

Así, el lector científico más escéptico puede, por lo tanto, aceptar como un hecho claro, que no implica ninguna perturbación de la mente, que Juana fue lo que Francis Galton y otros investigadores modernos de las facultades humanas llaman una visionaria. Veía a santos imaginarios como otras personas ven diagramas y paisajes imaginarios con cifras escritas encima, y por ello son capaces de realizar gestas mnemotécnicas y aritméticas imposibles para los no visionarios. Los visionarios lo entenderán a la primera. Los no visionarios que nunca han leído a Galton se mostrarán sorprendidos e incrédulos. Pero una pequeña investigación entre sus conocidos les revelará que el ojo de la mente es más o menos como una linterna mágica y que las calles están llenas de personas habitualmente cuerdas que tienen alucinaciones de todo tipo que creen que forman parte del equipamiento normal y permanente de todos los seres humanos.

### *La hombría y el militarismo de Juana*

La otra anormalidad de Juana, demasiado común entre las cosas poco comunes para que se la pueda llamar una peculiaridad, fue su locura por el oficio de soldado y la vida masculina. Su padre trató de sacárselo de la cabeza mediante el miedo al amenazarla con ahogarla si se escapaba con los soldados y al ordenar a sus hermanos que la ahogaran si él no estaba presente en aquel momento. Está claro que no se puede tomar en serio esta extravagancia: se debió dirigir a una niña lo suficientemente pequeña para que creyese que iba en serio. Pero también es un indicio de que de pequeña Juana quiso escapar para hacerse soldado. La perspectiva terrible de que la arrojaran al Mosa y morir ahogada a manos de un padre terrible y de sus hermanos mayores la mantuvo tranquila hasta que perdió el miedo a su padre y sus hermanos se plegaron a su liderazgo natural, y para entonces ya tenía suficiente conocimiento para saber que la vida masculina y militar no consistía simplemente en huir de casa. Pero el gusto por ella no la abandonó nunca y fue esencial para determinar su carrera.

Si alguien lo pone en duda, que se pregunte por qué una criada encargada de una misión especial por parte del cielo ante el delfín (así era como Juana veía realizable su plan para reconducir la situación desesperada de un rey sin coronar) no acudió a la corte simplemente como una doncella, vestida de mujer, y le impuso sus consejos con procedimientos femeninos, como habían hecho otras mujeres con misiones similares ante su padre loco y su sabio abuelo. ¿Por qué insistió en disponer de ropa de soldado y armas, espada, caballo y equipo, y en tratar a su escolta de soldados como camaradas y dormir con ellos en el suelo por las noches como si no existiera ninguna diferencia de sexos entre ellos? Se podría responder que era la manera más segura de viajar a través de un país infestado de tropas hostiles y de bandas de desertores de ambos bandos. Dicha respuesta no tiene ninguna importancia porque se puede aplicar a todas las mujeres que viajaban por Francia en aquella época y que nunca soñaron con viajar de otra manera que como mujeres. Pero, aunque la aceptemos, ¿cómo se puede explicar el hecho de que, una vez pasado el peligro, y pudiéndose presentar en la corte con un vestido, perfectamente segura y obviamente con mayor decoro, se presentara vestida de hombre y de que, en lugar de exigir a Carlos, como la reina Victoria exigió al Departamento de Guerra que enviase a Roberts al Transvaal,<sup>6</sup> que enviara a D'Alençon, De Rais y el resto a ayudar a Dunois en Orleans, insistiera en que debía ir y encabezar el asalto en persona? ¿Por qué

ofreció exhibiciones de su destreza con la lanza y de su habilidad como jinete? ¿Por qué aceptó el regalo de armaduras, caballos de batalla y sobrevestes masculinos y en todas sus acciones repudiaba la actitud convencional de una mujer? La respuesta sencilla a todas estas preguntas es que era del tipo de mujer que quiere llevar una vida de hombre. Se pueden encontrar en cualquier lugar en el que haya ejércitos en el campo o armadas en el mar, sirven bajo disfraz masculino, eluden su descubrimiento durante períodos sorprendentemente largos y a veces, sin lugar a dudas, lo consiguen para siempre. Cuando se encuentran en posición de desafiar la opinión pública, dejan de lado todo disimulo. Así, tenemos a Rosa Bonheur pintando con camisa y pantalones de hombres y a George Sand viviendo una vida de hombre y casi obligando a Chopin y De Musset a vivir una vida de mujer para divertirla. Si Juana no hubiera sido una de estas «mujeres nada femeninas», es posible que la hubieran canonizado mucho antes.

Pero no es necesario llevar pantalones y fumar grandes puros para vivir una vida masculina, de la misma manera que no es necesario llevar falda para vivir la de una mujer. Existen muchas mujeres en la vida civil ordinaria que, ceñidas y acicaladas, gestionan sus asuntos y los de los demás, incluidos los de los hombres que las rodean, y tienen unos gustos y objetivos totalmente masculinos. Siempre han existido ese tipo de mujeres, incluso en la época victoriana, cuando las mujeres tenían menos derechos legales que los hombres y no existían nuestras magistradas, alcaldesas y miembros del Parlamento. En la Rusia reaccionaria de nuestro siglo una mujer soldado organizó un regimiento muy efectivo de amazonas que solo desaparecieron porque eran lo suficientemente militaristas para oponerse a la revolución. La exención de las mujeres del servicio militar no se basa en cualquier inaptitud natural que no compartan los hombres, sino en el hecho de que las comunidades no se pueden reproducir sin una gran cantidad de mujeres. Los hombres son más prescindibles, y por eso se los sacrifica proporcionalmente.

*¿Juana tenía tendencias suicidas?*

Estas dos anomalías fueron las únicas que destacaron de manera irresistible en Juana y que la condujeron hasta la hoguera. Ninguna de las dos le fue exclusiva. No había nada de especial en ella excepto el vigor y la amplitud de su mente y su carácter y la intensidad de su energía vital. Fue acusada de tener una tendencia suicida y es un hecho que cuando intentó escapar del castillo de Beaurevoir saltando desde una torre que, según se dice, tenía una altura de casi veinte metros corrió un riesgo poco razonable, aunque se recuperó de la caída después de unos días de ayuno. Eligió deliberadamente la muerte como alternativa a una vida sin libertad. En combate desafió a la muerte como hizo Wellington en Waterloo y como hacía habitualmente Nelson cuando se paseaba por el castillo de popa durante sus batallas, con todas las condecoraciones en el pecho. Como ni Nelson ni Wellington ni ningún otro que haya realizado gestas desesperadas y haya preferido la muerte al cautiverio ha sido acusado de manía suicida, no se puede sospechar que Juana fuera víctima de ella. En el asunto de Beaurevoir había en juego mucho más que su libertad. Estaba trastornada por la noticia de la caída inminente de Compiègne y estaba convencida de que podría salvarlo si estaba en libertad. Pero, aún así, el salto era tan peligroso que su conciencia no estaba muy tranquila con este hecho y lo expresó, como siempre, diciendo que santa Catalina le había prohibido que lo hiciese, pero que la perdonó después por su desobediencia.

### *Resumen de Juana*

En consecuencia, podemos aceptar a Juana como una muchacha del campo cuerda y astuta de una fuerza mental y una dureza corporal extraordinarias. Todo lo que hizo estuvo perfectamente calculado y, aunque el proceso fue tan rápido que casi no fue consciente de él y todo se lo atribuyó a sus voces, fue una mujer racional y no se movió por impulsos ciegos. En la guerra fue tan realista como Napoleón: tenía claro el papel de la artillería y sabía lo que podía conseguir. No esperaba que las ciudades asediadas cayeran como Jericó al sonido de las trompetas, sino que, como Wellington, adaptó sus métodos de ataque a las peculiaridades de la defensa y se anticipó al cálculo napoleónico de que, si uno resiste durante el tiempo suficiente, el otro cederá: por ejemplo, su victoria final en Orleans se logró después de que su comandante Dunois tocara retirada al final de la jornada de combate sin un resultado decisivo. No fue nunca ni por un instante lo que han pretendido tantos novelistas y dramaturgos: una señorita romántica. Era de pies a cabeza hija de la tierra por su pragmatismo y tozudez campesina y por la manera en que aceptaba a los grandes señores, a los reyes y a los prelados por lo que eran, sin idolatría ni esnobismo, calibrando a primera vista qué había de bueno en cada uno de ellos. Como las respetables mujeres del campo, tenía el sentido del valor de la decencia pública y no toleraba el lenguaje soez ni la negligencia de las prácticas religiosas ni permitía que mujeres poco respetables mariposearan alrededor de sus soldados. Tenía una exclamación piadosa, «¡En nombre de Dios!», y un juramento inofensivo, *Par mon martin*, que era el único juramento que le permitía al incorregiblemente blasfemo La Hire. El valor de esta mojigatería fue tan grande en la restauración del respeto del ejército, gravemente desmoralizado, que, como la mayor parte de sus acciones, se justifica porque estaba racionalmente calculada. Habló y trató con personas de todas las clases, desde trabajadores a reyes, sin vergüenza ni afectación, y consiguió que hicieran lo que ella quería cuando no estaban asustados o eran corruptos. Sabía convencer y sabía presionar, porque su lengua tenía un lado suave y un filo duro. Era muy capaz: una líder nata.

### *La inmadurez y la ignorancia de Juana*

Todo esto, sin embargo, se debe tomar con una salvedad muy importante. Solo era una muchacha adolescente. Si pudiéramos pensar en ella como una mujer de negocios de cincuenta años, la podríamos encuadrar enseguida, porque tenemos a nuestro alrededor a muchas mujeres de negocios de esa edad que ilustran perfectamente el tipo de persona en la que se habría convertido si hubiera vivido. Pero, al ser solo una chica en el momento de su muerte, carecía del conocimiento de la vanidad de los hombres y del peso y la proporción de las fuerzas sociales. No sabía nada de la mano de hierro en el guante de seda: solo usaba los puños. Creía que los cambios políticos eran más fáciles de lo que son y, como Mahoma en su desconocimiento de cualquier mundo que no fuera el mundo tribal, escribió cartas a los reyes para exigirles que realizaran reformas de cosas milenarias. En consecuencia, solo tuvo éxito en aquellas empresas que eran realmente sencillas y realizables con la aplicación rápida de la fuerza física, como la coronación y la campaña de Orleans.

La falta de una educación académica la incapacitaba cuando tenía que tratar con estructuras tan elaboradamente artificiales como las grandes instituciones eclesiásticas y sociales de la Edad Media. Sentía horror de los herejes sin sospechar que era una heresiarca, una de las precursoras de un cisma que partió en dos a Europa y costó siglos de un derramamiento de sangre que aún no se ha detenido del todo. Se oponía a los extranjeros por la razón clara de que en Francia no se encontraban en el lugar adecuado, pero no tenía ni idea de cómo esto la situaba en conflicto con el catolicismo y el feudalismo, porque ambos eran esencialmente internacionales. Trabajaba siguiendo el sentido común y cuando la cultura era la única llave para acceder a las instituciones se encontraba a ciegas y se topó con ellas, con una rudeza aún mayor a causa de su autoconfianza, que provocaba que fuera el ser humano menos precavido en los asuntos públicos.

Esta combinación de ineptitud juvenil e ignorancia académica con una gran capacidad, empuje, coraje, devoción, originalidad y singularidad naturales son totalmente responsables de los actos durante la carrera de Juana y la convierten en un fenómeno histórico y humano creíble, pero la ponen en desacuerdo tanto con la leyenda idolátrica que ha crecido a su alrededor como con el escepticismo mezquino que reacciona contra dicha leyenda.

### *La Doncella en la literatura*

El lector inglés probablemente querrá saber cómo estas idealizaciones y reacciones han afectado a los libros sobre Juana con los que está más familiarizado. Así, tenemos la primera parte de la trilogía shakespeariana, o pseudoshakespeariana, de Enrique VI, en la que Juana es uno de los personajes principales. Este retrato no es más auténtico que la descripción que los diarios de Londres hacían de George Washington en 1780, de Napoleón en 1803, del príncipe heredero alemán en 1915 o de Lenin en 1917. La obra acaba en simples groserías. La impresión que deja es que el dramaturgo, después de empezar como un intento de convertir a Juana en una figura bella y romántica, recibió presiones de su compañía, escandalizada de que el patriotismo inglés no iba a tolerar nunca la representación amable del vencedor francés de las tropas inglesas y, a menos que introdujese de inmediato todas las antiguas acusaciones contra Juana de ser una hechicera y una ramera y asumiera que era culpable de dichos cargos, no se iba a poder representar esta obra. Aunque no es seguro que las cosas fueran así, eso es lo que ocurrió en realidad porque no existe ninguna otra explicación aparente para pasar de la representación amable de Juana como una heroína que culmina con su llamamiento elocuente al duque de Borgoña a lo que sigue, con las viles groserías de las escenas finales. Otro camino consiste en asumir que la obra original era grosera en su totalidad y que Shakespeare retocó las escenas iniciales. Como la obra pertenece a un período en que solo había empezado su práctica de reformular obras antiguas, antes de que se formase y consolidase su estilo en su totalidad, resulta imposible verificar esta hipótesis. Su mano no se puede detectar de manera inconfundible en la obra, que es pobre y baja en su tono moral, pero es posible que hubiera intentado redimirla de la infamia más clara al arrojar un brillo momentáneo sobre la figura de la Doncella.

Si saltamos dos siglos hasta llegar a Schiller, encontramos *Die Jungfrau von Orleans* ahogada en el caldero brujeril de una novela desbocada. La Juana de Schiller no tiene ningún punto de contacto con la Juana real, ni siquiera con ninguna mujer mortal que hubiera caminado alguna vez por la tierra. En realidad, no se puede decir nada de esta obra excepto que no tiene nada que ver con Juana y prácticamente se puede decir que tampoco lo pretende, porque el autor hace que muera en el campo de batalla porque le parece insoportable que la quemem. Antes de Schiller estuvo Voltaire, que parodió a Homero en una épica burlesca llamada *La Pucelle*. Lo habitual es pasar por encima de

ella con la indignación virtuosa de que se trata de un libelo obsceno y, desde luego, no puedo defenderla contra la acusación de que es una extravagancia indecente. Pero su objetivo no era describir a Juana, sino matar con el ridículo todo lo que Voltaire odiaba con razón en las instituciones y las modas de su propia época. Ridiculizó a Juana, pero no la hizo despreciable ni (comparativamente) impúdica, y, como también ridiculizó a Homero, a san Pedro, a san Denis y al valiente Dunois, y las otras heroínas del poema eran realmente impúdicas, se puede decir que trató bastante bien a Juana. Pero en realidad las aventuras personales de los personajes son tan ultrajantes y tan homéricamente libres de cualquier pretensión o incluso de cualquier posibilidad de veracidad histórica que todos los que se lo toman en serio solo demuestran que son unos hipócritas profesionales. Samuel Butler creía que *La Iliada* era una burla del chovinismo griego y de la religión griega, escrita por un rehén o un esclavo, y *La Pucelle* hace que la teoría de Butler casi sea convincente. Voltaire representa a Inés Sorel, la amante del delfín, que no llegó a conocer personalmente a Juana, como una mujer con una pasión enfermiza por la fidelidad más casta en su concubinato, cuyo destino era caer continuamente en manos de enemigos licenciosos y sufrir las depravaciones más extremadas. Los combates en los que Juana monta un burro volador o en los que, pillada por sorpresa sin ropa encima, defiende a Inés con su espada e inflige las mutilaciones apropiadas a sus asaltantes provocan las carcajadas más desbocadas, a las que podemos librarnos sin escrúpulos porque esa es su intención, porque ninguna persona en su sano juicio puede confundirlas con una historia seria, y es posible que su irreverencia impúdica sea mucho más saludable que el sentimentalismo edulcorado de Schiller. Desde luego, Voltaire no debería haber afirmado que el padre de Juana era un sacerdote, pero, cuando se dedicaba a *écrasser l'infame* (la Iglesia francesa), no se detenía ante nada.

Hasta aquí, las representaciones literarias de la Doncella son legendarias. Pero la publicación por Quicherat en 1841 de las actas de su juicio y de su rehabilitación situó el tema en un marco nuevo. Estos documentos totalmente realistas generaron un gran interés por Juana que no consiguieron crear ni la burla homérica de Voltaire ni la tontería romántica de Schiller. Productos típicos de dicho interés en América y en Inglaterra son las historias de Juana de Mark Twain y de Andrew Lang. Mark Twain fue convertido directamente por Quicherat a la adoración de Juana. Más tarde, otro hombre de genio, Anatole France, reaccionó contra la oleada de entusiasmo quicherático y escribió una

*Vida de Juana* en la que atribuía las ideas de Juana a sugerencias clericales y sus éxitos militares a un uso astuto que hizo de ella Dunois, como una «mascota»; en definitiva, negaba que tuviera ninguna capacidad militar o política. Esto hizo que Andrew se saliese de sus casillas y fuera por la cabellera de Anatole en una «Vida» rival que se debe leer como una corrección de la primera. Lang no tuvo dificultades en demostrar que la habilidad de Juana no era una ficción sobrenatural que se podía desdeñar como una ilusión manufacturada por clérigos y soldados, sino un hecho real y verdadero.

Para explicar esta situación se ha argumentado con ligereza que Anatole France es un parisino del mundo del arte, en cuyo concepto del mundo no cabe una mujer capaz, testaruda y firme, aunque domina la Francia provincial y el París de los negocios; mientras que Lang era escocés, y todo escocés sabe que la yegua gris puede ser el mejor caballo. Pero esta explicación no me convence. No puedo creer que Anatole France no supiera lo que sabe todo el mundo. Me gustaría que todo el mundo supiese todo lo que él sabe. Se puede percibir la antipatía en su libro. No está en contra de Juana, pero es anticlerical, antimístico y fundamentalmente incapaz de creer que pudiera existir nunca alguien como la Juana real.

La Juana de Mark Twain, con faldas hasta el suelo y tanta ropa interior como la esposa de Noé en un arca de juguete, es un intento de combinar a Bayard con la Esther Summerson de *Casa desolada* para crear una maestra norteamericana intachable vestida con una armadura.<sup>7</sup> Como Esther Summerson, consigue que su creador quede en ridículo y, aún así, al ser la obra de un hombre de genio, sigue siendo una santita creíblemente humana, a pesar de los caprichos de su creador. Lo que está mal es la descripción más que la valoración. Andrew Lang y Mark Twain están empeñados en convertir a Juana en una bella damita victoriana, pero ambos reconocen e insisten en su capacidad de liderazgo, aunque el académico escocés es menos romántico que el piloto del Misisipi. Pero Lang era, por una costumbre profesional a lo largo de toda su vida, un crítico de biografías más que un biógrafo, mientras que Mark Twain escribe su biografía claramente en forma de novela.

### *La incomprensión protestante de la Edad Media*

Sin embargo, tenían una incapacidad en común. Para comprender la historia de Juana, no basta con comprender su carácter, se debe comprender también su entorno. Juana en un entorno de la década de 1920 es una figura tan incongruente como si apareciese ahora caminando por Piccadilly con su armadura del siglo XV. Para verla en la perspectiva adecuada, se deben comprender la cristiandad y la Iglesia católica, el Sacro Imperio Romano Germánico y el sistema feudal como existían y eran comprendidos en la Edad Media. Si se confunde la Edad Media con la Edad Oscura<sup>8</sup> y se tiene la costumbre de ridiculizar a tu tía por llevar «ropa medieval», queriendo decir que estaba de moda hacia 1890, y se está convencido de que el mundo ha progresado enormemente, tanto moral como tecnológicamente, desde la época de Juana, entonces nunca se podrá comprender por qué quemaron a Juana y mucho menos considerar que es posible que uno mismo hubiera votado por que la quemasen si hubiera sido miembro del tribunal que la juzgó, y hasta que no seamos conscientes de todo esto no sabremos nada esencial sobre ella.

Que el piloto del Misisipi cayese en este error es bastante natural. Mark Twain, el extranjero inocente, que contempló las impresionantes iglesias de la Edad Media sin una pizca de emoción, autor de *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, en el que los héroes y heroínas de la caballería medieval son personajes que se contemplan a través de los ojos de un vendedor callejero, estaba claramente fuera de registro desde el principio. Andrew Lang tenía más lecturas, pero, como Walter Scott, disfrutaba de la historia medieval como de una serie de novelas fronterizas en lugar de como un registro de la alta civilización europea basada en la fe católica. Los dos fueron bautizados como protestantes e impresionados por todos sus estudios y por la mayor parte de sus lecturas con la creencia de que los obispos católicos que quemaban herejes eran perseguidores capaces de cualquier vileza, de que todos los herejes eran albigenses, husitas, judíos o protestantes de la más elevada calidad moral y de que la Inquisición fue una cámara de los horrores inventada expresa y exclusivamente para estas tareas. En consecuencia, descubrimos que representan a Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, el juez que envió a Juana a la hoguera, como un canalla sin conciencia y que todas las preguntas que se le plantearon fueron «trampas» para confundirla y destruirla. Y asumen sin ninguna duda que las dos o tres docenas de canónigos y doctores en leyes y teología que rodeaban a

Cauchon como asesores eran una reproducción exacta de él mismo sentados en sillas ligeramente menos elevadas y con sombreros diferentes.

### *La imparcialidad comparativa del juicio de Juana*

La verdad es que los ingleses amenazaron e insultaron a Cauchon por ser tan considerado con Juana. Un escritor francés reciente niega que Juana fuese quemada y sostiene que Cauchon la ayudó a huir y que quemó a alguien o algo en su lugar, y que la supuesta Juana que se personó después en Orleans y en otros lugares no era una impostora, sino la Juana real y auténtica. Cita la parcialidad favorable a Juana de Cauchon en apoyo de su punto de vista. En cuanto a los asesores, la objeción no es que fueran una partida uniforme de canallas, sino que eran partidarios políticos de los enemigos de Juana. Esta es una objeción válida en este tipo de juicios, pero, en ausencia de tribunales neutrales, son inevitables. Un juicio por parte de los partidarios franceses de Juana habría sido tan injusto como el juicio por parte de sus oponentes franceses, y un tribunal paritario habría llevado a un callejón sin salida. En juicios recientes como los de Edith Cavell ante un tribunal alemán y de Roger Casement ante uno inglés se pueden plantear objeciones similares, pero, aún así, siguieron adelante hasta la muerte, porque no había tribunales neutrales disponibles.<sup>9</sup> Edith, como Juana, era una archihereje: en medio de la guerra declaró delante de todo el mundo que «el patriotismo no es suficiente». Cuidó a enemigos hasta que recuperaron la salud y ayudó a huir a los prisioneros, y dejó muy claro que ayudaría a cualquier fugitivo o persona necesitada sin preguntar de qué lado estaba, y no reconocía ninguna diferencia ante Cristo entre Tommy, Jerry o Pitou el *poilu*.<sup>10</sup> Es posible que Edith hubiera deseado traer de vuelta la Edad Media y que cincuenta civiles, doctos en la ley o dedicados al servicio de Dios, asesorasen a dos jueces capaces para juzgar su caso de acuerdo con la ley católica de la cristiandad y que discutiesen con ella sesión tras sesión durante muchas semanas. La Inquisición militar moderna no fue tan sensible. La fusilaron sin contemplaciones y sus paisanos, que vieron en ello una buena oportunidad para amonestar al enemigo sobre su intolerancia, le erigieron una estatua, pero se cuidaron muy mucho de no inscribir en el pedestal «El patriotismo no es suficiente», por cuya omisión, y por la mentira que implica, necesitarán la intercesión de Edith cuando se presenten ante el tribunal, si es que algún poder celestial cree que semejantes cobardes morales son capaces de defenderse de una acusación tan clara.

No es necesario insistir en ello. En esencia, Juana fue acusada entonces como la hubieran acusado en la actualidad. El cambio de quemarla por ahorcarla o fusilarla puede

parecernos un cambio a mejor. El cambio de un juicio puntilloso bajo la ley ordinaria a un terrorismo militar sumario y precipitado puede parecernos un cambio a peor. Pero, en lo que se refiere a la tolerancia, el juicio y la ejecución en Ruan en 1431 podría haber sido un acontecimiento actual y, en consecuencia, podríamos cargar con ello en nuestra conciencia. Si Juana hubiera convivido con nosotros en Londres, no la habríamos tratado con más tolerancia que a *miss* Sylvia Pankhurst, o al Peculiar People,<sup>11</sup> o a los padres que no llevan a sus hijos a la escuela primaria, o a cualquier otro que cruce la línea que hemos trazado, con razón o sin ella, entre lo tolerable y lo intolerable.

### *Juana no fue juzgada por acusaciones políticas*

Además, el juicio de Juana no fue, como en el caso de Casement, un juicio político nacional. Los tribunales eclesiásticos y los tribunales de la Inquisición (Juana fue juzgada por una combinación de los dos) eran tribunales cristianos, es decir, tribunales internacionales, y no fue juzgada como traidora, sino como hereje, blasfema, hechicera e idólatra. Sus supuestos delitos no eran delitos políticos contra Inglaterra ni contra la facción borgoñona en Francia, sino contra Dios y contra la moralidad común de la cristiandad. Y, aunque la idea que llamamos nacionalismo era tan ajena a la concepción medieval de la sociedad cristiana que casi se le podría haber atribuido a Juana como una herejía adicional, no apareció como delito y no resulta poco razonable suponer que el sesgo político de un conjunto de franceses como los asesores se habría presentado con fuerza a favor de los extranjeros ingleses (incluso si los ingleses se hubieran hecho especialmente simpáticos en Francia en lugar de todo lo contrario) en contra de una francesa que los había derrotado.

La parte trágica del juicio fue que Juana, como la mayoría de los prisioneros a los que se juzgaba por algo que no fuera una sencilla violación de los diez mandamientos, no comprendía de qué la acusaban. Se parecía mucho más a Mark Twain que a Pedro Cauchon. Su apego a la Iglesia era muy diferente a la del obispo y, en realidad, desde este punto de vista no resiste un examen detallado. Ella se deleitaba en los consuelos que la Iglesia ofrece a las almas sensibles: para ella la confesión y la comunión eran lujos al lado de los cuales los placeres de los sentidos eran basura. Sus plegarias eran conversaciones maravillosas con sus tres santos. Su piedad parecía sobrehumana para las personas formalmente devotas cuya religión no representaba nada más que una tarea que se debía cumplir. Pero, cuando la Iglesia no le ofrecía sus placeres favoritos, sino que le exigía que aceptase su interpretación de la voluntad de Dios y sacrificase su propia interpretación de dicha voluntad, se negó en redondo y dejó claro que su idea de la Iglesia católica consistía en que el papa era la papisa Juana. ¿La Iglesia cómo podía tolerar semejante postura cuando acababa de destruir a Hus y había vigilado la carrera de Wycliffe con una inquietud creciente que también lo habría llevado a la hoguera si no hubiera fallecido de muerte natural antes de que su ira cayese sobre él en su tumba? Ni Hus ni Wycliffe fueron tan claramente desafiantes como Juana: los dos eran reformadores de la Iglesia, como Lutero, mientras que Juana, como *Mrs. Eddy*,<sup>12</sup> estaba

totalmente dispuesta a sustituir a san Pedro como la piedra sobre la que se había construido la Iglesia y, al igual que Mahoma, siempre tenía a su disposición una revelación privada por parte de Dios para dirimir todas las cuestiones y afrontar todas las ocasiones.

La enormidad de las pretensiones de Juana se demostró porque no era consciente de ellas, algo que nosotros llamamos su inocencia y sus amigos llamaban su simplicidad. Las soluciones que planteaba a los problemas que se le presentaban parecían, y en realidad lo eran en la mayoría de los casos, de simple sentido común y consideraba de lo más lógico que sus voces se las revelaran. ¿Cómo era posible que el simple sentido común y los hechos naturales pudieran parecerle la cosa más terrible, la herejía? Cuando se encontró con profetisas rivales, las acusó de mentirosas y estafadoras, pero nunca pensó en ellas como herejes. Se encontraba en un estado de ignorancia invencible sobre los puntos de vista de la Iglesia, y la Iglesia no podía tolerar sus pretensiones sin debilitar su autoridad u otorgarle un puesto al lado de la Trinidad mientras seguía viva y era poco más que una adolescente, lo que era impensable. De esta manera, una fuerza irresistible se encontró con un obstáculo inamovible y generó el calor que consumió a la pobre Juana.

Mark y Andrew habrían compartido su inocencia y su destino si hubieran tenido que tratar con la Inquisición: por eso sus relatos del proceso son tan absurdos como el que habría podido redactar Juana si hubiera tenido la oportunidad. Lo único que se puede decir de su ascensión de que Cauchon era un vulgar villano y de que las preguntas que le plantearon a Juana eran trampas es que tiene el apoyo de la investigación que la rehabilitó veinticinco años después. Pero esta rehabilitación fue tan corrupta como el procedimiento contrario aplicado a Cromwell por nuestros reaccionarios de la Restauración. A Cauchon lo desenterraron y su cuerpo fue tirado a una alcantarilla. No había nada más fácil que acusarlo de fraude y declarar que todo el juicio fue nulo por esa causa. Eso era lo que quería todo el mundo, desde Carlos el Victorioso, cuyo prestigio estaba unido al de la Doncella, hasta el populacho patriótico y nacionalista, que idealizaba el recuerdo de Juana. Los ingleses se habían ido y un veredicto a su favor habría sido un ultraje contra el trono y contra el patriotismo que Juana había puesto en pie.

Nosotros no tenemos estos condicionamientos apabullantes de conveniencia política y popularidad. Para nosotros, el primer juicio sigue siendo válido y la rehabilitación sería

negligible si no fuera por la presentación de una gran masa de testimonios sinceros sobre el atractivo del carácter personal de Juana. Entonces se plantea la cuestión, ¿cómo ha podido pasar la Iglesia por encima del veredicto del primer juicio cuando canonizó a Juana quinientos años más tarde?

### *La rectificación sin compromiso de la Iglesia*

Bastante fácil. En la Iglesia católica, mucho más que en la ley, no hay error sin remedio. La Iglesia no se somete al juicio particular de Juana, porque la supremacía del criterio privado individual es la quintaesencia del protestantismo; no obstante, encuentra un lugar para el juicio privado *in excelsis* al admitir que la más alta sabiduría puede llegar a un individuo como una revelación divina. Si existen pruebas suficientes, declarará que dicho individuo es un santo. Así, como la revelación puede llegar por medio de la iluminación del juicio privado al igual que mediante las palabras de un personaje celestial que se aparece en una visión, un santo se puede definir como una persona de virtudes heroicas cuyo juicio privado es privilegiado. Muchos santos innovadores, en especial Francisco y Clara, estuvieron en conflicto con la Iglesia durante su vida y por ello plantearon el problema de si eran herejes o santos. Francisco podría haber acabado en la hoguera si hubiera vivido algo más. Por eso no es imposible que una persona sea excomulgada como hereje y, tras un análisis posterior, canonizada como santa. La excomunión por parte de un tribunal eclesiástico provincial no es un acto que la Iglesia pretenda infalible. Quizá lo más conveniente sería que informase a mis lectores protestantes de que el famoso dogma de la infalibilidad papal es de largo la pretensión de este tipo más modesta de las que existen en la actualidad. Comparado con nuestras democracias infalibles, nuestros consejos médicos infalibles, nuestros astrónomos infalibles, nuestros jueces infalibles y nuestros parlamentos infalibles, el papa se encuentra arrodillado en el polvo para confesar su ignorancia ante el trono de Dios y pretender que solo en ciertas cuestiones históricas en las que está claro que tiene a su disposición más fuentes de información que nadie más su decisión se debe tener por definitiva. La Iglesia puede, y quizás algún día lo haga, canonizar a Galileo sin comprometer esta infalibilidad que pretende el papa, aunque comprometa la infalibilidad que se otorga al Libro de Josué por parte de las almas sencillas cuya fe racional en cosas más importantes está unida a una fe bastante irracional en la crónica de las campañas de Josué como un tratado de física. Por eso probablemente la Iglesia no vaya a canonizar a Galileo durante bastante tiempo, aunque podría hacer cosas peores. Pero ha sido capaz de canonizar a Juana sin comprometerse en nada. Ella no dudó nunca que el Sol girase alrededor de la Tierra: había tenido la oportunidad de verlo demasiadas veces.

No obstante, a Juana y a la conciencia del mundo se le hizo una gran injusticia al quemarla. El *tout comprendre, c'est tout pardonner*, que es el sentimentalismo del diablo, no puede excusarlo. Una vez admitido que el tribunal no solo fue honesto y legal, sino que fue excepcionalmente misericordioso cuando evitó que torturasen a Juana, que era lo acostumbrado cuando se negó a prestar juramento, y que Cauchon era más disciplinado y concienzudo como sacerdote y como jurista de lo que habría podido soñar ningún juez inglés al participar en un caso político en el que estaban implicados los prejuicios de su partido y de su clase, persiste el hecho humano de que la ejecución de Juana de Arco fue un horror y de que un historiador que quisiera defenderla sería capaz de defender cualquier cosa. La crítica final a este lado físico está implícita en la negativa de los isleños de las Marquesas a que se los convenciese de que los ingleses no se comieron a Juana. ¿Por qué, preguntaban, alguien se iba a tomar la molestia de asar a un ser humano si no era con ese objetivo? No pueden concebir que se trate de algo placentero. Como no podemos darles ninguna respuesta que no nos avergüence, tendremos que sonrojarnos por nuestras salvajadas más complicadas y pretenciosas antes de seguir desentrañando la cuestión y ver qué otras lecciones contiene para nosotros.

### *La crueldad moderna y medieval*

Primero, librémonos de la noción de que la mera crueldad física de la hoguera tiene algún significado especial. Juana fue quemada de la misma manera que una docena de herejes menos interesantes de su época. Cristo, al ser crucificado, solo compartió el destino de miles de malhechores olvidados. No tienen ninguna preminencia por el simple dolor físico: han quedado registradas ejecuciones mucho más horribles que las suyas, por no decir nada de las peores agonías de la llamada muerte natural.

Juana fue quemada hace más de quinientos años. Más de trescientos años después, es decir, solo unos cien años antes de que naciera yo, una mujer fue quemada en Stephen's Green, en mi ciudad natal de Dublín, por falsificación de moneda, lo que se consideraba traición. En mi prefacio al volumen reciente de Sidney y Beatrice Webb *English Prisons under Local Government* mencionaba que, cuando ya era un hombre adulto, asistí a dos conciertos dirigidos por Richard Wagner y que, cuando Richard Wagner era joven, vio y evitó a una muchedumbre de personas que corrían para ver cómo desmembraban a un soldado en la rueda mediante el método más cruel de los dos establecidos para aplicar este terrible método de ejecución. Además, la pena de ser colgado, arrastrado y descuartizado, inimaginable en sus detalles, fue abolida tan recientemente que hay hombres vivos que fueron condenados a ella. Seguimos azotando a los criminales y exigiendo más flagelaciones. Ni siquiera la más terrible de estas atrocidades infligía a sus víctimas la miseria, la degradación y la pérdida consciente de vidas que se sufre en nuestras prisiones modernas, en especial en las modélicas, sin levantar, por lo que puedo ver, más quejas que la quema de herejes en la Edad Media. Ni siquiera tenemos la excusa de extraer diversión de nuestras prisiones como lo hacía la Edad Media de sus hogueras, ruedas y cadalsos. Juana tuvo que tomar una decisión personal sobre la cuestión cuando tuvo que escoger entre el encarcelamiento y la hoguera, y se decantó por la hoguera. Y así negó a la Iglesia la excusa de que no tuvo culpa en su muerte, que fue obra del brazo secular. La Iglesia podría haberse limitado a excomulgarla. Tenía derecho a ello porque se negó a aceptar su autoridad o a plegarse a sus condiciones, y podía decir con razón: «No eres uno de los nuestros: vete y encuentra la religión que te vaya bien, o funda una». No tenía derecho a decir: «Puedes volver a nosotros ahora que te has retractado, pero deberás permanecer en una mazmorra el resto de tu vida». Desgraciadamente, la Iglesia no creía que existiera ninguna otra religión que pudiera

salvar el alma, y se encontraba profundamente corrompida, como lo han sido y siguen siendo todas las iglesias, por un canibalismo primitivo (en el sentido de Browning)<sup>13</sup> o por la creencia de propiciar a una deidad terrible mediante el sufrimiento y el sacrificio. Su método no consistía en la crueldad por la crueldad, sino en la crueldad para la salvación del alma de Juana. No obstante, Juana creía que la salvación de su alma era algo que solo la incumbía a ella y no a *les gens d'église*. Al usar estos términos con el desprecio y la doble intención con que lo hizo, anunció que era, en principio, una anticlerical tan decidida como Voltaire o Anatole France. Si lo hubiera dicho con las palabras siguientes: «A la basura con la Iglesia militante y con sus clérigos con sotanas negras: solo reconozco a la Iglesia triunfante en el cielo», no lo habría expresado con mayor claridad.

### *El anticlericalismo católico*

No debo dejar que se llegue a la conclusión de que no se puede ser anticlerical y también un buen católico. Todos los papas reformadores han sido anticlericales vehementes, verdaderos azotes del clero. Todas las grandes órdenes surgen de la insatisfacción con los sacerdotes: la de los franciscanos, con el esnobismo sacerdotal; la de los dominicos, con la pereza sacerdotal y el laodiceanismo;<sup>14</sup> la de los jesuitas, con la apatía, la ignorancia y la indisciplina sacerdotales. El orangista más intolerante del Úlster o el burgués de la Baja Iglesia<sup>15</sup> de Leicester (como lo describe *Mr. Henry Nevinston*) es un simple Gallio comparado con Maquiavelo, que, aunque no era protestante, era un feroz anticlerical. Cualquier católico debe, y muchos católicos lo hacen, denunciar a cualquier sacerdote o cuerpo de sacerdotes como perezosos, borrachos, vagos, disolutos e indignos de su gran Iglesia y de su función como pastores de sus rebaños de almas humanas. Pero decir que el alma de las personas no es de la incumbencia de los clérigos es ir un paso más allá, un paso que cruza el Rubicón. Juana realmente dio este paso.

*El catolicismo no es lo suficientemente católico*

Y así, si admitimos, como debemos, que la ejecución de Juana fue un error, debemos ampliar el catolicismo lo suficiente para incluirla en su ámbito. Nuestras iglesias deben admitir que ninguna organización oficial de hombres mortales cuya vocación no lleva consigo poderes mentales extraordinarios (y eso es lo que cualquier militante de la Iglesia puede aspirar a ser ante la realidad y la historia) puede mantenerse a la altura del juicio privado de personas geniales a excepción cuando, por un accidente muy raro, el genio es el papa, y ni siquiera entonces, a menos que sea un papa excepcionalmente dominante. Las iglesias deben aprender humildad además de enseñarla. La sucesión apostólica no se puede asegurar o confinar en la imposición de manos: las lenguas de fuego han descendido con demasiada frecuencia sobre paganos y marginados y han dejado que clérigos ungidos hayan escandalizado a la historia como canallas mundanos. Cuando la Iglesia militante se comporta como si ya fuera la Iglesia triunfante comete errores sorprendentes con Juana, Bruno, Galileo y todos los demás, lo que hace que sea tan difícil que un librepensador se una a ella, y una Iglesia que no tenga sitio para los librepensadores, no, que no inculque y anime al pensamiento libre con la confianza completa de que el razonamiento, cuando es realmente libre, debe emprender por su propia ley el camino que conduce al regazo de la Iglesia, no solo no tiene futuro en la cultura moderna, sino que, obviamente, no tiene fe en la validez de la ciencia de sus dogmas y es culpable de la herejía de que la teología y la ciencia son dos impulsos diferentes y opuestos, rivales en la sumisión humana.

Tengo delante la carta de un sacerdote católico: «En su obra —escribe— veo la presentación dramática del conflicto entre los poderes real, sacerdotal y profético que aplastó a Juana. Para mí no es la victoria de ninguno de ellos sobre los demás lo que traerá la paz y el reinado de los santos en el Reino de Dios, sino su interacción fructífera en un estado de tensión costoso, pero noble». El propio papa no podría haberlo dicho mejor, ni yo tampoco. Debemos aceptar la tensión y mantenerla con nobleza sin dejarnos llevar por la tentación de quemar el hilo para relajarla. Esta es la lección de Juana a la Iglesia, y su formulación por la mano de un sacerdote me anima a afirmar que su canonización fue un gesto magníficamente católico, como la canonización de un santo protestante por parte de la Iglesia de Roma. Pero su valor y virtud especiales no resultarán evidentes hasta que se conozcan y comprendan como tales. Si cualquier

sacerdote sencillo al que le resulta demasiado difícil esta afirmación me dijese que no era esa la intención, le recordaría que la Iglesia está en las manos de Dios y no, como imaginan los sacerdotes sencillos, Dios en las manos de la Iglesia, así que, si respondiese con demasiada seguridad en las intenciones de Dios, le preguntaría: «¿Has penetrado hasta las fuentes del mar y has caminado escudriñando el abismo?». <sup>16</sup> Y la respuesta de Juana es también una respuesta antigua: «Aunque me mate, en él esperaré. Ciertamente, delante de él defenderé mis caminos». <sup>17</sup>

*La ley del cambio es la ley de Dios*

Cuando Juana mantuvo sus propios caminos, afirmó, como Job, que no solo se debía tener en cuenta a Dios y a la Iglesia, sino al Verbo hecho carne, es decir, al individuo sobresaliente, que posiblemente representa la vida en la evolución humana más elevada en un momento dado o posiblemente en su punto más bajo, pero nunca como una simple media matemática. Así, en la teoría de la Iglesia no existe una deificación de la media democrática: se trata de una jerarquía reconocida en la que se integran los miembros hasta que al final del proceso un individuo alcanza el puesto supremo como Vicario de Cristo. Pero, cuando se examina el proceso, aparece que las etapas sucesivas de selección y elección van de los inferiores a los superiores (el vicio principal de la democracia), con el resultado de que los grandes papas son tan raros y accidentales como los grandes reyes y de que a veces ha sido más seguro para los aspirantes al solio y las llaves fingirse un anciano senil y moribundo que ser un santo enérgico. En el mejor de los casos, solo unos pocos papas han sido canonizados, o pudieron serlo sin bajar demasiado el nivel de santidad establecido por los santos autoproclamados.

No se podía esperar otro resultado razonable, porque no es posible que una organización oficial de las necesidades espirituales de millones de hombres y mujeres, la mayoría pobres e ignorantes, pudiera competir con éxito en la selección de sus dirigentes mediante la elección directa por parte del Espíritu Santo cuando desciende con un acierto fulgurante sobre un individuo. Ni ningún Colegio Cardenalicio puede rezar con eficacia para que su elección sea inspirada. La plegaria consciente del inferior puede ser que su elección vaya a recaer en alguien más grande que él mismo, pero la intención inconsciente de su individualidad egoísta debe ser encontrar un sirviente fiel de sus objetivos personales. Los santos y los profetas, aunque por accidente puedan ocupar algún puesto o cargo oficial, en realidad siempre se autoproclaman, como Juana. Y como ni la Iglesia ni el Estado, por las necesidades seculares de su constitución, pueden garantizar ni siquiera el reconocimiento de estas misiones autoproclamadas, no queda más remedio que considerar un honor transigir con la herejía, hasta donde sea posible, por la sencilla razón de que toda evolución en el pensamiento y la conducta aparece en primera instancia como una herejía y un error. En definitiva, aunque todas las sociedades se basan en la intolerancia, toda mejora se cimenta en la tolerancia o en el reconocimiento del hecho de que la ley de la evolución es la ley del cambio de Ibsen. Y,

como la ley de Dios en cualquier sentido de la expresión que en la actualidad pueda presentar la fe como prueba contra la ciencia es una ley de la evolución, resulta que la ley de Dios es una ley del cambio y, por tanto, cuando las iglesias se posicionan contra el cambio como tal, se están colocando contra la ley de Dios.

### *La credulidad moderna y medieval*

Cuando le preguntaron a Abernethy,<sup>18</sup> el famoso médico, por qué se entregaba a todos los hábitos de los que advertía a sus pacientes que eran contrarios a la salud, contestó que su tarea era la de un cartel indicador, que señala la dirección hacia un lugar, pero no va personalmente hacia allí. Podría haber añadido que tampoco obliga al viajero a ir en esa dirección ni evita que busque otro camino. Desgraciadamente, nuestros carteles indicadores clericales obligan al viajero cuando disponen del poder político para hacerlo. Cuando la Iglesia era un poder temporal y espiritual, y durante mucho tiempo después en la medida en que podía controlar o influir en el poder temporal, obligaba a la conformidad con persecuciones que eran mucho más despiadadas porque sus intenciones eran excelentes. En la actualidad, cuando el médico ha sucedido al sacerdote y puede hacer prácticamente todo lo que quiere con el Parlamento y la prensa a través de la fe ciega en él, que ha desbancado a la fe mucho más crítica en el párroco, la obligación legal de seguir las prescripciones del médico, por venenosas que sean, se ha llevado a un extremo que habría horrorizado a la Inquisición y asombrado al arzobispo Laud.<sup>19</sup> Nuestra credulidad es mucho mayor que la de la Edad Media porque el sacerdote no tenía un interés pecuniario tan directo en nuestros pecados como lo tiene el médico en nuestras enfermedades: no se moría de hambre cuando le iba bien a su rebaño ni prosperaba cuando perecían, como les ocurre en la actualidad a nuestros médicos privados comerciales. Además, el clérigo medieval creía que le ocurriría algo extremadamente desagradable después de morir si no era escrupuloso, una creencia que prácticamente se ha extinguido en la actualidad entre las personas que reciben una educación materialista dogmática. Nuestras corporaciones profesionales son sindicatos sin alma que se pueda condenar y muy pronto nos obligarán a que les recordemos que tienen cuerpos que se pueden patear. El Vaticano nunca careció de alma: en los peores momentos fue un conspirador político para conseguir que la Iglesia fuera el poder supremo, tanto temporal como espiritual. Por eso la cuestión que plantea la ejecución de Juana sigue siendo una cuestión candente, aunque los castigos implicados no son tan sensacionales. Por eso lo estoy analizando con tanta atención. Si solo fuera una curiosidad histórica, no perdería ni cinco minutos de mi tiempo ni se lo haría perder a mis lectores.

### *La tolerancia moderna y medieval*

Cuanto más estrechamente analizamos la cuestión, más difícil se vuelve. A primera vista, estamos dispuestos a repetir que Juana debería haber sido excomulgada y que después deberían haber dejado que siguiera su camino, aunque ella habría protestado con vehemencia contra una privación tan cruel de su alimento espiritual: para ella, la confesión, la absolución y el cuerpo de su Señor eran necesidades esenciales de su vida. Un espíritu como el de Juana podría haber superado estas dificultades como la Iglesia de Inglaterra pasó por encima de las bulas del papa León al crear una Iglesia propia y afirmar que son sus perseguidores los que se han alejado del templo de la fe original y verdadera. Pero una acción de este tipo era, a ojos tanto de la Iglesia como del Estado de la época, una propagación de la condenación y de la anarquía, tolerarla implicaba una mayor relajación en la fe en la libertad de la que podían permitir la naturaleza humana política y eclesiástica. Resulta fácil decir que la Iglesia debería haber esperado los supuestos resultados perversos en lugar de asumir que iban a ocurrir y de qué tipo iban a ser. Eso parece bastante sencillo, pero, si una autoridad pública sanitaria actual dejase a la gente a su libre albedrío en materia sanitaria diciendo: «No tenemos nada que ver con el alcantarillado ni con vuestras opiniones sobre las alcantarillas, pero, si contraéis la viruela o el tifus, os acusaremos y os castigaremos con toda severidad como las autoridades en el *Erewhon* de Butler»,<sup>20</sup> sería enviada al manicomio más cercano o se le recordaría que si A no tiene en cuenta las normas sanitarias, puede matar al hijo de B a dos kilómetros de distancia o iniciar una epidemia en la que podrían morir los higienistas más concienzudos.

Debemos enfrentarnos al hecho de que la sociedad se basa en la intolerancia. Existen casos claros de abuso de la intolerancia, pero son tan característicos de nuestra época como de la Edad Media. El ejemplo y el contraste típicos de la modernidad es la vacunación obligatoria en sustitución del bautismo prácticamente obligatorio. Pero la obligación de vacunarse es combatida como charlatanería crudamente anticientífica y malévolamente antis sanitaria porque creemos que no está bien obligar a las personas a proteger a sus hijos de las enfermedades. Sus oponentes querrían convertirla en un crimen y probablemente tendrían éxito en ello, y eso sería tan intolerante como hacerla obligatoria. Ni los pasteuristas ni sus oponentes los sanitarios iban dejar a los padres la libertad de criar a sus hijos desnudos, aunque esta actitud posiblemente también tendrá

sus defensores. Podemos hablar todo lo que queramos sobre la tolerancia, pero la sociedad siempre tiene que trazar una línea entre la conducta permitida y la locura o el crimen, a pesar de correr el riesgo de confundir a sabios con lunáticos y a salvadores con blasfemos. Debemos perseguir, incluso hasta la muerte, y lo único que podemos hacer para mitigar el peligro de la persecución es, en primer lugar, tener mucho cuidado en lo que perseguimos y, en segundo lugar, tener presente que, si no existe una libertad amplia para despertar a las personas convencionales y un sentido claro del valor de la originalidad, la individualidad y la excentricidad, el resultado será un estancamiento aparente que ocultará una represión de las fuerzas evolutivas que al final acabará explotando con una violencia extravagante y probablemente destructiva.

### *La variabilidad de la tolerancia*

El grado de tolerancia alcanzable en cualquier momento depende de la tensión bajo la cual la sociedad mantiene su cohesión. En época de guerra, por ejemplo, suprimimos los Evangelios y encarcelamos a los cuáqueros, controlamos los periódicos y convertimos en un delito grave encender una luz por la noche. Bajo la tensión de una invasión, en 1792 el Gobierno francés cortó cuatro mil cabezas, principalmente por motivos que en tiempos de paz no habría esgrimido ningún Gobierno ni para anestesiar a un perro, y en 1920 el Gobierno británico masacró y quemó en Irlanda para perseguir a los defensores de un cambio constitucional que al final acabó realizado. Más tarde, los fascistas en Italia hicieron lo mismo que los *Black and Tans*<sup>21</sup> en Irlanda, con algunas variaciones grotescamente feroces, bajo la tensión de un intento incompetente de revolución industrial por parte de unos socialistas que entendieron el socialismo menos aún que los capitalistas entienden el capitalismo. En los Estados Unidos tuvo lugar una persecución increíblemente salvaje de los rusos motivada por el miedo a la Revolución bolchevique rusa después de 1917. Los ejemplos se pueden multiplicar con facilidad, pero son suficientes para mostrar que entre un máximo de tolerancia indulgente y un terrorismo despiadadamente intolerante existe una escala a través de la cual la tolerancia está subiendo o bajando continuamente, y que no hay lugar para la convicción autocomplaciente de que el siglo XIX haya sido más tolerante que el siglo XV, o que un acontecimiento como la ejecución de Juana no hubiera podido ocurrir en lo que consideramos nuestra época mucho más ilustrada. En los últimos diez años, miles de mujeres, cada una de ellas mil veces menos peligrosa y aterradora para nuestros Gobiernos que lo fue Juana para el Gobierno de su época, han sido masacradas, muertas de hambre, sus casas, quemadas, y víctimas de todo lo que les podía hacer la persecución y el terror durante el transcurso de cruzadas mucho más tiránicas y pretenciosas que las cruzadas medievales, que no pretendían nada más hiperbólico que la liberación del Santo Sepulcro de manos de los sarracenos. La Inquisición, con su equivalente inglés, la Cámara Estrellada, ya no existe en el sentido en que ya no se usa su nombre, pero ¿cualquiera de los sustitutos modernos de la Inquisición, los tribunales y comisiones especiales, las expediciones de castigo, las suspensiones de la ley del *habeas corpus*, las proclamaciones de la ley marcial y del estado guerra, y todo lo demás, pueden afirmar que sus víctimas han tenido un juicio justo, que su caso ha sido sometido a un conjunto

de leyes bien ponderadas o a un juez dispuesto a mantener la estricta legalidad del procedimiento como ocurrió en el caso de Juana ante la Inquisición y siguiendo el espíritu de la Edad Media incluso cuando su país se encontraba bajo la presión más extrema de una guerra civil y extranjera? De nosotros no iba a recibir más tribunal y más ley que la Ley de Defensa del Reino, que suspende todas las leyes, y como juez habría tenido, en el mejor de los casos, un comandante malcarado y, en el peor, un abogado promocionado al armiño y el escarlata<sup>22</sup> al que los escrúpulos de un eclesiástico bien formado como Cauchon le parecerían ridículos e indignos de un caballero.

### *El conflicto entre genio y disciplina*

Una vez centrado el tema, ahora podemos considerar los rasgos especiales de la constitución mental de Juana que la hicieron tan inmanejable. ¿Qué se puede hacer, por un lado, con los gobernantes que no dan ninguna explicación de sus órdenes y, por el otro lado, con personas que no pueden comprender las razones cuando se las dan? El gobierno del mundo, político, industrial y doméstico, se desarrolla en la mayoría de los casos mediante la emisión y el cumplimiento de órdenes bajo estas condiciones. «No discutas, haz lo que te dicen» no solo se les dice a los niños y a los soldados, sino prácticamente a todo el mundo. Por fortuna, la mayoría de las personas no quieren discutir: están encantadas de que las libren del problema de pensar por ellas mismas. Y los pensadores más capaces y más independientes están encantados de comprender lo que se circunscribe a su especialidad. En otras especialidades se limitarán sin ninguna duda a pedir y aceptar la instrucción de un policía o el consejo de un sastre sin pedir ni desear más explicaciones. Aún así, una orden, para estar dotada de autoridad, debe tener algún fundamento. Un niño obedecerá a sus padres, un soldado a sus oficiales, un filósofo a un mozo de ferrocarriles, un trabajador al capataz, todos sin hacer preguntas, porque se acepta por regla general que los que dan las órdenes conocen su oficio y están debidamente autorizados e incluso obligados a darlas, y porque, en las exigencias prácticas de la vida cotidiana, no hay tiempo para dar lecciones y explicaciones o para discutir sobre su validez. Dicha obediencia es tan necesaria para las actividades continuadas de nuestro sistema social como las revoluciones de la Tierra lo son para la sucesión de la noche y el día. Pero no son tan espontáneas como parecen, sino que deben ser reguladas y mantenidas con sumo cuidado. Un obispo atenderá y obedecerá a un rey, pero, en cuanto un sacerdote se atreva a darle una orden, por muy necesaria y sensata que sea, el obispo olvidará sus vestiduras y maldecirá la impertinencia del clérigo. Cuanto más obediente sea un hombre a la autoridad acreditada, más reticente será a permitir que le ordene nada una persona no autorizada.

Con todo esto en mente, analicemos la carrera de Juana. Era una muchacha de pueblo, con autoridad sobre ovejas y cerdos, perros y gallinas y hasta cierto punto sobre los jornaleros de su padre cuando los contrataba, pero sobre nada más en la tierra. Fuera de la granja no tenía ninguna autoridad ni prestigio, ni se le debía la más mínima deferencia. Pero, aún así, daba órdenes a todo el mundo a su alrededor, desde a su tío

hasta al rey, al arzobispo y al Estado Mayor del ejército. Su tío la obedecía como una oveja y la llevó al castillo del comandante local, que, al ver que se le daban órdenes, intentó afirmar su autoridad, pero muy pronto capituló y obedeció. Y de la misma manera hasta el rey, como hemos visto. Esto habría sido insoportablemente irritante incluso si sus órdenes se hubieran ofrecido como soluciones racionales a las dificultades desesperadas en las que estaban inmersos sus superiores sociales en aquellos momentos. Pero no se ofrecieron de esa manera. Tampoco se ofrecieron como la expresión de la voluntad arbitraria de Juana. Nunca se dijo: «Lo digo yo», sino siempre: «Lo dice Dios».

### *Juana como teócrata*

Los líderes que adoptan esta actitud no tienen problemas con algunas personas y no dejan de tenerlos con otras. Nunca tendrán que temer una recepción tibia. O son mensajeros de Dios o son impostores blasfemos. En la Edad Media, la creencia general en la brujería intensificó en gran medida este contraste, porque cuando ocurría un supuesto milagro (como en el caso del viento cambiando en Orleans) era una prueba de la misión divina para los crédulos y demostraba un acuerdo con el demonio para los escépticos. Durante toda su carrera, Juana dependió de los que la aceptaban como un ángel encarnado frente a los que añadían un resentimiento intenso por su presunción a un rechazo profundo por considerarla una bruja. A este rechazo debemos añadir la irritación extrema de los que no creían en las voces y la consideraban una mentirosa y una impostora. Resulta difícil concebir nada más enfurecedor para un estadista o un comandante militar, o para el favorito de la corte, que quedar desautorizado continuamente o perder la atención del soberano a favor de una joven recién llegada e impertinente que se aprovecha de la credulidad del populacho y de la vanidad y la insensatez de un príncipe inmaduro al explotar algunas de esas coincidencias afortunadas que pueden parecer milagros a las personas acríticas. El éxito de Juana no solo exacerbó la envidia, la petulancia y la ambición competitiva de las naturalezas más bajas, sino que incluso los amigos eran lo suficientemente inteligentes para ser críticos con un escepticismo bastante razonable y para desconfiar de sus habilidades, y se basaban para ello en una observación ecuaníme de su ignorancia y su temeridad más que evidentes, que trabajaban en su contra. Y como ella no se enfrentó a todos los reproches y a todas las críticas con argumentos o con la persuasión, sino con el recurso directo a la autoridad de Dios y con la pretensión de tener una confianza especial con Dios, a todos los que no estaban obnubilados por su personalidad les debió parecer tan insufrible que nada más que una cadena ininterrumpida de éxitos apabullantes en el terreno militar y político podrían haberla salvado de la ira que al final la destruyó.

*El éxito continuado es esencial en una teocracia*

Para forjar una cadena de ese tipo, necesitaba ser el rey, el arzobispo de Reims, el Bastardo de Orleans<sup>23</sup> y ella misma, y eso era imposible. Desde el momento en que fracasó en convencer a Carlos para que después de la coronación se lanzase sobre París, estaba perdida. El hecho de que insistiera en esto mientras que el rey y los demás creían tímida y estúpidamente que podrían captar al duque de Borgoña y aliarse con él en contra de los ingleses les resultaba un estorbo terrible, y a partir de ese momento no pudo hacer nada más que pasearse por los campos de batalla a la espera de una oportunidad afortunada para empujar a los capitanes a una acción importante. Pero la oportunidad se le presentó al enemigo: los borgoñones la capturaron luchando delante de Compiègne y de repente descubrió que no tenía ni un solo amigo en el mundo político. Si hubiera podido escapar, probablemente habría luchado hasta que se hubieran marchado los ingleses y entonces habría tenido que sacudirse de los pies el polvo de la corte y retirarse a Domrémy, como Garibaldi tuvo que retirarse a Caprera.

*Las distorsiones modernas de la historia de Juana*

Creo que esto es todo lo que podemos decir por ahora sobre la parte prosaica de la carrera de Juana. La leyenda de su auge, la tragedia de su ejecución y la comedia de los intentos de la posteridad para corregir dicha ejecución pertenecen a mi obra y no a mi prefacio, que se debe limitar a un sobrio ensayo sobre los hechos. La necesidad de dicho ensayo se puede confirmar al examinar cualquiera de nuestras obras de referencia más habituales. Presentan con bastante precisión los hechos sobre la visita a Vaucouleurs, la presentación ante Carlos en Chinon, el levantamiento del asedio de Orleans y las batallas siguientes, la coronación en Reims, la captura en Compiègne y el juicio y la ejecución en Ruan, con sus fechas y los nombres de las personas implicadas, pero todas ellas sucumben ante la leyenda melodramática del obispo malvado y la doncella atrapada y todo lo demás. Serían mucho menos perjudiciales si se equivocaran en los hechos y ofrecieran la interpretación correcta de los hechos. Pero, tal como son, ilustran la verdad muy poco estudiada de que la moda en nuestra manera de pensar cambia como la moda en el vestir, y que para la mayoría de las personas resulta difícil, si no imposible, pensar de manera diferente a la moda de su época.

*La historia siempre va con retraso*

Esta, por cierto, es la razón por la que a los niños nunca se les enseña historia contemporánea. Sus libros de historia se ocupan de períodos de los que creen que ya están pasados de moda y cuyas circunstancias ya no se aplican a la vida actual. Por ejemplo, les enseñan historia sobre Washington y se les explican mentiras sobre Lenin. En la época de Washington se les explicaban mentiras (las mismas mentiras) sobre Washington y se les enseñaba historia sobre Cromwell. En los siglos XV y XVI se les explicaban mentiras sobre Juana, pero en esta época ya era posible explicar la verdad sobre ella. Desgraciadamente, las mentiras no cesan cuando las circunstancias políticas han quedado obsoletas. La Reforma, que Juana anticipó inconscientemente, mantuvo vivas las cuestiones que planteó su caso y que han llegado hasta la actualidad (aún se pueden ver muchas de las casas quemadas en Irlanda), con el resultado de que Juana ha seguido siendo el sujeto de mentiras anticlericales, en concreto, de mentiras protestantes, y de evasivas católicas sobre su protestantismo inconsciente. La verdad se queda atravesada en nuestra garganta con todas las salsas con las que la han servido: no bajará nunca hasta que no la ingiramos sin ninguna salsa.

*La Juana real no es lo suficientemente maravillosa para nosotros*

Pero incluso en su sencillez, la fe exigida por Juana es la que el temperamento antimetafísico de la civilización del siglo XIX, que sigue siendo poderoso en Inglaterra y América, y es tiránico en Francia, rechaza con desdén. A diferencia de sus contemporáneos, nosotros no corremos hacia el extremo opuesto y nos alejamos de ella por ser una bruja vendida al diablo, porque no creemos en el diablo ni en la posibilidad de cerrar un contrato comercial con él. Nuestra credulidad, aunque enorme, no es ilimitada y nuestras reservas están bastante agotadas por nuestros médiums, clarividentes, quirománticos, escritores sobre pizarras, científicos cristianos, psicoanalistas, adivinos de vibraciones electrónicas, terapeutas de todas las escuelas registradas y sin registrar, astrólogos, astrónomos que nos explican que el Sol se encuentra a casi ciento cincuenta millones de kilómetros y que Betelgeuse es diez veces más grande que todo el universo, físicos que pesan Betelgeuse para describir la pequeñez increíble del átomo y todo un ejército de traficantes de maravillas cuya credulidad habría disuelto la Edad Media en una carcajada de alegría escéptica. En la Edad Media la gente creía que la Tierra era plana, porque para ello tenía como mínimo la prueba de sus sentidos: nosotros creemos que es redonda, no porque cerca de un uno por ciento de nosotros pueda dar las razones físicas de una creencia tan pintoresca, sino porque la ciencia moderna nos ha convencido de que nada de lo que es obvio es cierto y que todo lo que es mágico, improbable, extraordinario, gigantesco, microscópico, insensible o extravagante es científico.

Por cierto, no se debe suponer que definiendo que la Tierra sea plana o que todas nuestras sorprendentes credulidades sean engaños o imposturas. Solo estoy defendiendo mi época contra la acusación de ser menos imaginativa que la Edad Media. Afirmando que el siglo XIX, y aún más el siglo XX, pueden derrotar de calle al siglo XV en lo que se refiere a la capacidad para creer en maravillas, santos y profetas, magos, monstruos y cuentos de hadas de todo tipo. La proporción de maravillas inmediatamente creíbles en la última edición de la *Enciclopedia Británica* es mucho mayor que en la Biblia. Los doctores en teología medievales, que no pretendieron establecer cuántos ángeles podían bailar en la punta de una aguja, resultan unas figuras muy pobres en cuanto a credulidad romántica al lado de los físicos modernos, que han establecido hasta la billonésima parte de un milímetro todos los movimientos y posiciones en el baile de los electrones. No

pongo en duda la precisión de estos cálculos o la existencia de los electrones (sean lo que sean). El destino de Juana es un aviso contra esta herejía. Pero no me resulta evidente por qué los hombres que creen en los electrones se consideran menos crédulos que los hombres que creían en ángeles. Si se niegan a creer, con los asesores en Ruan en 1431, que Juana era una bruja, no es porque esta explicación sea demasiado maravillosa, sino porque resulta muy poco maravillosa.

### *Los límites escénicos de la representación histórica*

Para la historia de Juana remito al lector a la obra que sigue. Contiene todo lo que se necesita saber sobre ella, pero, como se trata de representarla sobre el escenario, he tenido que condensar en tres horas y media una serie de acontecimientos que en su evolución histórica se extendieron durante un mínimo de cuatro veces dicho número de meses, porque el teatro impone una unidad de tiempo y lugar de la que se encuentra libre la naturaleza en su generosidad sin límites. Por eso el lector no debe suponer que Juana se metió realmente en el bolsillo a Roberto de Baudricourt en quince minutos, ni que su excomunión, retractación, recaída y muerte en la hoguera fueron cuestión de más o menos media hora. Tampoco pretendo nada más para la dramatización de los contemporáneos de Juana que algunos de ellos se parezcan un poco más a los originales que los retratos imaginarios de todos los papas desde san Pedro a lo largo de la Edad Oscura, que se siguen exhibiendo con seriedad en los Uffizi en Florencia (o que al menos se exponían allí la última vez que estuve). Mi Dunois podría ser igualmente el duque de Alençon. Ambos nos legaron descripciones de Juana tan iguales que, como un hombre siempre se describe inconscientemente cuando describe a otra persona, he deducido que esos jóvenes de buen talante tenían un carácter muy parecido, de manera que los he fundido a los dos en una sola figura y he conseguido así que la dirección del teatro se ahorre un salario y una armadura. La cara de Dunois, que aún se conserva en Châteaudun, es de una ayuda sugestiva. Pero en realidad sé más de estos hombres y de su círculo de lo que Shakespeare sabía de Falconbridge y el duque de Austria o de Macbeth y Macduff. Teniendo en cuenta lo que hicieron en la historia, y que he tenido que repetir en la obra, solo podía inventarles el carácter apropiado a la manera de Shakespeare.

### *Un vacío en el drama isabelino*

No obstante, tengo una ventaja sobre los isabelinos. Escribo con un conocimiento completo de la Edad Media, que se puede decir que fue redescubierta a mediados del siglo XIX después de un eclipse de casi cuatrocientos cincuenta años. El Renacimiento de la literatura y el arte antiguos en el siglo XVI y el crecimiento vigoroso del capitalismo enterraron la Edad Media y su resurrección es un segundo Renacimiento. En realidad, en las historias de Shakespeare no hay ni un atisbo de la atmósfera medieval. Su Juan de Gante es como un estudio sobre la vejez de Drake.<sup>24</sup> Aunque era católico por tradición familiar, sus personajes son intensamente protestantes, individualistas, escépticos, centrados en nada más que en sus asuntos amorosos, y completamente particulares y egoístas incluso en ellos. Sus reyes no son estadistas, sus cardenales no tienen religión: un novicio puede leer sus obras de cabo a rabo sin aprender que en última instancia el mundo está gobernado por fuerzas que se expresan en las religiones y en las leyes que marcan las épocas mucho más que los individuos vulgarmente ambiciosos que provocan conflictos. La divinidad que modela nuestro destino, sin importar cómo queramos aceptarlo, solo se cita como una fatalidad para olvidarla de inmediato como una vaga aprensión. Para Shakespeare como para Mark Twain, Cauchon habría sido un tirano y un abusón en lugar de un católico, y el inquisidor Lemaître habría sido un sádico en lugar de un abogado. Warwick no habría tenido más cualidades feudales que su sucesor, el hacedor de reyes<sup>25</sup> en la obra de Enrique VI. Los deberíamos haber visto completamente satisfechos al pensar que, al estar bien con ellos mismos, ya no podían estar mal con nadie más (un precepto que representa en su grado máximo la reacción contra el medievalismo), como si fueran seres etéreos, sin ningún tipo de responsabilidad pública. Todos los personajes de Shakespeare son así, por eso parecen tan naturales a nuestra clase media, que están cómodos y son irresponsables a expensas de las demás personas y ni se sienten avergonzados por su situación ni son conscientes de ella. La naturaleza aborrece este vacío en Shakespeare y yo he tenido mucho cuidado en que la atmósfera medieval se mueva libremente por mi obra. Los que la vean representada no confundirán los acontecimientos impresionantes que recoge con un simple accidente personal. Tendrán delante de ellos no solo las marionetas humanas visibles, sino la Iglesia, la Inquisición, el sistema feudal, con la inspiración divina golpeando siempre contra sus límites demasiado rígidos: mucho más terrible en su fuerza dramática que ninguna de las

pequeñas figuras mortales que se mueven con su armadura o se deslizan en silencio con el hábito y la capucha de la Orden de Santo Domingo.

### *Tragedia, no melodrama*

En la obra no hay villanos. El crimen, como la enfermedad, no es interesante: es algo que todo el mundo está de acuerdo en eliminar, y eso es todo. Lo que nos interesa realmente es lo que los hombres hacen, los hombres en su mejor momento, con buenas intenciones, y lo que los hombres y las mujeres normales consideran que deben hacer y hacen a pesar de sus intenciones. El obispo sinvergüenza y el inquisidor cruel de Mark Twain y Andrew Lang son tan insustanciales como unos carteristas y reducen a Juana a la altura de una persona aún menos interesante a la que le vacían los bolsillos. Los he representado a los dos como exponentes capaces y elocuentes de la Iglesia militante y de la Iglesia litigante, porque solo haciéndolo así puedo mantener mi drama en el nivel de la alta tragedia y evitar que se convierta en un proceso sensacional simplemente policíaco. En una obra, el villano no puede ser nada más que un *diabolus ex machina*, un recurso posiblemente más emocionante que un *deus ex machina*, pero ambos son igual de mecánicos y por eso solo son interesantes como mecanismo. Repito que lo que nos preocupa es lo que hacen las personas normales e inocentes, y si a Juana no la hubieran quemado personas normales e inocentes con toda la energía de su honradez, su muerte a sus manos no tendría mayor significado que el terremoto de Tokio, que quemó a muchas más doncellas. La tragedia de dichos asesinatos es que no fueron perpetrados por asesinos. Se trata de asesinatos judiciales, asesinatos piadosos, y esta contradicción aporta de inmediato un elemento de comedia en la tragedia: los ángeles pueden llorar por el asesinato, pero los dioses se ríen de los asesinos.

### *Los halagos inevitables de la tragedia*

En consecuencia, aquí tenemos una razón por la que mi drama sobre la carrera de santa Juana, aunque aporta la verdad esencial sobre esta, ofrece una imagen inexacta de algunos hechos accidentales. Casi no es necesario decir que los melodramas antiguos sobre Juana de Arco, que lo reducen todo a un conflicto entre un villano y un héroe, o, en el caso de Juana, entre un villano y una heroína, no solo se equivocan por completo, sino que falsifican a los personajes, pues convirtieron a Cauchon en un malvado, a Juana en una diva y a Dunois en un amante. Pero el autor de alta tragedia y comedia, que apunta a la verdad más profunda y accesible, debe resaltar a Cauchon casi tanto como lo envilecen los autores de melodrama. Aunque, por lo que he podido descubrir, no hay nada contra Cauchon que lo condene por tener mala fe o ejercer una severidad excepcional en sus relaciones judiciales con Juana o, como mínimo, no más que el sesgo en contra de los acusados y a favor de la policía, la clase y la secta que se supone en la actualidad en nuestros tribunales, pero tampoco existen pruebas decisivas para clasificarlo como un gran eclesiástico católico, completamente ajeno a las pasiones que despertaba la situación temporal. Lo mismo ocurre con el inquisidor Lemaître, que, según los escasos datos que se han podido recuperar en la actualidad, aparece como un hombre capaz en el ejercicio de su deber y en el caso que se le presentaba, como lo he representado. Pero es función del escenario conseguir que estos personajes sean más inteligibles por ellos mismos de lo que habrían sido en la vida real, porque no existe ningún otro medio para hacerlos inteligibles para el auditorio. En este caso, Cauchon y Lemaître no solo tienen que hacerse inteligibles ellos mismos, sino también a la Iglesia y a la Inquisición, de la misma manera que Warwick tiene que hacer inteligible el sistema feudal, de manera que los tres tienen que conseguir que una audiencia del siglo XX sea consciente de una época radicalmente diferente de la nuestra. Obviamente, los Cauchon, Lemaître y Warwick reales no podrían haberlo hecho: formaban parte de la Edad Media, y por eso no eran conscientes de sus peculiaridades, como tampoco lo eran de la fórmula atómica del aire que respiraban. Pero la obra no sería comprensible si no los hubiera dotado de una cantidad suficiente de esta conciencia para explicar sus actitudes al siglo XX. Lo que afirmo es que, mediante este sacrificio inevitable de la verosimilitud, he asegurado por el único medio posible una veracidad suficiente para justificar mi afirmación de que por lo que he podido saber a partir de la documentación disponible, y

a través de los poderes de deducción que poseo, las cosas que represento en estos tres exponentes del drama al hablar son las cosas que habrían dicho si hubieran sido conscientes de lo que estaban haciendo en realidad. Y, más allá de esto, ni el drama ni la historia dan más de sí en mis manos.

*Algunas propuestas bienintencionadas para mejorar la obra*

Tengo que dar las gracias a varios críticos a ambos lados del Atlántico, incluidos algunos cuya admiración entusiástica por mi obra es muy generosa, por sus consejos sinceros sobre cómo se puede mejorar. Señalan que suprimiendo el epílogo y todas las referencias a asuntos tan poco dramáticos y tediosos como la Iglesia, el sistema feudal, la Inquisición, la teoría de la herejía y otras cosas por el estilo, que, según ellos, el lápiz azul de un director experimentado habría tachado sin misericordia, se habría podido acortar considerablemente la obra. Creo que se equivocan. Los experimentados caballeros del lápiz azul, después de reducir una hora y media mediante el destripamiento de la obra, a continuación habrían perdido dos horas en la construcción de una escenografía elaborada, y habrían conseguido tener agua de verdad en el río Loira y un puente de verdad que lo cruce, y representado un combate obviamente fingido por su control, con los franceses victoriosos encabezados por Juana montada en un caballo de verdad. La coronación habría eclipsado todas las representaciones teatrales anteriores, y habría mostrado, en primer lugar, la procesión a través de las calles de Reims y, después, la misa en la catedral, con una música escrita especialmente para ambos acontecimientos. Juana ardería sobre el escenario, como ocurre siempre con *Mr. Matheson Lang*<sup>26</sup> en *El juicio errante*, basándose en el principio de que no importa en lo más mínimo por qué se quema a una mujer, siempre que se la queme y la gente pueda pagar para verlo. Los entreactos, mientras los tramoyistas construyen y desmontan estos decorados espléndidos, iban a parecer eternos, para gran provecho de los bares. Y los espectadores, cansados y desmoralizados, perderán el último tren y me maldecirán por escribir una obra tan extraordinariamente larga, intolerablemente aburrida y sin interés. Pero el aplauso de la prensa iba a ser unánime. Nadie que conozca la historia de las representaciones de Shakespeare dudará de que eso es lo que ocurriría si conociera tan poco mi oficio como para hacerles caso a estos consejeros bien intencionados pero desastrosos: de hecho, es probable que ocurra cuando deje de controlar los derechos de representación. Así que es posible que lo mejor para el público sea ver la obra mientras siga vivo.

### *El epílogo*

En cuanto al epílogo, difícilmente puedo creer que me haya vuelto tan tonto como para insinuar que la historia de Juana en el mundo terminase de manera infeliz con su ejecución, en lugar de ser ese el punto de partida. Por eso, a toda costa era necesario mostrar a la Juana canonizada al igual que a la incinerada, porque muchas mujeres han muerto quemadas al acercar imprudentemente una falda de muselina a la chimenea de su sala de estar, pero ser canonizada es algo completamente diferente, y mucho más importante. Así que mucho me temo que no puedo suprimir el epílogo.

*A los críticos, para que no se sientan ignorados*

Para un crítico profesional (yo también lo he sido), ir al teatro es la maldición de Adán. La obra es el mal que se le paga para soportar, el sudor de su frente, y cuanto antes se acabe, mejor. Puede parecer que esto lo sitúa en una oposición irreconciliable con el espectador de pago, desde cuyo punto de vista cuanto más larga es la obra, más entretenimiento obtiene por su dinero. De hecho, esa es su posición, en especial en provincias, donde el espectador va al teatro solo para ver la obra e insiste realmente en obtener ciertas horas de entretenimiento, lo que a veces pone en serios aprietos a los empresarios de las giras a causa de la brevedad de las obras londinenses que deben presentar.

Porque en Londres los críticos se ven reforzados por un conjunto considerable de personas que van al teatro como otros van a la iglesia, para lucir sus mejores galas y compararse con los demás, para estar a la moda y tener algo de lo que hablar durante las cenas, para adorar a una actriz admirada, para pasar la velada en cualquier lugar mejor que en casa; en definitiva, por cualquier razón que no sea un interés en el arte dramático por sí mismo. En los centros de moda, el número de personas irreligiosas que van a la iglesia, de personas nada musicales que acuden a conciertos y óperas y de personas antiteatrales que van al teatro es tan prodigioso que los sermones se han tenido que recortar a diez minutos y las obras a dos horas y, aún así, las congregaciones se impacientan por la bendición y los espectadores por el telón final, de manera que puedan ir a comer o a cenar, que es lo que quieren realmente, a pesar de haber llegado más tarde de la hora de empezar (o un poco después), que para ellos se retrasa todo lo que es posible.

Por eso de las butacas y de la prensa surge una atmósfera de hipocresía. Nadie dice claramente que el drama genuino es una molestia tediosa y que pedir a la gente que soporte más de dos horas de este (con dos largos intervalos de alivio) es una imposición intolerable. Nadie dice: «Odio la tragedia y la comedia clásicas como odio los sermones y las sinfonías, pero me gustan las noticias de sucesos y de divorcios, y cualquier tipo de baile o los grandes espectáculos que tienen un efecto afrodisíaco en mí o en mi esposa o en mi marido. Y, por mucho que lo pretendan las personas superiores, no puedo asociar el placer con ningún tipo de actividad intelectual, y no creo que pueda hacerlo nadie». Estas cosas no se dicen, pero las nueve décimas partes de lo que se ofrece como crítica

teatral en la prensa metropolitana de Europa y América no es nada más que una turbia paráfrasis de esto. Si no quiere decir esto, no dice nada.

No me quejo de ella, aunque ella se queje de mí de manera muy poco razonable. Pero no le hago más caso del que les hace Einstein a las personas que son incapaces de comprender las matemáticas. Yo escribo según el estilo clásico para aquellos que pagan la entrada al teatro porque les gustan la comedia o la tragedia clásicas por lo que son, y les gustan tanto cuando son buenas y están bien representadas que son reticentes a irse para tomar el último tren o tranvía que los lleve a casa. En lugar de llegar tarde de una cena a las ocho o a las ocho y media, de manera que escapen al menos de la primera media hora de la actuación, hacen cola ante las puertas del teatro durante horas bajo el frío para conseguir una butaca. En los países en los que una obra dura una semana, traen consigo cestos con provisiones para no perderse nada. Estos son los patronos de los que depende mi pan. No les ofrezco espectáculos de doce horas, porque las circunstancias presentes hacen que dichos entretenimientos no sean posible, aunque una actuación que empiece después del desayuno y termine con la puesta de sol es posible física y artísticamente tanto en Surrey o Middlesex como en Oberammergau, y pasarse toda la noche en el teatro sería como mínimo tan divertido como una sesión nocturna en la Cámara de los Comunes, y mucho más útil. Pero en *Santa Juana* he hecho todo lo posible para ceñirme al límite clásico muy bien establecido de las tres horas y media de actuación prácticamente seguida, prescindiendo del intermedio impuesto por consideraciones que no tienen nada que ver con el arte. Sé que esto es duro para los pseudocríticos y para las personas a la moda que van al teatro por pura hipocresía. No puedo dejar de sentir cierta compasión por ellos cuando me aseguran que mi obra, aunque es una gran obra, fracasará sin remedio porque no empieza a las nueve menos cuarto y acaba a las once. Los hechos están apabullantemente en su contra. Olvidan que todos los hombres no son como ellos. Aún así, lo siento por ellos y, aunque por su causa no puedo deshacer mi obra y ayudar a la gente que odia el teatro a expulsar a la gente que lo ama, quiero indicarles que tienen numerosos remedios a su alcance. Se pueden librar de la primera parte de la obra con su práctica habitual de llegar tarde. Se pueden librar del epílogo yéndose antes. Y, si el mínimo irreducible al que tienen que asistir sigue siendo demasiado doloroso, pueden no asistir. Pero rechazo esta actitud extrema, porque no es buena para mi bolsillo ni para su alma. Algunos de ellos ya han descubierto que lo que importa no es la extensión absoluta del tiempo que ocupa una obra, sino la

velocidad con la que pasa el tiempo, de manera que el teatro, aunque es el purgatorio en sus momentos aristotélicos, no es siempre el lugar necesariamente aburrido que se han encontrado con frecuencia. ¿Qué importan estas molestias cuando la obra consigue que las olvidemos?

AYOT ST. LAWRENCE

Mayo de 1924

SANTA JUANA

## ESCENA I

*Una hermosa mañana de primavera del año 1492, a orillas del río Mosa, entre Lorena y Champaña, en el castillo de Vaucouleurs.*

*El capitán Roberto de Baudricourt, un militar noble, guapo y físicamente enérgico, pero sin voluntad propia, está ocultando este defecto de la manera habitual gritándole terriblemente a su mayordomo, un gusano insignificante, escaso de carne, escaso de cabello, que puede tener una edad desde los dieciocho hasta los cincuenta y cinco años, y es el tipo de hombre cuya edad no se puede marchitar porque nunca ha florecido.*

*Los dos se encuentran en una soleada habitación con muros de piedra en la primera planta del castillo. Ante una mesa de roble fuerte y sencilla, sentado en una silla a juego, el capitán ofrece su perfil izquierdo. El mayordomo está de pie frente a él al otro lado de la mesa, si una postura tan humillada se puede llamar estar de pie. En la esquina más cercana se encuentra un torreón con una puerta estrecha y con un arco que conduce a una escalera de caracol que desciende hacia el patio. Bajo la mesa se encuentra un recio taburete de cuatro patas y un arcón de madera debajo de la ventana.*

ROBERTO. ¡No hay huevos! ¡¡No hay huevos!! Por todos los demonios, hombre, ¿qué quieres decir con que no hay huevos?

MAYORDOMO. Señor, no es culpa mía. Es la voluntad de Dios.

ROBERTO. Blasfemia. Me dices que no hay huevos y le echas la culpa de ello a tu Hacedor.

MAYORDOMO. Señor, ¿qué puedo hacer? No puedo poner huevos.

ROBERTO. *(Sarcástico.)* ¡Ajá! Encima te burlas.

MAYORDOMO. No, señor, válgame Dios. Todos tenemos que pasarnos sin huevos, como vos, señor. Las gallinas no quieren poner.

ROBERTO. ¡Desde luego! *(Se levanta.)* Ahora escúchame bien.

MAYORDOMO. *(Con humildad.)* Sí, señor.

ROBERTO. ¿Qué soy yo?

MAYORDOMO. ¿Qué sois vos, señor?

ROBERTO. *(Se acerca a él.)* Sí, ¿qué soy yo? ¿Soy Roberto, señor de Baudricourt y capitán de este castillo de Vaucouleurs, o acaso soy un vaquero?

MAYORDOMO. Oh, señor, sabéis que aquí sois un hombre más grande que el propio rey.

ROBERTO. Precisamente. Y es más, ¿sabes lo que eres tú?

MAYORDOMO. No soy nadie, señor, excepto que tengo el honor de ser vuestro mayordomo.

ROBERTO. *(Lo empuja hacia la pared, adjetivo a adjetivo.)* No solo tienes el honor de ser mi mayordomo, sino que tienes el privilegio de ser el mayordomo más malo y más incompetente, parlanchín, llorón, farfullador, baboso e idiota de toda Francia. *(Vuelve a la mesa con grandes zancadas.)*

MAYORDOMO. *(Se encoge sobre el arcón.)* Sí, señor, eso le debo parecer a un gran hombre como vos.

ROBERTO. *(Se da la vuelta.)* Supongo que debe ser culpa mía. ¿No?

MAYORDOMO. *(Se acerca a él sumiso.)* ¡Oh, señor, siempre le dais la vuelta a mis palabras más inocentes!

ROBERTO. Le daré una vuelta a tu cuello si te atreves a decirme que no puedes ponerlos cuando te pregunto cuántos huevos hay.

MAYORDOMO. *(Protestando.)* Oh, señor, oh, señor...

ROBERTO. No, nada de oh, señor, oh, señor, sino no, señor, no, señor. Mis tres gallinas de Berbería y la negra son las mejores ponedoras de Champaña. ¡Y tú vienes a decirme que no hay huevos! ¿Quién los ha robado? Dímelo antes de que te saque a patadas por la puerta del castillo por mentiroso y por vender mis bienes a los ladrones. Ayer también faltó la leche, no lo olvides.

MAYORDOMO. *(Desesperado.)* Lo sé, señor. Lo sé muy bien. No hay leche, no hay huevos, mañana no habrá nada.

ROBERTO. ¡Nada! ¿Lo vas a robar todo?

MAYORDOMO. No, señor, nadie va a robar nada. Pero un maleficio ha caído sobre nosotros, estamos embrujados.

ROBERTO. Esa historia no me convence. Roberto de Baudricourt quema brujas y ahorca ladrones. Vete. ¡Tráeme cuatro docenas de huevos y dos cántaros de leche, quiero verlos en esta habitación antes de mediodía, o que el Cielo se apiade de tus huesos! Te enseñaré a burlarte de mí. *(Se vuelve a sentar con aires de haber zanjado la cuestión.)*

MAYORDOMO. Señor, ya os he dicho que no hay huevos. No los habrá, aunque me matéis por ello, mientras la Doncella esté a la puerta.

ROBERTO. ¡La Doncella! ¿Qué doncella? ¿De qué estás hablando?

MAYORDOMO. La muchacha de Lorena, señor. De Domrémy.

ROBERTO. *(Se levanta enfadado.)* ¡Por todos los demonios! ¡Por todos los demonios! ¿Me estás diciendo que la muchacha que tuvo la impudicia de pedirme audiencia hace días y a la que te dije que enviases de vuelta a su padre con orden mía de que debía darle una buena tunda sigue aquí?

MAYORDOMO. Le dije que se fuera, señor. No quiere irse.

ROBERTO. No te dije que le dijese que se fuera, te ordené que la echases. Tienes a tu disposición a cincuenta hombres armados y a una docena de criados idiotas pero sanos para ejecutar mis órdenes. ¿Le tienen miedo?

MAYORDOMO. Es muy convincente, señor.

ROBERTO. *(Lo agarra por la nuca.)* ¡Convincente! Fíjate bien. Te voy a tirar escaleras abajo.

MAYORDOMO. No, señor. Por favor.

ROBERTO. Bueno, detenme siendo convincente. Es muy fácil, cualquier chiquilla puede hacerlo.

MAYORDOMO. *(Colgado flácidamente de sus manos.)* Señor, señor, no va a poder deshacerse de ella echándome. *(Roberto lo deja caer. Se queda de rodillas en el suelo y mira a su señor con resignación.)* Verá, señor, vos sois mucho más convincente que yo. Pero ella también lo es.

ROBERTO. Yo soy más fuerte que tú, idiota.

MAYORDOMO. No, señor, no se trata de eso. Es vuestra fuerza de carácter, señor. Ella es más débil que nosotros, solo se trata de una chiquilla, pero no conseguimos que se vaya.

ROBERTO. Atajo de inútiles, le tenéis miedo.

MAYORDOMO. *(Se levanta con precaución.)* No, señor, os tenemos miedo a vos, pero ella nos da valor. En realidad, no parece que le tenga miedo a nada. Quizá vos podáis asustarla, señor.

ROBERTO. *(Sombrío.)* Quizá. ¿Ahora dónde está?

MAYORDOMO. Abajo en el patio, señor, hablando con los soldados como siempre. Siempre está hablando con los soldados, excepto cuando está rezando.

ROBERTO. ¡Rezando! ¡Ja! Tú crees que reza, idiota. Conozco al tipo de chicas que siempre están hablando con los soldados. Debería hablar un poco conmigo. *(Se acerca a la ventana y grita con furia a través de ella.)* ¡Eh, tú!

UNA VOZ DE CHICA. *(Vibrante, fuerte y dura.)* ¿Me habla a mí, señor?

ROBERTO. Sí, tú.

LA VOZ. ¿Eres el capitán?

ROBERTO. Sí, maldito sea tu descaro, soy el capitán. Sube. *(A los soldados en el patio.)*

Vosotros, indicadle el camino. Y traedla deprisa. *(Se aparta de la ventana y regresa a su lugar en la mesa, donde se sienta con actitud autoritaria.)*

MAYORDOMO. *(Susurrando.)* Ella quiere ser soldado. Quiere que le deis ropa de soldado.

¡Una armadura, señor! ¡Y una espada! *(Se sitúa furtivamente detrás de Roberto.)*

*Juana aparece por la puerta del torreón. Se trata de una muchacha campesina fuerte de diecisiete o dieciocho años, con un vestido recatado de color rojo y con un rostro poco común: los ojos están muy separados y saltones, como ocurre con frecuencia en las personas muy imaginativas, una nariz larga y bien formada con ventanas anchas, un labio superior pequeño, la boca decidida con labios gruesos y una barbilla hermosa y desafiante. Se acerca ansiosa a la mesa, encantada de estar por fin en presencia de Baudricourt y llena de esperanzas sobre los resultados del encuentro. Su ceño fruncido no la detiene ni la asusta en lo más mínimo. Su voz es normalmente una voz cordial y amable, muy confiada, muy atractiva y muy difícil de resistir.*

JUANA. *(Con una reverencia.)* Buenos días, señor capitán. Capitán, tenéis que darme un caballo, una armadura y algunos soldados, y enviarme al delfín. Esas son vuestras órdenes de parte de mi Señor.

ROBERTO. *(Ofendido.)* ¡Órdenes de tu señor! ¿Y quién demonios es tu señor? Vuelve con él y dile que no soy duque ni un igual a sus órdenes. Soy el señor de Baudricourt y no recibo órdenes más que del rey.

JUANA. *(Lo tranquiliza.)* Sí, señor, muy bien. Mi Señor es el Rey de los Cielos.

ROBERTO. ¡Qué! La muchacha está loca. *(Al mayordomo.)* ¿Por qué no me lo has dicho, cabeza de chorlito?

MAYORDOMO. Señor, no la hagáis enfadar, dadle lo que pide.

JUANA. (*Impaciente, pero amable.*) Todos dicen que estoy loca hasta que hablo con ellos, señor. Pero vos podéis ver que es la voluntad de Dios que hagáis lo que él ha puesto en mi mente.

ROBERTO. Es la voluntad de Dios que te envíe de vuelta con tu padre con la orden de encerrarte y sacarte la locura a golpes. ¿Qué tienes que decir a eso?

JUANA. Creéis que queréis, señor, pero descubriréis que todo acabará siendo muy diferente. Dijisteis que no me veríais, pero aquí estoy.

MAYORDOMO. (*Suplicando.*) Sí, señor. Lo veis, señor.

ROBERTO. Cállate.

MAYORDOMO. (*Sumiso.*) Sí, señor.

ROBERTO. (*A Juana, con la amarga sensación de haber perdido confianza en sí mismo.*) ¿Así que estás presumiendo de que te haya recibido?

JUANA. (*Con dulzura.*) Sí, señor.

ROBERTO. (*Con la sensación de que está perdiendo terreno, apoya los puños en la mesa e infla imponentemente el pecho para aliviar una sensación desagradable y demasiado familiar.*) Ahora escúchame. Voy a ser muy claro.

JUANA. (*Yendo al grano.*) Por favor, señor. El caballo costará dieciséis francos. Se trata de una gran cantidad de dinero, pero puedo ahorrármela con la armadura. Puedo encontrar una armadura de soldado que me quede bien. Soy muy dura y no necesito una armadura hermosa hecha a medida como la que lleváis vos. No quiero demasiados soldados porque el delfín me dará todo lo que necesito para levantar el asedio de Orleans.

ROBERTO. (*Asombrado.*) ¡Para levantar el asedio de Orleans!

JUANA. (*Con sencillez.*) Sí, señor. Para eso me ha enviado Dios. Será suficiente con que me deis tres hombres, siempre que sean buenos hombres y amables conmigo. Han prometido que vendrán conmigo. Polly, Jack y...

ROBERTO. ¡¡Polly!! Golfá indecente, ¿te atreves a llamar Polly delante de mí al caballero Bertrand de Poulengy?

JUANA. Sus amigos lo llaman así, señor. No sabía que tuviera otro nombre. Jack...

ROBERTO. Supongo que se trata del señor Juan de Metz.

JUANA. Sí, señor. Jack está dispuesto a venir. Se trata de un caballero muy amable y me da dinero para repartirlo entre los pobres. Creo que Juan Godsave vendrá también, y

Dick el Arquero, y sus sirvientes Juan de Honecourt y Julián. No os va a causar ninguna molestia, señor, ya lo he arreglado todo. Solo tenéis que dar la orden.

ROBERTO. *(La mira estupefacto y sorprendido.)* ¡Que me lleven todos los demonios!

JUANA. *(Con dulzura y tranquilidad.)* No, señor. Dios es muy misericordioso y las benditas santas Catalina y Margarita, que hablan conmigo todos los días *(Roberto la mira boquiabierto)*, intercederán por vos. Iréis al paraíso y vuestro nombre será recordado para siempre como el primero que me ayudó.

ROBERTO. *(Al mayordomo, aún muy confuso, pero cambia el tono en la medida en que intenta seguir una nueva pista.)* ¿Es cierto lo del señor de Poulengey?

MAYORDOMO. *(Vehemente.)* Sí, señor, y también el señor de Metz. Ambos quieren acompañarla.

ROBERTO. *(Pensativo.)* ¡Mmm! *(Se acerca a la ventana y grita hacia el patio.)* ¡Eh! Vosotros, decidle al señor de Poulengey que venga. *(Se vuelve hacia Juana.)* Vete y espera en el patio.

JUANA. *(Con una gran sonrisa.)* Desde luego, señor. *(Sale.)*

ROBERTO. *(Al mayordomo.)* Ve con ella, pedazo de imbécil. Quédate con ella y vigílala. La volveré a llamar.

MAYORDOMO. Hágalo en el nombre de Dios, señor. Piense en esas gallinas, las mejores ponedoras de Champaña, y...

ROBERTO. Piensa en mi bota y procura que tu trasero esté fuera de su alcance.

*El mayordomo se retira con rapidez y se tropieza en el quicio de la puerta con Bertrand de Poulengey, un linfático caballero de armas francés, de unos treinta y seis años, empleado al servicio del capitán preboste, muy despistado, casi nunca habla a menos que se dirijan a él, y en esos casos sus respuestas son lentas y tajantes. En definitiva, todo lo contrario de Roberto, arrogante, locuaz y superficialmente enérgico, pero en el fondo con escasa voluntad. El mayordomo lo deja pasar y desaparece.*

*Poulengey saluda y se queda firmes esperando órdenes.*

ROBERTO. *(Con tono amistoso.)* No se trata de una cuestión del servicio, Polly. Una charla entre amigos. Toma asiento. *(Con el empuje empuja el taburete que está debajo de la mesa.)*

*Poulengey se relaja y entra en la habitación. Coloca el taburete entre la mesa y la ventana y se sienta pensativo. Roberto, medio sentado al borde de la mesa, inicia la charla amistosa.*

ROBERTO. Ahora escúchame, Polly. Debo hablarte como un padre.

*Poulengey lo mira con seriedad durante un momento, pero no dice nada.*

ROBERTO. Se trata de la muchacha en la que estás interesado. Ahora la he visto. He hablado con ella. En primer lugar, está loca. Eso no importa. En segundo lugar, no es una moza de campo. Es una burguesa. Eso tiene mucha importancia. Conozco perfectamente a los de su clase. Su padre estuvo aquí el año pasado en representación de su aldea en un pleito; es uno de sus notables. Un campesino. No un caballero campesino, porque con ello gana dinero y vive de ello. Aún así, no es un trabajador. Ni un artesano. Es posible que tenga un primo abogado o en la Iglesia. La gente de ese tipo es posible que no cuente socialmente, pero pueden causarles muchas molestias a las autoridades. Es decir, a mí. Ahora mismo no tengo la menor duda de que te parece que se trata de algo muy sencillo acompañar a esa muchacha y engatusarla con la idea de que la estás llevando a ver al delfín. Pero, si la metes en algún jaleo, puedes meterme en un lío sin fin, porque soy el señor de su padre y responsable de su protección. Así que, amigos o no amigos, Polly, no le pongas las manos encima.

POULENGEY. *(Con énfasis deliberado.)* Antes pensaría en hacer algo así con la Virgen María que con esa chica.

ROBERTO. *(Se levanta de la mesa.)* Pero me ha dicho que tú, Jack y Dick os habéis ofrecido a acompañarla. ¿Para qué? ¿No me irás a decir que os tomáis en serio la loca idea de llevarla ante el delfín?

POULENGEY. *(Lentamente.)* Hay algo en ella. Ahí abajo, en el cuerpo de guardia, son bastante mal hablados y mal pensados. Pero nadie ha dicho nada sobre el hecho de que sea una mujer. Han dejado de jurar delante de ella. Hay algo. Algo. Quizá valga la pena intentarlo.

ROBERTO. ¡Oh, venga ya, Polly! Piensa un poco. El sentido común no ha sido nunca tu fuerte, pero esto es un poco demasiado. *(Se aleja disgustado.)*

POULENGEY. *(Impertérrito.)* ¿Qué tiene de bueno el sentido común? Si tuviéramos sentido común, tendríamos que unirnos al duque de Borgoña y al rey inglés. Controlan

la mitad del país hasta el Loira. Tienen París. Tienen este castillo; sabes muy bien que tuvimos que rendirlo al duque de Bedford y que solo lo conservas bajo palabra de honor. El delfín se encuentra en Chinon, como una rata atrapada en un rincón, excepto que no está dispuesto a luchar. Ni siquiera sabemos si es el delfín: su madre dice que no lo es, y ella debería saberlo. ¡Piensa en eso! ¡La reina negando la legitimidad de su propio hijo!

ROBERTO. Bueno, casó a su hija con el rey inglés. ¿Puedes culparla?

POULENGEY. Yo no culpo a nadie. Pero, gracias a ella, el delfín está en las últimas, y eso también debemos tenerlo en cuenta. Los ingleses tomarán Orleans y el Bastardo no podrá detenerlos.

ROBERTO. Venció a los ingleses hace dos años en Montargis. Yo estuve con él.

POULENGEY. No importa. Ahora sus hombres están desmoralizados y no puede hacer milagros. Y te digo que en estos momentos nada puede salvar nuestra causa excepto un milagro.

ROBERTO. Los milagros están muy bien, Polly. El único problema con ellos es que ya no ocurren en la actualidad.

POULENGEY. Yo solía pensar lo mismo. Ahora ya no estoy tan seguro. *(Se levanta y se dirige pensativo hacia la ventana.)* En cualquier caso, estamos en un momento en que no podemos dejar de intentarlo todo. Hay algo en esa muchacha.

ROBERTO. ¡Oh! ¿Crees que la chica puede obrar milagros?

POULENGEY. Creo que la misma muchacha es algo así como un milagro. En cualquier caso, es la última carta que tenemos en la mano. Es mejor jugarla que tirar la partida. *(Pasea hacia el torreón.)*

ROBERTO. *(Duda.)* ¿Realmente lo crees?

POULENGEY. *(Se da la vuelta.)* ¿Acaso nos queda algo más en que creer?

ROBERTO. *(Se acerca a él.)* Mira, Polly. Si estuvieras en mi lugar, ¿dejarías que una muchacha como esa te sacara dieciséis francos para un caballo?

POULENGEY. Yo pagaré por su caballo.

ROBERTO. ¿De verdad?

POULENGEY. Sí. Apostaré por lo que creo.

ROBERTO. ¿De verdad vas a jugarte la friolera de dieciséis francos por una causa perdida?

POULENGEY. No se trata de un juego.

ROBERT. ¿Entonces qué es?

POULENGEY. Es una certeza. Sus palabras y su fe ardiente en Dios me han inflamado.

ROBERTO. *(Resignado.)* ¡Uf! Estás tan loco como ella.

POULENGEY. *(Obstinado.)* Ahora necesitamos a algunos locos. ¡Mira adónde nos han llevado los cuerdos!

ROBERTO. *(Ahora sus dudas superan abiertamente su supuesta firmeza de decisión.)* Voy a sentirme como un gran idiota. Pero si estás tan seguro...

POULENGEY. Estoy lo suficientemente seguro para llevarla hasta Chinon..., si no me lo impides.

ROBERTO. Esto no es justo. Me está cargando con toda la responsabilidad.

POULENGEY. La responsabilidad es tuya, decidas lo que decidas.

ROBERTO. Sí, precisamente se trata de eso. ¿Hacia qué lado me voy a decidir? No ves lo difícil que resulta para mí. *(Se decide por un paso dilatorio con la esperanza inconsciente de que Juana decida por él.)* ¿Crees que debería tener otra charla con ella?

POULENGEY. *(Se levanta.)* Sí. *(Se acerca a la ventana y grita.)* ¡Juana!

LA VOZ DE JUANA. ¿Va a dejar que vayamos, Polly?

POULENGEY. Sube. Entra. *(Se vuelve hacia Roberto.)* ¿Te dejo a solas con ella?

ROBERTO. No, quédate y apóyame.

*Poulengey se sienta en el arcón. Roberto regresa a su gran silla, pero permanece de pie y se infla para parecer más imponente. Juana entra con muy buenas noticias.*

JUANA. Jack irá a medias con lo del caballo.

ROBERTO. ¡¡Bien!! *(Se sienta desinflado.)*

POULENGEY. *(Serio.)* Siéntate, Juana.

JUANA. *(Un poco cortada y mirando a Roberto.)* ¿Puedo?

ROBERTO. Haz lo que te han dicho.

*Juana hace una reverencia y se sienta en el taburete entre ellos. Roberto intenta ocultar su perplejidad con una actitud severa.*

ROBERTO. ¿Cómo te llamas?

JUANA. *(Afectuosa.)* En Lorena siempre me han llamado Jenny. Aquí en Francia soy Juana. Los soldados me llaman la Doncella.

ROBERTO. ¿Cuál es tu apellido?

JUANA. ¿Apellido? ¿Qué es eso? Mi padre se llama a veces de Arco, pero yo no sé nada de eso. Conocéis a mi padre. Él...

ROBERTO. Sí, sí, lo recuerdo. Creo que vienes de Domrémy, en Lorena.

JUANA. Sí, pero ¿eso qué importa? Todos hablamos francés.

ROBERTO. No preguntes, solo responde. ¿Qué edad tienes?

JUANA. Diecisiete, según me han dicho. Puede que sean diecinueve. No lo recuerdo.

ROBERTO. ¿Qué quieres decir cuando explicas que santa Catalina y santa Margarita hablan contigo cada día?

JUANA. Lo hacen.

ROBERTO. ¿Cómo son?

JUANA. (*Obstinada de repente.*) No diré nada sobre eso. No me han dado permiso.

ROBERTO. Pero ¿las ves realmente y hablan contigo como yo lo estoy haciendo ahora?

JUANA. No, es bastante diferente. No os lo puedo decir, no debéis hablar conmigo sobre mis voces.

ROBERTO. ¿Qué quieres decir? ¿Voces?

JUANA. Oigo voces que me dicen lo que tengo que hacer. Vienen de Dios.

ROBERTO. Proceden de tu imaginación.

JUANA. Por supuesto. Así es como nos llegan los mensajes de Dios.

POULENGEY. Jaque mate.

ROBERTO. ¡No temas! (*A Juana.*) ¿Así que Dios te dice que tienes que levantar el asedio de Orleans?

JUANA. Y coronar al delfín en la catedral de Reims.

ROBERT. (*Asombrado.*) ¡Coronar al del...! ¡Cielos!

JUANA. Y conseguir que los ingleses abandonen Francia.

ROBERTO. (*Sarcástico.*) ¿Nada más?

JUANA. (*Encantadora.*) Por el momento no, muchas gracias, señor.

ROBERTO. Supongo que crees que levantar un asedio es tan fácil como alejar a una vaca de un prado. ¿Crees que ser soldado es un oficio como los demás?

JUANA. No creo que sea muy difícil si Dios está de nuestra parte y estáis dispuesto a poner vuestra vida en sus manos. Pero muchos soldados son bastante inútiles.

ROBERTO. (*Sombrío.*) ¡Inútiles! ¿Has visto luchar a los soldados ingleses?

JUANA. Solo son hombres. Dios los hizo como a nosotros, pero él les dio su propio país y su propia lengua, y no es su voluntad que vengan a nuestro país e intenten hablar nuestra lengua.

ROBERTO. ¿Quién ha metido semejantes tonterías en tu cabeza? ¿No sabes que los soldados están sometidos a su señor feudal y que no les importa a ellos ni a ti si es el duque de Borgoña o el rey de Inglaterra o el rey de Francia? ¿Qué tiene que ver su lengua con todo eso?

JUANA. No entiendo nada de esto. Pero todos estamos sometidos al Rey de los Cielos y él nos ha dado nuestros países y nuestras lenguas, y quiere que los conservemos. Si no fuera así, matar a un inglés en batalla sería un asesinato, y vos, señor, estaríais en gran peligro de acabar en el fuego del infierno. No debéis pensar en vuestro deber con vuestro señor feudal, sino en vuestro deber con Dios.

POULENGEY. No te esfuerces, Roberto, puede taparte la boca todas las veces que lo intentes.

ROBERTO. ¡De verdad, por san Denis! Ya lo veremos. (*A Juana.*) No estamos hablando de Dios, estamos hablando de cuestiones prácticas. Te lo vuelvo a preguntar, muchacha, ¿alguna vez has visto luchar a un soldado inglés? ¿Los has visto saqueando, quemando y convirtiendo los campos en un desierto? ¿No has oído ninguna historia sobre su Príncipe Negro, que es más negro que el diablo en persona, o sobre el padre del rey inglés?

JUANA. No debes tener miedo, Roberto...

ROBERTO. Maldita seas, no tengo miedo. ¿Y quién te ha dado permiso para llamarme Roberto?

JUANA. Ese es el nombre que te impusieron en la iglesia en nombre de Nuestro Señor. Todos los demás nombres son de tu padre o de tu hermano o de cualquier otro.

ROBERTO. ¡Bah!

JUANA. Escúchame, señor. En Domrémy tuvimos que huir al pueblo vecino para escapar de los soldados ingleses. Tres de ellos quedaron atrás, heridos. Llegué a conocer bastante bien a esos tres pobres condenados. No tenían ni la mitad de mi fuerza.

ROBERTO. ¿Sabes por qué los llaman condenados?

JUANA. No. Todos los llaman condenados.

ROBERTO. Es así porque siempre están pidiendo a su Dios que condene sus almas a la perdición. Eso es lo que condenado significa en su lengua. ¿Qué te parece?

JUANA. Dios será misericordioso con ellos y volverán a actuar como sus buenos hijos cuando regresen al país que él hizo para ellos y al que fueron destinados. He oído historias sobre el Príncipe Negro. En el momento que pisó el suelo de nuestro país, el diablo entró en él y lo convirtió en un enemigo malvado. Pero en su hogar, en el lugar que Dios creó para él, era bueno. Siempre es así. Si yo fuera a Inglaterra contra la voluntad de Dios para conquistar Inglaterra e intentase vivir allí y hablar su lengua, el diablo entraría en mí y al llegar a la vejez temblaría al recordar las maldades que cometí.

ROBERTO. Quizá. Pero cuanto más diabólico seas, mejor lucharás. Por eso los condenados tomarán Orleans. Y no puedes detenerlos, ni diez mil como tú.

JUANA. Mil como yo pueden detenerlos. Diez como yo pueden detenerlos con Dios de nuestra parte. *(Se levanta impetuosa y se acerca a él, incapaz de seguir sentada ni un instante más.)* No lo entiendes, señor. Nuestros soldados siempre acaban vencidos porque luchan para salvar la piel y la manera más efectiva de salvar la piel es salir huyendo. Nuestros caballeros están pensando solo en el dinero que conseguirán con los rescates: con ellos no se trata de matar o morir, sino de pagar o recibir el pago. Pero yo los enseñaré a todos a luchar para que la voluntad de Dios se cumpla en Francia, y entonces arrearán a esos pobres condenados delante de ellos como un rebaño de ovejas. Tú y Polly viviréis para ver el día en el que no quede un solo soldado inglés en la tierra de Francia, y habrá un solo rey. No el rey feudal inglés, sino el rey francés impuesto por Dios.

ROBERTO. *(A Poulengy.)* Es posible que todo esto no sea más que basura, Polly, pero las tropas se lo pueden tragar, teniendo en cuenta que nada de lo que digamos parece que puede infundirles ánimos para luchar. Incluso el delfín se lo puede tragar. Y, si consigue que él luche, podrá conseguirlo de cualquiera.

POULENGEY. No veo nada malo en intentarlo. ¿No te parece? Y hay algo en la muchacha...

ROBERTO. *(Se vuelve a Juana.)* Ahora escúchame bien y *(con desesperación)* no me interrumpas antes de que tenga tiempo para pensármelo.

JUANA. *(Se deja caer de nuevo en el taburete, como una alumna obediente.)* Sí, señor.

ROBERTO. Tus órdenes son ir a Chinon con la escolta de este caballero y tres de sus amigos.

JUANA. *(Radiante, entrecruza las manos.)* ¡Oh, señor! Tu cabeza está rodeada de luz, como un santo.

POULENGEY. ¿Cómo conseguirá llegar ante la presencia real?

ROBERTO. *(Que ha levantado la mirada con aprensión en busca del halo.)* No lo sé, ¿cómo consiguió llegar ante mi presencia? Si el delfín consigue mantenerla alejada, es mejor hombre de lo que yo pensaba. *(Se pone en pie.)* La enviaré a Chinon y podrá decir que la he enviado yo. A partir de ahí, que sea lo que Dios quiera, no puedo hacer nada más.

JUANA. ¿Y la ropa? Podré tener ropa de soldado, ¿verdad, señor?

ROBERTO. Ponte lo que quieras. Yo me lavo las manos.

JUANA. *(Muy excitada por su éxito.)* Vamos, Polly. *(Sale con rapidez.)*

ROBERTO. *(Le da la mano a Poulengy.)* Adiós, viejo amigo, estoy corriendo un gran riesgo. Pocos hombres lo habrían hecho. Pero, como decías, hay algo en ella.

POULENGEY. Sí, hay algo en ella. Adiós. *(Sale.)*

*Roberto, que tiene muchas dudas de que no lo haya engañado una mujer loca y, además, socialmente inferior, se rasca la cabeza y lentamente vuelve desde la puerta.*

*El mayordomo entra corriendo con un cesto.*

MAYORDOMO. Señor, señor...

ROBERTO. ¿Ahora qué?

MAYORDOMO. Las gallinas están poniendo como locas, señor. ¡Cinco docenas de huevos!

ROBERTO. *(Se queda rígido con una convulsión, se santigua y forma con sus labios pálidos las palabras.)* ¡Dios del Cielo! *(En voz alta, pero sin aliento.)* Es una enviada de Dios.

## ESCENA II

*Chinon, en Turena. En un extremo del salón del trono en el castillo, separado con cortinas para formar una antecámara. El arzobispo de Reims, que ronda los cincuenta años, un prelado bien alimentado que no tiene nada de eclesiástico excepto su imponente presencia, y el lord chambelán, señor de la Trémouille, un monstruoso y arrogante pellejo de vino, están esperando al delfín. Hay una puerta en la pared a la derecha de los dos hombres. Es última hora de la tarde del 8 de marzo de 1429. El arzobispo está de pie con toda su dignidad, mientras que el chambelán, a su izquierda, bufa sin poder contener su pésimo humor.*

LA TRÉMOUILLE. ¿Qué demonios pretende el delfín haciéndonos esperar de esta manera?

No sé cómo tenéis la paciencia para estar ahí de pie como un ídolo de piedra.

EL ARZOBISPO. Veréis, soy arzobispo, y un arzobispo es una especie de ídolo. En cualquier caso, debe aprender a quedarse quieto y sufrir con paciencia a los idiotas. Además, mi querido lord chambelán, haceros esperar es el privilegio real del delfín, ¿o no?

LA TRÉMOUILLE. ¡Maldito sea el delfín! Con perdón de su reverencia. ¿Sabéis cuánto dinero me debe?

EL ARZOBISPO. Mucho más de lo que me debe a mí, no tengo la menor duda, porque sois un hombre mucho más rico que yo. Pero asumo que os debe todo lo que os habéis permitido prestarle. Eso es lo que me debe a mí.

LA TRÉMOUILLE. Veintisiete mil: ese fue el último sablazo. ¡La friolera de veintisiete mil!

EL ARZOBISPO. ¿En qué lo gasta? Lleva una ropa que yo no se la daría ni a un cura.

LA TRÉMOUILLE. Come un pollo o un trozo de carne de cordero. Me pide prestado hasta mi último céntimo y no luce por ningún lado. *(Un paje aparece en la puerta.)* ¡Por fin!

EL PAJE. No, mi señor, no se trata de su majestad. El señor de Rais está al llegar.

LA TRÉMOUILLE. ¡El joven Barbazul! ¿Por qué lo anuncias?

EL PAJE. Lo acompaña el capitán La Hire. Creo que ha ocurrido algo.

*Entra Gilles de Rais, un hombre joven de veinticinco años, muy inteligente y dueño de sí mismo, que luce la extravagancia de una barbita rizada teñida de azul en medio de una corte bien afeitada. Está decidido a hacerse agradable, aunque carece de gracia natural y en realidad no es simpático. De hecho, cuando desafíe a la Iglesia unos once años después, será acusado de intentar conseguir placeres de crueldades terribles y será ahorcado. No obstante, por el momento, aún no ha caído sobre él la sombra del cadalso. Se acerca con soltura al arzobispo. El paje se retira.*

BARBAZUL. Vuestro humilde cordero, arzobispo. Buenos días, mi señor. ¿Sabéis lo que le ha ocurrido a La Hire?

LA TRÉMOUILLE. Quizá sus blasfemias le han causado algún problema.

BARBAZUL. No, todo lo contrario. Un soldado le dijo a Frank el Malhablado, el único hombre en Turena que podía ganarlo en blasfemar, que no debía utilizar ese lenguaje cuando estaba a punto de morir.

EL ARZOBISPO. Ni en cualquier otro momento. Pero ¿Frank el Malhablado estaba a punto de morir?

BARBAZUL. Sí, se acaba de caer a un pozo y se ha ahogado. La Hire está aterrorizado.

*Entra el capitán La Hire: un perro de la guerra sin modales cortesanos, sino cuartelarios, y bastante pronunciados.*

BARBAZUL. Se lo acabo de explicar al chambelán y al arzobispo. Y el arzobispo dice que eres un hombre perdido.

LA HIRE. *(Pasa de largo de Barbazul a grandes zancadas y se planta entre el arzobispo y La Trémouille.)* No es ninguna broma. Es mucho peor de lo que pensábamos. No fue un soldado, sino un ángel vestido de soldado.

EL ARZOBISPO. EL CHAMBELÁN. BARBAZUL. *(Exclaman a la vez.)* ¡Un ángel!

LA HIRE. Sí, un ángel. Ella ha conseguido llegar desde Champaña con media docena de hombres atravesado todos los obstáculos: borgoñones, condenados, desertores, ladrones y Dios sabe qué más, y no se han encontrado con nadie excepto campesinos. Conozco a uno de ellos: de Poulengey. Dice que ella es un ángel. ¡Si vuelvo a pronunciar una blasfemia, que mi alma se condene a la perdición eterna!

EL ARZOBISPO. Un principio muy piadoso, capitán.

*Barbazul y La Trémouille se ríen de él. Regresa el paje.*

EL PAJE. Su majestad.

*De manera mecánica se ponen firmes. El delfín, de veintiséis años, en realidad, el rey Carlos VII desde la muerte de su padre, pero aún sin coronar, entra a través de las cortinas con un papel en las manos. Físicamente es una pobre criatura y la moda del momento de ir perfectamente afeitado y de ocultar cualquier mechón de cabello bajo un sombrero o un tocado, tanto para hombres como para mujeres, empeora aún más su aspecto. Tiene unos ojos pequeños y estrechos, casi juntos, una nariz larga y colgante que cae sobre su labio superior grueso y corto, y la expresión de un perro joven acostumbrado a que lo pateen, pero incorregible e incontrolable. Pero no es vulgar ni estúpido y despliega un humor descarado que le permite desenvolverse bien en una conversación. Ahora mismo está ilusionado como un niño con un juguete nuevo. Se acerca a la izquierda del arzobispo. Barbazul y La Hire se retiran hacia las cortinas.*

CARLOS. Oh, arzobispo, ¿sabéis lo que Roberto de Baudricourt me está mandando desde Vaucouleurs?

EL ARZOBISPO. *(Con desdén.)* No estoy interesado en los últimos juguetes.

CARLOS. *(Indignado.)* No es un juguete. *(De mal humor.)* Aunque puedo pasar muy bien sin vuestro interés.

EL ARZOBISPO. Su alteza se ofende de manera totalmente innecesaria.

CARLOS. Muchas gracias. Siempre estáis dispuesto a echar un sermón.

LA TRÉMOUILLE. *(Con dureza.)* Basta de refunfuñar. ¿Qué tenéis ahí?

CARLOS. ¿Qué os importa?

LA TRÉMOUILLE. Es responsabilidad mía saber lo que pasa entre vos y la guarnición de Vaucouleurs. *(Le arrebató el papel de las manos del delfín y empieza a leer con ciertas dificultades, siguiendo las palabras con el dedo y deletreándolas sílaba a sílaba.)*

CARLOS. *(Mortificado.)* Todos creéis que podéis tratarme como queráis porque os debo dinero y porque no soy bueno luchando. Pero me corre sangre real por las venas.

EL ARZOBISPO. Incluso eso se ha puesto en cuestión, su alteza. Casi no se puede reconocer en vos al nieto de Carlos el Sabio.

CARLOS. No quiero volver a oír nada más de mi abuelo. Era tan sabio que agotó toda la reserva de sabiduría de la familia para cinco generaciones y me convirtió en el pobre tonto que soy, maltratado e insultado por todos vosotros.

EL ARZOBISPO. Controlaos, señor. Esos arranques de petulancia no son adecuados.

CARLOS. ¡Otro sermón! Muchas gracias. ¡Qué pena que, a pesar de ser arzobispo, los santos y los ángeles no vengan a veros!

EL ARZOBISPO. ¿Qué queréis decir?

CARLOS. ¡Ajá! Preguntad a ese matón. (*Señala a La Trémouille.*)

LA TRÉMOUILLE. (*Furioso.*) Contened la lengua. ¿Me habéis oído?

CARLOS. Oh, os he oído. No es necesario gritar. Todo el castillo puede oíros. ¿Por qué no vais y les gritáis a los ingleses y los derrotáis por mí?

LA TRÉMOUILLE. (*Levanta el puño.*) Jovenzuelo...

CARLOS. (*Corre a esconderse detrás del arzobispo.*) No levantéis vuestra mano contra mí. Es alta traición.

LA HIRE. ¡Calma, duque! ¡Calma!

EL ARZOBISPO. (*Con decisión.*) ¡Vamos, vamos! Así no vamos bien. Mi señor chambelán, ¡por favor! ¡Por favor! Debemos mantener algún tipo de orden. (*Al delfín.*) Y vos, señor, si no podéis gobernar vuestro reino, al menos intentad gobernaros a vos mismo.

CARLOS. ¡Otro sermón! Muchas gracias.

LA TRÉMOUILLE. (*Le entrega el papel al arzobispo.*) Tomad, leedme este maldito papel. Me ha hecho hervir la sangre en la cabeza y no consigo distinguir las letras.

CARLOS. (*Se coloca detrás de La Trémouille y mira por encima de su hombro izquierdo.*) Lo leeré por vos, si queréis. Sabéis, sé leer.

LA TRÉMOUILLE. (*Con un gran desdén, sin sentirse aludido por la pulla.*) Sí, leer es casi lo único que sabéis hacer. ¿Podéis descifrarlo, arzobispo?

EL ARZOBISPO. Habría esperado más sentido común por parte de De Baudricourt. Ha enviado a una campesina medio loca...

CARLOS. (*Interrumpiendo.*) No, nos ha enviado a una santa, a un ángel. Y ella ha venido a mí, a mí, al rey y no a vos, arzobispo, por muy santo que seáis. Ella reconoce la sangre real aunque vos no lo hagáis. (*Se pavonea hacia las cortinas entre Barbazul y La Hire.*)

EL ARZOBISPO. No se os puede permitir que recibáis a esa campesina chiflada.

CARLOS. (*Se da la vuelta.*) Pero soy el rey y quiero.

LA TRÉMOUILLE. (*Brutalmente.*) Entonces no se le puede permitir a ella que os vea.  
¡Ahora!

CARLOS. Os digo que quiero verla. No daré mi brazo a torcer...

BARBAZUL. (*Riéndose de él.*) ¡Malo! ¿Qué diría vuestro sabio abuelo?

CARLOS. Eso solo demuestra vuestra ignorancia, Barbazul. Mi abuelo tenía una santa que solía flotar en el aire cuando rezaba y le decía todo lo que quería saber. Mi pobre padre tenía dos santas, María de Maille y la Gascona de Aviñón.<sup>27</sup> Es una cuestión de familia y no me importa lo que digáis: yo también tendré a mi santa.

EL ARZOBISPO. Esa criatura no es una santa. Ni siquiera es una mujer respetable. No viste ropa de mujer. Va vestida como un soldado y recorre el país con soldados. ¿Suponéis que puede admitirse a una persona así en la corte de su alteza?

LA HIRE. Alto. (*Se acerca al arzobispo.*) ¿Habéis dicho una muchacha con armadura, como un soldado?

ARZOBISPO. Así la describe De Baudricourt.

LA HIRE. Por todos los diablos del infierno... Oh, que Dios me perdone, ¿qué estoy diciendo? Por Nuestra Señora y todos los santos, ese debe ser el ángel que mató a Frank el Malhablado por blasfemar.

CARLOS. (*Triunfal.*) ¡Lo veis! ¡Un milagro!

LA HIRE. Puede matar a muchos de nosotros si nos cruzamos con ella. Por el amor de Dios, arzobispo, tened cuidado con lo que hacéis.

EL ARZOBISPO. (*Severo.*) ¡Tonterías! Nadie ha caído muerto. Un canalla borracho que había sido amonestado cientos de veces por blasfemar se ha caído en un pozo y se ha ahogado. Una simple coincidencia.

LA HIRE. No sé si es una coincidencia. Sé que el hombre está muerto y que ella le dijo que iba a morir.

EL ARZOBISPO. Todos vamos a morir, capitán.

LA HIRE. (*Se santigua.*) Espero que no. (*Se retira de la conversación.*)

BARBAZUL. Podemos descubrir fácilmente si es un ángel o no. Cuando llegue podemos fingir que yo soy el delfín y veremos si lo descubre o no.

CARLOS. Sí, estoy de acuerdo. Si no es capaz de descubrir la sangre real, no quiero tener ningún contacto con ella.

EL ARZOBISPO. Es función de la Iglesia canonizar a los santos. Que De Baudricourt se ocupe de sus propios asuntos y no se atreva a usurpar las funciones de un sacerdote.

Yo digo que no se admita a la muchacha.

BARBAZUL. Pero, arzobispo...

EL ARZOBISPO. (*Firme.*) Yo hablo en nombre de la Iglesia. (*Al delfín.*) ¿Os atreveréis a insistir?

CARLOS. (*Intimidado, pero malhumorado.*) Oh, si lo convertís en una cuestión de excomunión, no tengo nada más que decir, por supuesto. Pero no habéis leído el final de la carta. De Baudricourt dice que ella levantará el asedio de Orleans y vencerá a los ingleses por nosotros.

LA TRÉMOUILLE. ¡Basura!

CARLOS. Bueno, ¿vais a salvar a Orleans para nosotros con toda vuestras fanfarronerías?

LA TRÉMOUILLE. (*Con agresividad.*) No volváis a echármelo en cara, ¿me oís? Yo he luchado más de lo que habéis hecho o haréis vos nunca. Pero no puedo estar en todas partes.

EL DELFÍN. Bueno, eso es algo.

BARBAZUL. (*Se sitúa entre el arzobispo y Carlos.*) Tenéis a Jack Dunois al frente de vuestras tropas en Orleans. El valiente Dunois, el guapo Dunois, el maravillosamente invencible Dunois, el preferido de las damas, el hermoso bastardo. ¿Hay alguna posibilidad de que la chica del campo pueda conseguir lo que él no ha logrado?

CARLOS. Entonces, ¿por qué no levanta el asedio?

LA HIRE. Tiene el viento en contra.

BARBAZUL. ¿Cómo le puede hacer daño el viento en Orleans? No se encuentra en el Canal.

LA HIRE. Se encuentra a orillas del Loira y los ingleses controlan la cabeza de puente. Debe embarcar a sus hombres hacia el otro lado del río aguas arriba si quiere atacarlos por la espalda. Bueno, no puede, porque hay un viento endiablado que sopla en dirección contraria. Está cansado de pagar a los sacerdotes para que recen por un viento del oeste. Lo que necesita es un milagro. Me decís que lo que la muchacha le hizo a Frank el Malhablado no fue un milagro. No importa: acabó con Frank. Si cambia el viento para Dunois, es posible que tampoco sea un milagro, pero puede acabar con los ingleses. ¿Qué daño hay en intentarlo?

EL ARZOBISPO. (*Que ha leído el final de la carta y está más pensativo.*) Es cierto que De Baudricourt parece extraordinariamente impresionado.

LA HIRE. De Baudricourt es un asno descomunal, pero es un soldado, y, si cree que ella puede derrotar a los ingleses, el resto del ejército también lo creará.

LA TRÉMOUILLE. *(Al arzobispo, que está dudando.)* Oh, dejad que se salga con la suya. Los hombres de Dunois entregarán la ciudad a pesar de él si alguien no consigue infundirles nuevos ánimos.

EL ARZOBISPO. La Iglesia debe examinar a la muchacha antes de que se tome ninguna decisión sobre ella. No obstante, como su alteza lo desea, dejemos que sea recibida en la corte.

LA HIRE. La iré a buscar y se lo diré. *(Sale.)*

CARLOS. Ven conmigo, Barbazul. Vamos a hacer los arreglos para que ella no sepa quién soy. Fingirás que eres yo. *(Sale atravesando las cortinas.)*

BARBAZUL. ¡Fingir ser esa cosa! ¡San Miguel! *(Sigue al delfín.)*

LA TRÉMOUILLE. Me pregunto si lo descubrirá.

EL ARZOBISPO. Por supuesto que lo hará.

LA TRÉMOUILLE. ¿Por qué? ¿Cómo va a saberlo?

EL ARZOBISPO. Sabrá lo que sabe todo el mundo en Chinon, que el delfín es la figura menos impresionante y peor vestida en la Corte y que el hombre con la barba azul es Gilles de Rais.

LA TRÉMOUILLE. No había pensado en eso.

EL ARZOBISPO. Vos no estáis tan acostumbrado a los milagros como yo. Forma parte de mi profesión.

LA TRÉMOUILLE. *(Acalorado y un poco escandalizado.)* Pero no será ningún milagro.

EL ARZOBISPO. *(Con tranquilidad.)* ¿Por qué no?

LA TRÉMOUILLE. ¡Venga, vamos! ¿Qué es un milagro?

EL ARZOBISPO. Un milagro, amigo mío, es un acto que hace aumentar la fe. Ese es el propósito y la naturaleza de los milagros. Pueden parecer muy maravillosos para las personas que los presencian y ser muy sencillos para las personas que los realizan. Eso no importa: si confirman o crean la fe, son verdaderos milagros.

LA TRÉMOUILLE. ¿Queréis decir aunque sean fraudes?

EL ARZOBISPO. Los fraudes engañan. Un acto que activa la fe no engaña, por eso no es un fraude, sino un milagro.

LA TRÉMOUILLE. *(Se rasca la nuca, perplejo.)* Bueno, supongo que, como sois arzobispo, debéis tener razón. A mí me parece un poco rebuscado. Pero no soy clérigo y no

entiendo de esas cuestiones.

EL ARZOBISPO. No sois clérigo, pero sois diplomático y soldado. ¿Podrías conseguir que nuestros ciudadanos pagasen impuestos de guerra o que nuestros soldados sacrificasen sus vidas si supiesen lo que está ocurriendo realmente en lugar de lo que les parece que está pasando?

LA TRÉMOUILLE. No, por san Denis, estallaría una revuelta antes de ponerse el sol.

EL ARZOBISPO. ¿No sería más fácil explicarles la verdad?

LA TRÉMOUILLE. Hombre, no la creerían.

EL ARZOBISPO. Precisamente. Bueno, la Iglesia debe gobernar a los hombres por el bien de su alma del mismo modo que vos debéis gobernarlos por el bien de su cuerpo. Para eso, la Iglesia debe hacer lo mismo que vos: alimentar su fe con poesía.

LA TRÉMOUILLE. ¡Poesía! Yo lo llamaría patraña.

EL ARZOBISPO. Estarías equivocado, amigo mío. Las parábolas no son mentiras porque describan acontecimientos que no han ocurrido nunca. Los milagros no son fraudes porque con frecuencia —por no decir siempre— son contravenciones muy simples e inocentes con las que el sacerdote fortalece la fe de su rebaño. Cuando esa muchacha descubra al delfín entre los cortesanos, para mí no será un milagro, porque sé cómo se ha hecho y mi fe no se verá aumentada. Pero para los demás, si sienten el estremecimiento de lo sobrenatural y olvidan su barro pecaminoso al percibir de repente la gloria de Dios, será un milagro y estará bendecido. Y descubriréis que la muchacha estará mucho más afectada que todos los demás. Olvidará cómo lo descubrió realmente. De la misma manera que, quizá, lo haréis vos.

LA TRÉMOUILLE. Bueno, me gustaría ser lo suficientemente listo para saber cuánto hay en vos de un arzobispo de Dios y cuánto del zorro más astuto en Turena. Vamos, o llegaremos tarde al espectáculo, y quiero verlo, sea o no un milagro.

EL ARZOBISPO. (*Lo retiene un momento*) No creáis que soy amante de los caminos tortuosos. En los hombres está surgiendo un espíritu nuevo, nos encontramos en los albores de una época más amplia. Si fuera un sencillo monje y no tuviera que gobernar a los hombres, buscaría la paz de mi espíritu con Aristóteles y Pitágoras en lugar de con los santos y los milagros.

LA TRÉMOUILLE. ¿Y quién demonios fue Pitágoras?

EL ARZOBISPO. Un sabio que sostuvo que la Tierra era redonda y que se movía alrededor del Sol.

LA TRÉMOUILLE. ¡Menudo idiota redomado! ¿No sabía usar los ojos?

*Salen juntos a través de las cortinas, que en ese momento están corridas y revelan toda la profundidad del salón del trono con la corte reunida. A la derecha se encuentran dos tronos sobre un estrado. Barbazul está teatralmente de pie sobre el estrado, interpretando al rey, y, como los cortesanos, disfrutando obviamente de la broma. Detrás del estrado hay un arco cubierto por una cortina, pero la puerta principal, guardada por hombres armados, se encuentra al otro lado de la sala, y para atravesarla queda un pasillo libre flanqueado por los cortesanos. Carlos se encuentra en este pasillo hacia la mitad del salón. La Hire está a su derecha. El arzobispo, a su izquierda, ha ocupado su puesto en el estrado y La Trémouille está al otro lado de él. La duquesa de la Trémouille, que finge ser la reina, está sentada en el trono de la consorte con un grupo de damas de compañía rodeándola, detrás del arzobispo.*

*La conversación de los cortesanos provoca tanto ruido que nadie se da cuenta de la aparición del paje en la puerta.*

EL PAJE. El duque de... *(Nadie escucha.)* El duque de... *(Siguen las conversaciones. Indignado por su incapacidad para hacerse oír, le arrebató la alabarda al guardia más cercano y golpea con ella el suelo. El ruido cesa y todo el mundo lo mira en silencio.)* ¡Atención! *(Devuelve la alabarda al guardia.)* El duque de Vendôme presenta a Juana la Doncella a su majestad.

CARLOS. *(Pone el dedo sobre los labios.)* ¡Sssh! *(Se esconde detrás del cortesano más cercano y se asoma para ver lo que pasa.)*

BARBAZUL. *(Majestuoso.)* Dejad que se acerque al trono.

*Juana, vestida como un soldado, con el cabello corto que le cae tupido alrededor del rostro, es introducida por un noble tímido y silencioso, del que ella se separa para detenerse y buscar ansiosamente a su alrededor al delfín.*

LA DUQUESA. *(A la dama de compañía más cercana.)* ¡Dios mío! ¡Su cabello!

*Todas las damas estallan en una carcajada incontrolable.*

BARBAZUL. *(Intenta no reír y mueve la mano en señal de desaprobación por la carcajada.)* ¡Sssh, sssh! ¡Señoras! ¡Señoras!

JUANA. *(Sin sentirse afectada.)* Lo llevo así porque soy un soldado. ¿Dónde está el delfín?

*Un escalofrío recorre la corte mientras se acerca al estrado.*

BARBAZUL. *(Condescendiente.)* Estás en presencia del delfín.

*Juana lo mira con escepticismo durante un momento y lo explora fijamente de arriba abajo para asegurarse. Silencio total, todos la miran. La cara de Juana empieza a mostrar alegría.*

JUANA. ¡Vamos, Barbazul! No puedes engañarme. ¿Dónde está el delfín?

*Estallan las carcajadas mientras Gilles, con un gesto de derrota, se une a las risas y baja de un salto del estrado para colocarse al lado de La Trémouille. Juana, también con una amplia sonrisa, se da la vuelta y busca a lo largo de las filas de cortesanos y finalmente se mete entre ellos y toma a Carlos por el brazo.*

JUANA. *(Lo suelta y hace una pequeña reverencia.)* Gentil delfín, he sido enviada a vos para expulsar a los ingleses de Orleans y de Francia, y para coronaros rey en la catedral de Reims, donde se corona a todos los reyes legítimos de Francia.

CARLOS. *(Triunfante, a la corte.)* Lo veis, lo veis todos. Ha reconocido la sangre real. ¿Quién se atreve ahora a decir que no soy hijo de mi padre? *(A Juana.)* Pero, si quieres que sea coronado en Reims, no debes hablar conmigo, sino con el arzobispo. ¡Ahí está! *(Está de pie detrás de ella.)*

JUANA. *(Se da rápidamente la vuelta, sobrecogida por la emoción.)* ¡Oh, mi señor! *(Cae de rodillas ante él, con la cabeza inclinada, sin atreverse a levantar la vista para mirarlo.)* Mi señor, solo soy una pobre campesina y vos estáis lleno de las bendiciones y la gloria del mismo Dios, pero ¿me tocaréis con vuestras manos y me daréis vuestra bendición?

BARBAZUL. *(Le susurra a La Trémouille.)* El viejo zorro se ruboriza.

LA TRÉMOUILLE. ¡Otro milagro!

EL ARZOBISPO. *(Conmovido, pone las manos sobre la cabeza de Juana.)* Hija, estás enamorada de la religión.

JUANA. (*Sorprendida, lo mira.*) ¿De verdad? Nunca lo había pensado. ¿Hay algo malo en ello?

EL ARZOBISPO. No hay ningún daño en ello, hija mía. Pero existe un peligro.

JUANA. (*Se pone en pie con un rostro que irradia un resplandor de alegría imprudente.*) Siempre hay algún peligro, excepto en el cielo. Oh, mi señor, me habéis dado tanta fuerza, tanto valor... Debe ser maravilloso ser arzobispo.

*La corte sonríe de manera generalizada, incluso con sonrisitas sofocadas.*

EL ARZOBISPO. (*Se incorpora, sensible.*) Caballeros, la fe de esta doncella censura vuestra frivolidad. Yo, Dios me ayude, no soy digno, pero vuestro regocijo es un pecado mortal.

*Sus rostros se ensombrecen. Silencio sepulcral.*

BARBAZUL. Mi señor, nos re amos de ella, no de vos.

EL ARZOBISPO. ¿Qué? ¡No de mi indignidad, sino de su fe! Gilles de Rais, esta doncella profetizó que el blasfemo se deb  ahogar en su pecado...

JUANA. (*Consternada.*) ¡No!

EL ARZOBISPO. (*La silencia con un gesto.*) Ahora profetizo que vos colgar is de los vuestros si no aprend is cuándo hay que reír y cuándo hay que rezar.

BARBAZUL. Mi señor, acepto el reproche. Lo siento, no puedo decir nada más. Pero, si profetiz is que será ahorcado, nunca podr  resistirme a la tentación, porque siempre me dir  que me colgarán tanto si hago como si no hago.

*Los cortesanos se animan un poco con el comentario. Hay más risitas sofocadas.*

JUANA. (*Escandalizada.*) Eres un frívolo, Barbazul, y un desvergonzado por contestar al arzobispo.

LA HIRE. (*Con una gran risotada.*) ¡Bien dicho, chica! ¡Bien dicho!

JUANA. (*Con impaciencia, al arzobispo.*) Oh, mi señor, ¿pod is despedir a todos estos idiotas para que pueda hablar a solas con el delfín?

LA HIRE. (*De buen humor.*) Capto las indirectas. (*Saluda, gira sobre sus talones y sale.*)

EL ARZOBISPO. Vamos, caballeros. La Doncella llega con la bendición de Dios y debe ser obedecida.

*Los cortesanos se retiran, algunos a través del arco, otros por el lado opuesto. El arzobispo atraviesa la puerta seguido por la duquesa y La Trémouille. Cuando el arzobispo pasa al lado de Juana, ella cae de rodillas y besa con fervor el dobladillo de su sotana. Él mueve la cabeza instintivamente en señal de protesta, le retira la tela y sale. Juana se queda arrodillada en medio del camino de la duquesa.*

LA DUQUESA. *(Con frialdad.)* ¿Me dejas pasar, por favor?

JUANA. *(Se levanta con rapidez y se aparta.)* Le ruego me perdone, señora, por supuesto.

*La duquesa pasa a su lado. Juana se la queda mirando y le susurra al delfín.*

JUANA. ¿Es la reina?

CARLOS. No, pero ella cree que sí.

JUANA. *(Mira de nuevo a la duquesa.)* ¡Ooooh! *(Su admiración por la figura magníficamente vestida de la dama no es del todo un cumplido.)*

LA TRÉMOUILLE. *(De muy mal humor.)* Le ruego a vuestra alteza que no se burle de mi esposa. *(Sale. Los otros ya se han ido.)*

JUANA. *(Al delfín.)* ¿Quién es el viejo gruñón?

CARLOS. Es el duque de la Trémouille.

JUANA. ¿Qué cargo tiene?

CARLOS. Se supone que dirige el ejército. Y siempre que encuentro a un amigo de verdad, lo mata.

JUANA. ¿Por qué se lo permitís?

CARLOS. *(Con petulancia, se mueve hacia el lado del trono del salón para escapar de su campo magnético.)* ¿Cómo puedo evitarlo? Me atemoriza. Todos me atemorizan.

JUANA. ¿Tenéis miedo?

CARLOS. Sí, tengo miedo. No sirve de nada sermonearme sobre eso. Todo eso está muy bien para esos hombres grandes con sus armaduras que son demasiado pesadas para mí y con sus espadas que casi no puedo levantar, y sus músculos y sus gritos y su malhumor. Les gusta luchar. La mayoría de ellos hacen el idiota todo el tiempo que no están luchando, pero yo soy callado y sensible, y no me gusta matar personas. Solo quiero que me dejen solo para disfrutar de mis cosas a mi manera. Nunca pedí ser rey, me obligaron a serlo. Así que si vas a decir: «Hijo de san Luis, empuña la espada de

tus antepasados y condúcenos a la victoria», puedes ahorrarte el aliento para enfriar las gachas, porque no puedo hacerlo. No estoy hecho para eso y no se hable más.

JUANA. (*Mordaz y autoritaria.*) ¡Tonterías! Todos somos iguales al principio. Yo os infundiré coraje.

CARLOS. Pero yo no quiero que me infundan coraje. Quiero dormir en una cama cómoda y no vivir con el terror continuo de que me maten o me hieran. Infunde coraje a los demás y déjalos que tengan todas las luchas que quieran, pero déjame en paz.

JUANA. No sirve de nada, Carlitos, debes aceptar lo que Dios te ha encomendado. Si no consigues ser rey, serás un mendigo, porque ¿para qué más sirves? Vamos. Déjame que te vea sentado en el trono. Ansío verlo.

CARLOS. ¿De qué sirve sentarse en el trono si es otro el que da las órdenes? ¡Da igual! (*Se sienta en el trono, una figura lamentable.*) ¡Aquí está el rey para ti! Llénate la mirada con este pobre diablo.

JUANA. Aún no eres rey, muchacho, solo eres el delfín. No te dejes manipular por los que te rodean. El hábito no hace al monje. Conozco al pueblo, al pueblo real que hace el pan para ti, y te digo que no consideran a ningún hombre rey de Francia hasta que los santos óleos se han derramado sobre su cabello y ha sido consagrado y coronado en la catedral de Reims. Y necesitas ropa nueva, Carlitos. ¿Por qué la reina no te cuida adecuadamente?

CARLOS. Somos demasiado pobres. Se queda todo el dinero que puede ahorrar para ponérselo encima. Además, me gusta verla hermosamente vestida y no me preocupa lo que visto, porque de todas formas voy a parecer feo.

JUANA. Hay bondad en ti, Carlitos, pero aún no es la bondad de un rey.

CARLOS. Veremos. No soy tan tonto como parezco. Tengo los ojos abiertos y te digo que un buen tratado vale lo mismo que diez buenas batallas. Estos guerreros pierden en los tratados todo lo que ganan en los combates. Si pudiéramos conseguir un tratado, estoy seguro de que los ingleses se llevarían la peor parte, porque son mejores luchando que pensando.

JUANA. Si los ingleses ganan, serán ellos los que fijen el tratado, y entonces ¡que Dios ayude a la pobre Francia! Debes luchar, Carlitos, quieras o no. Yo iré delante para animarte. Debemos armarnos de valor con ambas manos y, ay, también rezar por él con ambas manos.

CARLOS. (*Desciende del trono y cruza de nuevo la sala para escapar de su gran insistencia.*) Oh, deja de hablar de Dios y de rezar. No soporto a la gente que está siempre rezando. ¿No es lo suficientemente malo verse obligado a hacerlo en los momentos adecuados?

JUANA. (*Se compadece de él.*) Pobre niño, no has rezado en tu vida. Tengo que enseñarte desde el principio.

CARLOS. No soy un niño, soy un hombre adulto y padre, y no quiero que me sigan aleccionando.

JUANA. Sí, tienes un hijo pequeño. Se convertirá en Luis XI cuando mueras. ¿No lucharás por él?

CARLOS. No, es un niño horrible. Me odia. Odia a todo el mundo, ¡pequeña bestia egoísta! No quiero ni oír hablar de niños. No quiero ser padre y no quiero ser hijo, en especial un hijo de san Luis. No quiero ser ninguna de esas cosas tan espléndidas de las que tenéis llena la cabeza: solo quiero ser lo que soy. ¿Por qué no puedes ocuparte de tus propios asuntos y dejar que yo me ocupe de los míos?

JUANA. (*De nuevo desdeñosa.*) Ocuparte de tus asuntos es como ocuparte de tu cuerpo: es la manera más rápida de enfermar. ¿Cuáles son mis asuntos? Ayudar a mi madre en casa. ¿Cuáles son los tuyos? Criar perros falderos y chupar barritas de azúcar. A eso lo llamo basura. Te digo que estamos aquí para ocuparnos de los asuntos de Dios, no de los nuestros. Tengo un mensaje para ti de parte de Dios y tienes que escucharlo, aunque se te rompa el corazón por el miedo que te infunda.

CARLOS. No quiero ningún mensaje, pero ¿puedes explicarme algún secreto? ¿Puedes curar? ¿Puedes convertir el plomo en oro o algo por el estilo?

JUANA. Puedo convertirte en rey, en la catedral de Reims, y parece que ese es un milagro que va a costar algún trabajo.

CARLOS. Si vamos a Reims y celebramos una coronación, Ana querrá un vestido nuevo. No nos lo podemos permitir. Estoy bien como estoy.

JUANA. ¡Cómo estás! ¿Y cómo estás? Peor que el pastor más pobre de mi padre. No serás el propietario legítimo de tu propia tierra de Francia hasta que seas consagrado.

CARLOS. En cualquier caso, no voy a ser el propietario legítimo de mi propia tierra. ¿La consagración va a pagar mis hipotecas? He entregado mi último acre al arzobispo y a ese matón gordo. Incluso le debo dinero a Barbazul.

JUANA. (*Seria.*) Carlitos, yo vengo del campo y he conseguido mi fuerza trabajando en el campo, y te digo que la tierra es tuya para que la gobiernes con justicia y mantengas la paz de Dios, y no para empeñarla en el prestamista como una mujer borracha empeña la ropa de sus hijos. Me ha enviado Dios para decirte que te arrodilles en la catedral y que solemnemente le entregues tu reino para siempre, y te conviertas en el rey más grande del mundo como su mayordomo y su representante, su soldado y su sirviente. La misma tierra de Francia será sagrada, sus soldados serán los soldados de Dios, los duques rebeldes se habrán rebelado contra Dios, los ingleses caerán de rodillas y te suplicarán que los dejes regresar en paz a sus hogares legítimos. ¿Serás un pequeño y pobre Judas y me traicionarás a mí y al que me ha enviado?

CARLOS. (*Cae finalmente en la tentación.*) ¡Oh, si me atreviera!

JUANA. ¡Yo me atreveré una y otra vez en el nombre de Dios! ¿Estás conmigo o contra mí?

CARLOS. (*Excitado.*) Me arriesgaré, te advierto que no seré capaz de resistir, pero me arriesgaré. Ya lo verás. (*Corre hacia la puerta principal y grita.*) ¡Hola! Que vuelva todo el mundo. (*A Juana, mientras corre hacia el arco del otro lado.*) Quédate conmigo y no dejes que me intimiden. (*A través del arco.*) Venid, que venga toda la Corte. (*Se sienta en el trono mientras todos vuelven a ocupar sus lugares anteriores, charlando y extrañados.*) Se va a armar, pero no importa, ¡vamos allá! (*Al paje.*) Pide silencio, pequeña bestia.

EL PAJE. (*Agarra una alabarda como antes y golpea con ella repetidas veces.*) Silencio para su majestad el rey. El rey habla. (*Tajante.*) ¿Se van a callar? (*Silencio.*)

CARLOS. (*Se levanta.*) Entrego el mando del ejército a la Doncella. La Doncella puede hacer con él lo que quiera. (*Baja del estrado.*)

*Sorpresa general. La Hire, encantado, se golpea la muslera de acero con el guantelete.*

LA TRÉMOUILLE. (*Se gira amenazador hacia Carlos.*) ¿Qué es esto? Yo mando el ejército.

*Juana coloca rápidamente la mano sobre el hombro de Carlos cuando retrocede instintivamente. Carlos, con un esfuerzo grotesco que culmina en un gesto extravagante, chasquea los dedos ante la cara del chambelán.*

JUANA. Ahí tienes la respuesta, viejo gruñón. (*De repente empuña la espada porque se da cuenta de que ha llegado su momento.*) ¿Quién está con Dios y su Doncella? ¿Quién viene conmigo a Orleans?

LA HIRE. (*Exaltado, también empuña la espada.*) ¡Por Dios y su Doncella! ¡A Orleans!

TODOS LOS CABALLEROS. (*Siguen su ejemplo con entusiasmo.*) ¡A Orleans!

*Juana, radiante, cae de rodillas y da gracias a Dios. Todos se arrodillan, excepto el arzobispo, que imparte su bendición con un suspiro, y La Trémouille, que se desploma, maldiciendo.*

### ESCENA III

*Orleans, 29 de abril de 1429. Dunois, de veintiséis años, recorre de un lado a otro un tramo de terreno en la orilla meridional del plateado Loira, que le ofrece una visión muy amplia del río en ambas direcciones. Ha clavado en el suelo la lanza que luce un pendón que ondea con el fuerte viento del este. A su lado ha dejado el escudo con la banda que indica su bastardía. En la mano aferra el bastón de mando. Es de constitución recia y lleva la armadura con facilidad. La frente amplia y la barbilla afilada le otorgan un rostro en forma de triángulo equilátero que ya está marcado por el servicio activo y la responsabilidad, con la expresión de un hombre de buen talante y capaz, sin presunciones ni vanas ilusiones. Su paje está sentado en el suelo, con los codos en las rodillas y las mejillas en los puños, y contempla ociosamente el agua. Es última hora de la tarde y tanto el hombre como el muchacho están impresionados por el encanto del Loira.*

DUNOIS. *(Se detiene durante un momento, mira el pendón al viento y mueve con cansancio la cabeza antes de seguir su paseo.)* Viento del oeste, viento del oeste, viento del oeste. Ramera: firme cuando te quiero juguétón, juguétón cuando deberías ser firme. Viento del oeste sobre el plateado Loira. ¿Qué rima con Loira? *(Vuelve a mirar el pendón y lo amenaza con el puño.)* Cambia, maldito seas, cambia. Pedazo de puta inglesa, cambia. Te digo que oeste, oeste. *(Con un gruñido reemprende su marcha en silencio, pero muy pronto vuelve a empezar.)* Viento del oeste, viento juguétón, viento fuerte, viento afeminado, viento falso sobre el agua, ¿no volverás a soplar?

EL PAJE. *(Se pone de pie de un salto.)* ¡Mirad! ¡Allí! ¡Allí va!

DUNOIS. *(Sobresaltado en sus fantasías, ansioso.)* ¿Dónde? ¿Quién? ¿La Doncella?

EL PAJE. No, el martín pescador. Como un relámpago azul. Se ha metido entre los matorrales.

DUNOIS. *(Furiosamente decepcionado.)* ¿Eso es todo? Jovencito idiota del demonio, me estoy pensando si te tiro al río.

EL PAJE. *(Sin miedo, porque conoce al hombre.)* Ese rayo azul parecía terriblemente alegre. ¡Mirad! ¡Ahí va el otro!

DUNOIS. *(Corre ansioso hacia la orilla del río.)* ¿Dónde? ¿Dónde?

EL PAJE. *(Señala.)* Pasando los juncos.

DUNOIS. *(Encantado.)* Lo veo.

*Siguen el vuelo hasta que el pájaro se esconde.*

EL PAJE. Ayer me reñisteis porque no estuvisteis a tiempo de verlos.

DUNOIS. Sabías que estaba esperando a la Doncella cuando empezaste a chillar. La próxima vez te daré una razón para chillar.

EL PAJE. ¿No son encantadores? Me gustaría atraparlos.

DUNOIS. Deja que te pille intentando atraparlos y te meteré en la jaula de hierro durante un mes para enseñarte cómo se siente uno en una jaula. Eres un chico abominable.

*El paje se ríe y se vuelve a sentar como antes.*

DUNOIS. *(Pasea.)* Pajarito azul, pajarito azul, como soy tu amigo, cambia el viento por mí. No, no rima. Que ha pecado por ti, eso está mejor, aunque no tiene sentido. *(Se da cuenta de que está cerca del paje.)* ¡Chico abominable! *(Se aleja de él.)* María la del manto azul, como el martín pescador, ¿me concederás un viento del oeste?

LA VOZ DE UN CENTINELA HACIA EL OESTE. ¡Alto! ¿Quién va?

LA VOZ DE JUANA. La Doncella.

DUNOIS. Déjala pasar. ¡Aquí, Doncella! ¡A mí!

*Juana, con una armadura espléndida, entra precipitadamente en medio de un estallido de entusiasmo. El viento amaina y el pendón cae flácido a lo largo de la lanza. Pero Dunois está demasiado ocupado con Juana para darse cuenta.*

JUANA. *(Directa.)* ¿Sois el Bastardo de Orleans?

DUNOIS. *(Frío y serio, señala su escudo.)* ¿No veis la banda hacia la izquierda? ¿Sois Juana la Doncella?

JUANA. Desde luego.

DUNOIS. ¿Dónde están vuestras tropas?

JUANA. A millas de distancia. Me han engañado. Me han traído al lado equivocado del río.

DUNOIS. Les ordené que lo hicieran.

JUANA. ¿Por qué lo habéis hecho? ¡Los ingleses están al otro lado!

DUNOIS. Los ingleses están a ambos lados.

JUANA. Pero Orleans está al otro lado. Allí es donde debemos luchar contra los ingleses.

¿Cómo podemos cruzar el río?

DUNOIS. *(Sombrío.)* Hay un puente.

JUANA. Entonces, en el nombre de Dios, crucemos el puente y caigamos sobre ellos.

DUNOIS. Parece sencillo, pero no se puede hacer.

JUANA. ¿Quién lo ha dicho?

DUNOIS. Yo lo digo y cabezas más ancianas y más sabias que la mía son de la misma opinión.

JUANA. *(Rotunda.)* En ese caso, vuestras cabezas más ancianas y sabias están huecas. Os han engañado y ahora quieren engañarme a mí al traerme al lado equivocado del río.

¿No sabéis que os traigo la mejor ayuda que ha recibido nunca ningún general o ninguna ciudad?

DUNOIS. *(Sonríe con paciencia.)* ¿Vos misma?

JUANA. No, la ayuda y el consejo del Rey del Cielo. ¿Cuál es el camino hacia el puente?

DUNOIS. Sois impaciente, Doncella.

JUANA. ¿Es momento de tener paciencia? Tenemos el enemigo a las puertas y estamos aquí sin hacer nada. Oh, ¿por qué no estáis luchando? Escuchadme. os libraré del miedo. Yo...

DUNOIS. *(Ríe con ganas, hace un gesto con la mano en señal de negación.)* No, no, mi querida muchacha. Si me libraseis del miedo, me convertiría en un buen caballero para un libro de historia, pero en un muy mal comandante del ejército. ¡Vamos! Empecemos por convertirnos en un soldado. *(La lleva hasta la orilla del agua.)* ¿Veis esos dos fuertes en este extremo del puente? ¿Los grandes?

JUANA. Sí. ¿Son nuestros o de los condenados?

DUNOIS. Callad y escuchadme. Si estuviera en cualquiera de esos dos fuertes con solo diez hombres, podría resistir contra un ejército. Los ingleses tienen más de diez veces diez condenados en estos fuertes para defenderlos contra nosotros.

JUANA. No pueden defenderlos contra Dios. Dios no les ha dado la tierra que hay bajo esos fuertes, se la robaron a él. Nos la dio a nosotros. Yo tomaré esos fuertes.

DUNOIS. ¿Sin ayuda de nadie?

JUANA. Nuestros hombres los conquistarán. Yo los dirigiré.

DUNOIS. Ningún hombre os seguirá.

JUANA. No miraré atrás para comprobar si alguien me sigue.

DUNOIS. (*Reconoce su temple y le da una palmada en el hombro.*) Bien. Tenéis madera de soldado. Estáis enamorada de la guerra.

JUANA. (*Sorprendida.*) ¡Oh! Y el arzobispo dijo que estaba enamorada de la religión.

DUNOIS. Yo, Dios me perdone, también estoy un poco enamorado de la guerra, ¡feo demonio! Soy como un hombre con dos esposas. ¿Queréis ser como una mujer con dos maridos?

JUANA. (*Escueta.*) Nunca tendré marido. Un hombre en Toul emprendió acciones legales contra mí por romper un compromiso, pero nunca le prometí nada. Soy un soldado: no quiero que piensen en mí como una mujer. No voy a vestir como una mujer. No me preocupan las cosas por las que se preocupan las mujeres. Sueñan con amantes y con dinero. Yo sueño con encabezar una carga y con situar los grandes cañones. Vuestros soldados no saben cómo usar los grandes cañones: pensáis que podéis ganar batallas con mucho ruido y humo.

DUNOIS. (*Se encoge de hombros.*) Es cierto. La mitad del tiempo la artillería es más un problema que una ayuda.

JUANA. Sí, muchacho. Pero no puedes batir murallas de piedra con caballos. Necesitas cañones y también cañones mucho más grandes.

DUNOIS. (*Sonríe ante su familiaridad y la imita.*) Sí, chiquilla. Pero un corazón fuerte y una escala resistente te llevarán encima de la muralla más resistente.

JUANA. Seré la primera en subir por la escala cuando lleguemos al fuerte, Bastardo. Te desafío a que me sigas.

DUNOIS. No debes desafiar a un oficial de Estado Mayor, Juana. Solo los oficiales de compañía tienen permiso para demostrar su valor personal. Además, debes saber que te doy la bienvenida como santa, no como soldado. Tengo bajo mi mando temerarios suficientes, si pudieran serme de ayuda.

JUANA. No soy temeraria, soy sierva de Dios. Mi espada es sagrada: la encontré detrás del altar en la iglesia de Santa Catalina, donde Dios la escondió para mí, y no voy a

dar ni un solo mandoble con ella. Mi corazón está lleno de valor, no de ira. Iré delante y tus hombres me seguirán, eso es lo único que puedo hacer. Pero tengo que hacerlo. No debes intentar detenerme.

DUNOIS. Todo a su debido tiempo. Nuestros hombres no pueden tomar esos fuertes con un asalto a través del puente. Deben acercarse por el agua y tomar a los ingleses por la retaguardia a este lado.

JUANA. (*Acentúa su sentido militar.*) Entonces construye balsas y coloca cañones sobre ellas, y ordena que tus hombres crucen hacia este lado.

DUNOIS. Las balsas están preparadas y los hombres están embarcados. Pero deben esperar a Dios.

JUANA. ¿Qué quieres decir? Dios los está esperando a ellos.

DUNOIS. Entonces que él nos envíe el viento. Mis barcas están corriente abajo y no pueden venir contra el viento y la corriente. Debemos esperar hasta que Dios cambie el viento. Vamos, deja que te lleve hasta la iglesia.

JUANA. No. Me gusta la iglesia. Pero los ingleses no hacen caso de las plegarias, solo hacen caso de los golpes duros y las cuchilladas. No iré a la iglesia hasta que los hayamos derrotado.

DUNOIS. Debes hacerlo, allí tengo una misión para ti.

JUANA. ¿Qué misión?

DUNOIS. Rezar por un viento del oeste. Yo he rezado y he donado dos candelabros de plata, pero mis oraciones no han tenido respuesta. Es posible que las tuyas sean escuchadas: eres joven e inocente.

JUANA. Oh, sí, tienes razón. Rezaré. Se lo diré a santa Catalina y ella hará que Dios me otorgue un viento del oeste. Rápido, muéstrame el camino hacia la iglesia.

EL PAJE. (*Estornuda violentamente.*) ¡Atchís!

JUANA. ¡Dios te bendiga, muchacho! Vamos, Bastardo.

*Salen. El paje se levanta para seguirlos. Recoge el escudo y está agarrando la lanza cuando se da cuenta de que el pendón ondea ahora hacia el este.*

EL PAJE. (*Deja caer el escudo y los llama con gran excitación*) ¡Señor! ¡Señor! ¡Señorita!

DUNOIS. (*Vuelve corriendo.*) ¿Qué ocurre? ¿El martín pescador? (*Mira ansioso hacia el río.*)

JUANA. *(Se une a ellos.)* ¡Oh!, ¿un martín pescador? ¿Dónde?

EL PAJE. No, el viento, el viento, el viento. *(Señala el pendón.)* Eso es lo que me ha hecho estornudar.

DUNOIS. *(Mira el pendón.)* El viento ha cambiado. *(Se santigua.)* Dios ha hablado. *(Se arrodilla y entrega su bastón de mando a Juana.)* Estás al mando del ejército del rey. Soy tu soldado.

EL PAJE. *(Mira hacia el río.)* Las barcas han zarpado. Están remontando el río a toda velocidad.

DUNOIS. *(Se levanta.)* Ahora a por los fuertes. Me has desafiado a seguirte. ¿Te atreves a tomar el mando?

JUANA. *(Estalla en lágrimas y abraza a Dunois y lo besa en las mejillas.)* Dunois, querido compañero de armas, ayúdame. Mis ojos están cegados por las lágrimas. Pon mi pie en la escala y di: «Arriba, Juana».

DUNOIS. *(La aparta.)* No importan las lágrimas, sigue el resplandor de los cañones.

JUANA *(En un arrebató de coraje.)* ¡Ah!

DUNOIS. *(La arrastra con él.)* ¡Por Dios y por san Denis!

EL PAJE. *(Chilla.)* ¡La Doncella! ¡La Doncella! ¡Por Dios y la Doncella! ¡Hurra! *(Agarra el escudo y la lanza, y sale corriendo detrás de ellos, loco de excitación.)*

## ESCENA IV

*Una tienda de campaña en el campamento inglés. Un capellán inglés con el cuello de toro, de unos cincuenta años, está sentado en un taburete junto a una mesa, muy ocupado escribiendo. Al otro lado de la mesa un noble imponente, de cuarenta y seis años, está sentado en una hermosa silla y pasa las hojas de un libro de horas iluminado. El noble está disfrutando; el capellán está intentando controlar una ira oculta. A la izquierda del noble hay un taburete de cuero sin ocupar. La mesa está a la derecha.*

EL NOBLE. Esto es lo que yo llamo un trabajo de artesanía. No hay en la tierra nada más exquisito que un libro hermoso, con las columnas de una rica caligrafía negra bien colocadas dentro de unas cenefas bonitas y las imágenes iluminadas colocadas con sutileza. Pero en la actualidad, en lugar de mirar los libros, la gente los lee. Esos pedidos de tocino y salvado que estáis garabateando podrían llegar a ser un libro.

EL CAPELLÁN. Debo decir, mi señor, que os tomáis vuestra situación con mucha frialdad. Quizá con demasiada frialdad.

EL NOBLE. *(Arrogante.)* ¿Cuál es el problema?

EL CAPELLÁN. El problema, mi señor, es que nosotros, los ingleses, hemos sido derrotados.

EL NOBLE. Sabéis que esas cosas ocurren. Solo en los libros de historia y en las baladas el enemigo siempre acaba derrotado.

EL CAPELLÁN. Pero nos han derrotado una y otra vez. Primero, Orleans...

EL NOBLE. *(Con desprecio.)* ¡Oh, Orleans!

EL CAPELLÁN. Sé lo que vais a decir, mi señor, que fue un caso claro de brujería y hechicería. Pero nos siguen derrotando. Jargeau, Meung, Beaugency, lo mismo que en Orleans. Y ahora nos han masacrado en Patay y *sir* John Talbot ha caído prisionero. *(Tira la pluma, casi llorando.)* Me duele, mi señor, me duele muy adentro. No puedo soportar la visión de mis compatriotas derrotados por una banda de extranjeros.

EL NOBLE. ¡Oh! Sois inglés, ¿no es verdad?

EL CAPELLÁN. Desde luego que no, mi señor, soy un caballero. Pero, al igual que vuestra señoría, nací en Inglaterra, y eso marca.

EL NOBLE. Os sentís unido a la tierra, ¿eh?

EL CAPELLÁN. Vuestra señoría se complace siendo sarcástico a mis expensas. Vuestra grandeza le da el privilegio de hacerlo con impunidad. Pero vuestra señoría sabe muy bien que no estoy unido a la tierra de una manera vulgar, como un siervo. No obstante, me provoca ciertos sentimientos y *(cada vez más agitado)* no me avergüenzo de ello, y *(se pone en pie de manera violenta)* por Dios, si esto continúa durante mucho más tiempo, enviaré la sotana al diablo y tomaré las armas y estrangularé a la maldita bruja con mis propias manos.

EL NOBLE. *(Se ríe de él sin malicia.)* Eso es lo que tendréis que hacer, capellán, eso es lo que tendréis que hacer si no podemos encontrar algo mejor que hacer. Pero aún no, aún no.

*El capellán se vuelve a sentar de muy mal humor.*

EL NOBLE. *(Alegre.)* No me preocupa demasiado la bruja... Veréis, he peregrinado a Tierra Santa y los poderes celestiales, por lo que les va en ello, no se pueden permitir que sea humillado por una hechicera de aldea... Pero el Bastardo de Orleans es un hueso más duro de roer y también ha estado en Tierra Santa, de manera que en ese aspecto estamos empatados en honores.

EL CAPELLÁN. Solo es un francés, mi señor.

EL NOBLE. ¡Un francés! ¿De dónde habéis sacado esa expresión? ¿Esos borgoñones y bretones, pícaros y gascones, se están empezando a llamar franceses, lo mismo que nuestros compatriotas se empiezan a llamar ingleses? En la actualidad hablan de Francia e Inglaterra como de sus países. ¡Suyos, fijaos! ¿Qué va a ser de vos y de mí si se pone de moda esa manera de pensar?

EL CAPELLÁN. ¿Por qué, mi señor? ¿En qué puede hacernos daño?

EL NOBLE. Los hombres no pueden servir a dos señores. Si esta canción de servir a su país llega a arraigar en ellos, diremos adiós a la autoridad de sus señores feudales, y adiós a la autoridad de la Iglesia. Es decir, adiós a vos y a mí.

EL CAPELLÁN. Espero ser un sirviente fiel de la Iglesia, y solo hay seis primos entre la baronía de Stogumber y yo, que fue establecida por el Conquistador. Pero ¿es esa una

razón para que me quede al margen y contemple cómo los ingleses son derrotados por un bastardo francés y por una bruja procedente de la repugnante Champaña?

EL NOBLE. Tranquilo, hombre, tranquilo. Quemaremos a la bruja y derrotaremos al bastardo a su debido tiempo. De hecho, estoy esperando al obispo de Beauvais para preparar con él la quema. Los seguidores de la bruja lo han expulsado de su diócesis.

EL CAPELLÁN. Primero tenéis que atraparla, mi señor.

EL NOBLE. O comprarla. Ofreceré el rescate de un rey.

EL CAPELLÁN. ¡El rescate de un rey! ¡Por esa puta!

EL NOBLE. Hay que ofrecer un beneficio. Algunos de los seguidores de Carlos se la venderán a los borgoñones; los borgoñones nos la venderán a nosotros y habrá probablemente tres o cuatro intermediarios que esperarán obtener una pequeña comisión.

EL CAPELLÁN. Monstruoso. Siempre esos bribones de los judíos, que sacan tajada cada vez que el dinero cambia de manos. Si me dejasen, no dejaría vivo ni a un solo judío en la cristiandad.

EL NOBLE. ¿Por qué no? Por lo general, los judíos aportan valor añadido. Te obligan a pagar, pero entregan los bienes. Según mi experiencia, los hombres que quieren algo a cambio de nada son invariablemente cristianos.

*Aparece un paje.*

EL PAJE. El muy reverendo obispo de Beauvais, monseñor Cauchon.

*Entra Cauchon, de unos sesenta años. El paje se retira. Los dos ingleses se levantan.*

EL NOBLE. *(Con una cortesía efusiva.)* ¡Mi querido obispo, qué bien que hayáis venido! Permittedme que me presente. Ricardo de Beauchamp, conde de Warwick, a vuestro servicio.

CAUCHON. La fama de vuestra señoría me es bien conocida.

WARWICK. Este reverendo clérigo es maese Juan de Stogumber.

EL CAPELLÁN. *(Con poca sinceridad.)* Juan Bowyer Spenser Neville de Stogumber, a vuestro servicio, mi señor. Bachiller en teología y guardián del sello privado de su eminencia el cardenal de Winchester.

WARWICK. *(A Cauchon.)* Según creo, lo llamáis el cardenal de Inglaterra. El tío de nuestro rey.

CAUCHON. Señor Juan de Stogumber, siempre he sido muy buen amigo de su eminencia. *(Extiende las manos hacia el capellán, que besa su anillo.)*

WARWICK. Concédame el honor de sentarse. *(Ofrece su silla a Cauchon y lo coloca a la cabecera de la mesa.)*

*Cauchon acepta el lugar de honor con una inclinación solemne. Warwick acerca el taburete de cuero con descuido y se sienta en el lugar que ocupaba anteriormente. El capellán regresa a su asiento.*

*Aunque Warwick ha tomado asiento en segundo lugar en deferencia calculada al obispo, asume la dirección de la conversación como algo natural. Sigue siendo cordial y alegre, pero hay un tono nuevo en su voz que indica que está entrando en materia.*

WARWICK. Bien, mi querido señor obispo, nos encontráis en un momento de lo más desafortunado. Carlos va a ser coronado en Reims, prácticamente de manos de la joven de Lorena y —no os debo engañar ni animar vuestras esperanzas— no podemos evitarlo. Supongo que provocará un gran cambio en la posición de Carlos.

CAUCHON. Sin duda. Se trata de una jugada maestra de la Doncella.

EL CAPELLÁN. *(De nuevo agitado.)* No nos han derrotado limpiamente, mi señor. Nunca han derrotado limpiamente a ningún inglés.

*Cauchon alza levemente las cejas, pero con rapidez vuelve a recomponer el semblante.*

WARWICK. Aquí nuestro amigo es de la opinión que la joven es una hechicera. Supongo que será el deber de vuestra reverenda señoría denunciarla a la Inquisición y quemarla por semejante delito.

CAUCHON. Si la capturasen en mi diócesis, sí.

WARWICK. *(Con la sensación de que están llegando al punto esencial.)* Así es. Supongo que en estos momentos no puede existir ninguna duda razonable de que es una hechicera.

EL CAPELLÁN. Ni la más mínima. Una bruja hasta la médula.

WARWICK. *(Reprueba amablemente su interrupción.)* Estamos pidiendo la opinión del obispo, maese Juan.

CAUCHON. En este caso no debemos considerar solo nuestras opiniones, sino las opiniones —los prejuicios, si lo prefieren— de un tribunal francés.

WARWICK. (*Lo corrige.*) Un tribunal católico, mi señor.

CAUCHON. Los tribunales católicos están compuestos por hombres mortales, como los demás tribunales, por muy sagradas que puedan ser sus funciones e inspiración. Y, si los hombres son franceses, como se los llama según la moda moderna, me temo que el simple hecho de que un ejército inglés haya sido derrotado por uno francés no va a convencerlos de que haya intervenido ningún tipo de brujería en el asunto.

EL CAPELLÁN. ¡Qué! ¡Ni siquiera cuando el famoso *sir* Talbot en persona ha sido derrotado y tomado prisionero por una zorra de las cunetas de Lorena!

CAUCHON. Todos sabemos que *sir* John Talbot es un soldado fiero y formidable, mis señores, pero nunca me han explicado que sea un general capaz. Y, aunque os guste decir que ha sido derrotado por esa muchacha, algunos estamos dispuestos a otorgarle algo más de mérito a Dunois.

EL CAPELLÁN. (*Desdeñoso.*) ¡El Bastardo de Orleans!

CAUCHON. Dejad que os recuerde...

WARWICK. (*Interrumpe.*) Sé lo que vais a decir, mi señor. Dunois me derrotó en Montargis.

CAUCHON. (*Inclina la cabeza.*) Tomo eso como prueba de que el señor Dunois es en realidad un comandante muy capaz.

WARWICK. Vuestra señoría es la flor y nata de la cortesía. Admito, por nuestra parte, que Talbot es simplemente un animal de combate y que probablemente se mereció que lo capturasen en Patay.

EL CAPELLÁN. (*Burlón.*) Mi señor, en Orleans una flecha inglesa atravesó el cuello de esa mujer y se la vio gritar de dolor como un niño. Era una herida mortal, pero luchó durante todo el día y, cuando nuestros hombres acabaron por rechazar todos sus ataques como ingleses de verdad, ella se acercó andando sola a la muralla de nuestro fuerte con una bandera blanca en la mano y nuestros hombres quedaron paralizados, sin poder disparar ni golpear mientras los franceses caían sobre ellos y los expulsaban hacia el puente, que inmediatamente estalló en llamas, se derrumbó bajo sus pies y los dejó caer al río, donde la mayoría se ahogó. ¿Dónde están las dotes de mando de vuestro bastardo? ¿O esas llamas eran las llamas del infierno conjuradas por brujería?

WARWICK. Perdonaréis la vehemencia de maese Juan, mi señor, pero ha puesto el dedo en la llaga. Dunois es un gran capitán, lo admitimos, pero ¿por qué no pudo hacer nada hasta que apareció la bruja?

CAUCHON. No digo que no haya poderes sobrenaturales de su parte. Pero los nombres en esa bandera blanca no eran los de Satanás y Belcebú, sino los santos nombres de Nuestro Señor y su santa madre. Y el comandante que se ahogó..., creo que lo llamasteis Clahz-da...

WARWICK. Glasdale. *Sir* Guillermo Glasdale.

CAUCHON. Glass-dell, muchas gracias. No era un santo y muchos de los nuestros creen que se ahogó por las blasfemias contra la Doncella.

WARWICK. (*Empieza a albergar dudas.*) Bueno, ¿qué podemos deducir de todo esto, mi señor? ¿La Doncella os ha convertido?

CAUCHON. Si lo hubiera hecho, mi señor, no habría venido aquí para librarme en vuestras manos.

WARWICK. (*Ligeramente desdeñoso.*) ¡Oh! ¡Oh! ¡Mi señor!

CAUCHON. Si el diablo está usando a esa muchacha..., y creo que lo está...

WARWICK. (*Vuelve a estar seguro.*) ¡Ah! ¿Oís, maese Juan? Sabía que vuestra señoría no nos iba a fallar. Perdón por mi interrupción. Proseguid.

CAUCHON. Si es así, el diablo tiene planes mucho más amplios de los que pensáis.

WARWICK. ¿De verdad? ¿De qué manera? Oíd esto, maese Juan.

CAUCHON. Si el diablo quisiera condenar a una muchacha del campo, ¿pensáis que una tarea tan sencilla le iba a costar la victoria en media docena de batallas? No, mi señor, cualquier diablillo burlón podría haberlo conseguido si la muchacha estaba destinada a condenarse. El Príncipe de las Tinieblas no se rebaja a semejantes naderías. Cuando ataca, ataca a la Iglesia católica, cuyo reino es todo el mundo espiritual. Cuando condena, condena el alma de toda la raza humana. Contra designios tan terribles, la Iglesia siempre está en guardia. Y es como uno de los instrumentos de dicho designio que veo a la muchacha. Está inspirada, pero diabólicamente inspirada.

EL CAPELLÁN. Os dije que es una bruja.

CAUCHON. (*Rotundo.*) No es una bruja. Es una hereje.

LA CAPELLÁN. ¿Dónde está la diferencia?

CAUCHON. ¡Vos, como sacerdote, me lo preguntáis! Resulta curioso que los ingleses seáis tan poco sutiles. Todo lo que llamáis brujería se puede explicar de manera

natural. Los milagros de la mujer no impresionarían ni a un conejo, y ella no afirma que sean milagros. ¿Qué prueban sus victorias, sino que tiene mejor cabeza sobre los hombros que vuestro blasfemo Glass-dell y vuestro toro loco Talbot y que el coraje que infunde la fe, aunque sea una fe falsa, siempre superará al coraje de la ira?

EL CAPELLÁN. (*Que casi no puede creer lo que está oyendo.*) ¡¡¡¿Vuestra señoría compara a *sir* John Talbot, tres veces gobernador de Irlanda, con un toro loco?!!!

WARWICK. A vos os puede parecer que no es aceptable, maese Juan, porque os encontráis a seis pasos de una baronía. Pero yo, como soy conde y Talbot es solo un caballero, sí que puedo permitirme aceptar la comparación. (*Al obispo.*) Mi señor, retiro todo lo dicho sobre la brujería. Aún así, debemos quemar a la mujer.

CAUCHON. Yo no puedo quemarla. La Iglesia no puede arrebatar una vida. Y mi primer deber es buscar la salvación de la muchacha.

WARWICK. Sin duda. Pero de vez en cuando quemáis personas.

CAUCHON. No. Cuando la Iglesia tala a un hereje obstinado como una rama muerta del árbol de la vida, el hereje es entregado al brazo secular. La Iglesia no toma parte en lo que el brazo secular considere que se debe hacer.

WARWICK. Precisamente. Y yo seré el brazo secular en este caso. Bien, mi señor, entregadme vuestra rama muerta y yo me ocuparé de que el fuego esté dispuesto para recibirla. Si vos respondéis por la parte de la Iglesia, yo responderé por la parte secular.

CAUCHON. (*Con ira ardiente.*) Yo no puedo responder por nada. Los grandes señores estáis demasiado dispuestos a tratar a la Iglesia como una simple herramienta política.

WARWICK. (*Sonríe conciliador.*) En Inglaterra no, os lo aseguro.

CAUCHON. En Inglaterra más que en cualquier otro lugar. No, mi señor, el alma de esta muchacha campesina tiene el mismo valor que las vuestras o la de vuestro rey delante del trono de Dios, y mi primer deber es salvarla. No voy a tolerar que vuestra señoría se ría de mí como si estuviera repitiendo una serie de palabras sin sentido y como si hubiera quedado bien acordado entre nosotros que acabaré traicionando a la muchacha para entregárosla. No soy un simple obispo político, mi fe es para mí lo que el honor para vos y, si existe un agujero a través del cual esta hija bautizada de Dios pueda alcanzar la salvación, la guiaré hasta él.

EL CAPELLÁN. (*Se levanta furioso.*) Sois un traidor.

CAUCHON. *(Se pone en pie de un salto.)* Mentís, sacerdote. *(Tiembla de rabia.)* Si os atrevéis a hacer lo que ha hecho esa mujer, poner a vuestro país por encima de la Santa Iglesia católica, entonces deberíais acompañarla al fuego.

EL CAPELLÁN. Mi señor, yo... yo he ido demasiado lejos. Yo... *(Se sienta con un gesto sumiso.)*

WARWICK. *(Que se ha levantado receloso.)* Mi señor, os pido perdón por las palabras pronunciadas por maese Juan de Stogumber. No significan lo mismo en Inglaterra que en Francia. En vuestra lengua, traidor significa felón: alguien que es pérfido, traicionero, desleal, infiel. En nuestro país designa simplemente a alguien que no está entregado totalmente a nuestros intereses ingleses.

CAUCHON. Lo siento, no lo había comprendido. *(Se vuelve a sentar con dignidad.)*

WARWICK. *(Se sienta, mucho más aliviado.)* También debo disculparme si ha parecido que tomo demasiado a la ligera la quema de esa pobre muchacha. Cuando uno ha visto quemar una y otra vez regiones enteras como simple rutina militar, ha desarrollado una piel muy gruesa. En caso contrario se volvería loco, al menos en mi caso. ¿Puedo arriesgarme a suponer que vuestra señoría, como consecuencia de haber visto de vez en cuando a tantos herejes quemados, también se ha visto obligado a adoptar..., digamos, una visión profesional de lo que en otras circunstancias sería un incidente muy horroroso?

CAUCHON. Sí, se trata de un deber penoso, incluso, como decís, horrible. Pero en comparación con el horror de la herejía es menos que nada. Yo no estoy pensando en el cuerpo de esta muchacha, que solo va a sufrir durante unos pocos instantes y que, en cualquier caso, va a morir de una manera más o menos dolorosa, sino en su alma, que puede sufrir por toda la eternidad.

WARWICK. Desde luego, ¡y que Dios quiera que su alma se salve! Pero podría parecer que el problema práctico es cómo salvar su alma sin salvar su cuerpo. Porque debemos tenerlo claro, mi señor: si este culto a la Doncella sigue adelante, nuestra causa está perdida.

EL CAPELLÁN. *(La voz rota como la de un hombre que ha estado llorando.)* ¿Puedo hablar, mi señor?

WARWICK. ¿Es necesario, maese Juan? Preferiría que no lo hicierais, a menos que podáis controlar vuestro temperamento.

EL CAPELLÁN. Solo es esto. Puede que me equivoque, pero la Doncella está llena de falsedad: pretende ser devota. Sus plegarias y confesiones son interminables. ¿Cómo se la puede acusar de herejía cuando cumple con todas las obligaciones de una hija fiel de la Iglesia?

CAUCHON. (*Estalla.*) ¡Una hija fiel de la Iglesia! Ni siquiera el papa en persona en sus momentos de mayor orgullo se atreve a presumir de lo que presume esta mujer. Actúa como si ella misma fuera la Iglesia. Entrega el mensaje de Dios a Carlos y la Iglesia debe quedar al margen. Lo va a coronar en la catedral de Reims. ¡Ella, no la Iglesia! Envía cartas al rey de Inglaterra para comunicarle la orden de Dios de regresar a su isla bajo amenaza de la venganza de Dios, que ejecutará ella. Dejádme que os diga que la redacción de cartas semejantes fue la práctica del maldito Mahoma, el Anticristo. En todas sus manifestaciones, ¿ha dicho ni una sola palabra sobre la Iglesia? Nunca. Siempre se trata de Dios y ella.

WARWICK. ¿Qué se puede esperar? ¡Una mendiga a caballo! Se le ha ido la cabeza.

CAUCHON. ¿Quién se la ha revuelto? El diablo. Y con un objetivo poderoso. Está extendiendo su herejía por todas partes. Aquel hombre, Hus, quemado hace solo trece años en Constanza, infectó con ella toda Bohemia. Un hombre llamado WcLeef, él mismo un sacerdote consagrado, extendió la pestilencia en Inglaterra y, para vuestra vergüenza, dejasteis que muriera en la cama. Aquí, en Francia, también tenemos a ese tipo de personas, conozco esa raza. Es cancerosa, si no se la extirpa, aplasta y quema, no se detendrá hasta que haya arrastrado al pecado y a la corrupción a todo el cuerpo de la sociedad humana para convertirlo en desperdicio y ruina. Así, un camellero árabe expulsó de Jerusalén a Cristo y su Iglesia y saqueó su camino hacia el oeste como una bestia salvaje, hasta que al final solo quedaron los Pirineos y la misericordia de Dios entre Francia y su condenación. Pero ¿al principio ese camellero hizo algo más de lo que está haciendo esta pastora? Él oía voces del ángel Gabriel, ella tiene sus voces de santa Catalina, santa Margarita y el bendito Miguel. Él se erigió en mensajero de Dios y escribió en nombre de Dios a los reyes de la tierra. Las cartas de ella se reparten cada día. Ahora no debemos mirar a la Madre de Dios en busca de intercesión, sino a Juana la Doncella. ¿Cómo será el mundo cuando la sabiduría, el conocimiento y la experiencia acumulada por la Iglesia, sus concilios de sabios, sus hombres piadosos, sean lanzados a las letrinas por cualquier jornalero o lechera ignorante al que el diablo pueda engañar con la arrogancia monstruosa de creerse

inspirado directamente por el Cielo? Será un mundo de sangre, de furia, de devastación, donde cada hombre se ocupe solo de sí mismo; al final, un mundo que descenderá a la barbarie. Por ahora solo tenéis a Mahoma y sus seguidores, y a la Doncella y sus seguidores, pero ¿qué ocurrirá cuando cada muchacha se crea una Juana y cada hombre un Mahoma? Tiemblo hasta la médula de los huesos cuando pienso en ello. He luchado contra eso durante toda mi vida y seguiré luchando hasta el final. Dejad que todos los pecados de esa mujer sean perdonados excepto este único pecado, porque se trata del pecado contra el Espíritu Santo, y, si no se retracta en el polvo delante del mundo y entrega a la Iglesia hasta la última pulgada de su alma, irá al fuego si alguna vez cae en mis manos.

WARWICK. (*Sin impresionarse.*) Os afecta mucho, como es natural.

CAUCHON. ¿A vos no?

WARWICK. Yo soy un soldado, no un clérigo. Como peregrino vi algo de los mahometanos. No son tan malos como me habían hecho creer. En algunos aspectos su conducta es mejor que la nuestra.

CAUCHON. (*Molesto.*) Ya me había dado cuenta con anterioridad. Los hombres van a Oriente a convertir a los infieles. Y los infieles los pervierten. Los cruzados regresan siendo medio sarracenos. Sin mencionar que todos los ingleses nacen herejes.

EL CAPELLÁN. ¡¡¡Los ingleses herejes!!! (*Apelando a Warwick.*) Mi señor, ¿tenemos que soportar esto? Vuestra señoría está fuera de sí. ¿Puede ser que lo que crea un inglés sea herético? Se trata de una contradicción en los términos.

CAUCHON. Os absuelvo, maese de Stogumber, a causa de una ignorancia invencible. El aire espeso de vuestro país no cría teólogos.

WARWICK. ¡No diríais lo mismo si nos oyerais discutir sobre religión, mi señor! Siento mucho que creáis que yo debo ser un hereje o un botarate porque, como hombre viajado, sé que los seguidores de Mahoma profesan un gran respeto a nuestro Señor y están más dispuestos a perdonar a san Pedro por ser un pescador de lo que está vuestra señoría a perdonar a Mahoma por ser camellero. Pero al menos podemos seguir con esta cuestión sin fanatismo.

CAUCHON. Cuando los hombres llaman fanatismo al celo de la Iglesia cristiana, sé lo que debo pensar.

WARWICK. Solo se trata de visiones orientales y occidentales de lo mismo.

CAUCHON. (*Amargamente irónico.*) ¡Solo orientales y occidentales! ¡¡Solo!!

WARWICK. Oh, mi señor obispo, no os estoy contradiciendo. Podréis convencer a la Iglesia, pero también tendréis que convencer a los nobles. Para mí, existe una acusación mucho más importante contra la Doncella que la que habéis planteado de manera tan forzada. Francamente, no temo que esa muchacha se convierta en un nuevo Mahoma y sustituya a la Iglesia con una herejía mucho mayor. Creo que exageráis el riesgo. Pero ¿os habéis dado cuenta de que en sus cartas propone a todos los reyes de Europa, como ya ha impuesto a Carlos, un acuerdo que puede destruir toda la estructura social de la cristiandad?

CAUCHON. Destruir la Iglesia. Ya os lo he dicho.

WARWICK. *(Al que se le está acabando la paciencia.)* Mi señor, os ruego que durante un momento os quitéis a la Iglesia de la cabeza y recordéis que en el mundo hay tanto instituciones temporales como espirituales. Yo y mis iguales representamos a la aristocracia feudal de la misma manera que vos representáis a la Iglesia. Somos el poder temporal. Bueno, ¿no veis cómo nos ataca la idea de esa muchacha?

CAUCHON. ¿Cómo os ataca su idea, excepto de la misma manera en que nos ataca a todos a través de la Iglesia?

WARWICK. Su idea es que los reyes deben entregar sus reinos a Dios y después reinar como los representantes de Dios.

CAUCHON. *(Sin ningún interés.)* Teológicamente bastante correcto, mi señor. Pero el rey no le hará caso porque ya está reinando. Se trata de una idea abstracta, un simple formalismo verbal.

WARWICK. De ninguna manera. Se trata de una maniobra astuta para eliminar a la aristocracia y convertir al rey en un autócrata único y absoluto. En lugar de que el rey sea el primero entre sus iguales, se convierte en su amo. Eso no podemos soportarlo: nosotros no consideramos a ningún hombre nuestro amo. Nominalmente, nuestras tierras y dignidades proceden del rey, porque debe existir una piedra angular en el arco de la sociedad humana, pero retenemos nuestras tierras con nuestras propias manos y las defendemos con nuestra espada y las de nuestros súbditos. Pero, con la doctrina de la Doncella, el rey tomará nuestras tierras, ¡nuestras tierras!, y se las ofrecerá a Dios como un regalo, y Dios se las devolverá todas al rey.

CAUCHON. ¿De verdad teméis eso? Al final sois los hacedores de reyes. York o Lancaster en Inglaterra, Lancaster o Valois en Francia. Reinan según os convenga.

WARWICK. Sí, pero solo mientras el pueblo siga a sus señores feudales y sepan que el rey es solo un espectáculo ambulante, que no posee nada más que el camino que pertenece a todo el mundo. Si la mente y el corazón del pueblo se vuelven hacia el rey y a sus ojos, sus señores se convierten solo en los sirvientes del rey, el rey podrá arrodillarnos uno a uno y, entonces, ¿qué seremos nada más que cortesanos con libreas en sus salones?

CAUCHON. Aún así, no debéis temer, mi señor. Algunos hombres nacen reyes, otros nacen estadistas. Es muy raro que ambos coincidan. ¿Dónde iba a encontrar el rey a los consejeros para planificar y ejecutar dicha política para él?

WARWICK. *(Con una sonrisa nada amistosa.)* Quizás en la Iglesia, mi señor.

*Cauchon, con una sonrisa igual de amarga, se encoje de hombros y no lo contradice.*

WARWICK. Aplasta a los barones y los cardenales actuarán a su antojo.

CAUCHON. *(Conciliador, rebaja su tono polémico.)* Mi señor, no vamos a derrotar a la Doncella si luchamos entre nosotros. Sé muy bien que existe una voluntad de poder en el mundo. Sé que, mientras persista, habrá una lucha entre el emperador y el papa, entre los duques y los cardenales políticos, entre los barones y los reyes. El diablo nos divide y gobierna. Veo que no sois amigo de la Iglesia. Vos sois un conde de principio a fin, de la misma manera que yo soy un clérigo de principio a fin. Pero ¿no podemos aparcas nuestras diferencias ante un enemigo común? Ahora veo que en vuestra cabeza no está que la muchacha nunca haya mencionado a la Iglesia y solo piense en Dios y ella, sino que nunca ha mencionado a la nobleza y piensa solo en el rey y ella.

WARWICK. Cierto. En el fondo, estas dos ideas son la misma. Se trata de algo profundo, mi señor. Es la protesta del alma individual contra la interferencia del sacerdote o del noble entre el hombre privado y su Dios. Lo llamaría protestantismo si tuviera que encontrar un nombre para ello.

CAUCHON. *(Lo mira con dureza.)* Lo habéis comprendido maravillosamente bien, mi señor. Rascad a un inglés y encontraréis a un protestante.

WARWICK. *(Jugando a ser lo más cortés posible.)* Creo que no carecéis de simpatías por la herejía secular de la Doncella, mi señor. Os dejo que encontréis un nombre para ella.

CAUCHON. Os equivocáis, mi señor. No siento ninguna simpatía por sus propuestas políticas. Pero como sacerdote conozco la mente del pueblo común, y allí podréis encontrar otra idea aún más peligrosa. La puedo expresar solo con frases como Francia para los franceses, Inglaterra para los ingleses, Italia para los italianos, España para los españoles, etcétera. A veces se trata de algo tan estrecho y amargo en la gente del campo que me sorprende que esta muchacha campesina se haya podido elevar por encima de la idea de su aldea para sus aldeanos. Pero ha podido hacerlo. Lo hace. Cuando amenaza con expulsar a los ingleses del suelo de Francia, indudablemente está pensando en toda la extensión del territorio en el que se habla francés. Para ella, la gente de habla francesa es lo que las Sagradas Escrituras describen como una nación. Si queréis, podéis llamar nacionalismo este lado de su herejía, no puedo encontrar mejor nombre para definirlo. Solo os puedo decir que esencialmente es anticatólico y anticristiano, porque la Iglesia católica solo conoce un reino, y se trata del reino de la soberanía de Cristo. Dividid el reino entre las naciones y habréis destronado a Cristo. Una vez destronado Cristo, ¿quién se situará entre nuestro cuello y la espada? El mundo perecerá en una oleada de guerras.

WARWICK. Bueno, si vos queréis quemar a la protestante, yo quemaré a la nacionalista, pero quizá no debería acompañarme maese Juan. Inglaterra para los ingleses le resulta atractivo.

EL CAPELLÁN. Desde luego, no es necesario afirmar que Inglaterra es para los ingleses, se trata simplemente de la ley de la naturaleza. Pero esa mujer niega a Inglaterra sus conquistas legítimas, entregadas por Dios por su capacidad peculiar para gobernar a razas menos civilizadas por su propio bien. No comprendo lo que vuestras señorías quieren decir por protestante y nacionalista, sois demasiado instruidos y sutiles para un pobre clérigo como yo. Pero sé por el simple sentido común que la mujer es una rebelde, y eso es suficiente para mí. Se rebela contra la naturaleza al llevar ropa de hombre y luchar. Se rebela contra la Iglesia al usurpar la autoridad divina del papa. Se rebela contra Dios por su alianza maldita con Satanás y sus malos espíritus contra nuestro ejército. Y todas esas rebeliones son solo la excusa para su gran rebelión contra Inglaterra. Eso no se puede seguir permitiendo. Que muera. Que arda. Que no infecte a todo el rebaño. Es imprescindible que una mujer muera por el pueblo.

WARWICK. (*Se levanta.*) Mi señor, parece que estamos de acuerdo.

CAUCHON. (*Se levanta también, pero protestando.*) No pondré en peligro mi alma. Defenderé la justicia de la Iglesia. Me esforzaré al máximo por la salvación de esa mujer.

WARWICK. Lo siento por la pobre muchacha. Odio estas acciones tan severas. La salvaré, si puedo.

EL CAPELLÁN. (*Implacable.*) La quemaré con mis propias manos.

CAUCHON. (*Lo bendice.*) ¡*Sancta simplicitas!*

## ESCENA V

*En la girola de la catedral de Reims, cerca de la puerta de la sacristía. Un pilar luce una de las estaciones del viacrucis. El órgano está tocando mientras la gente abandona la nave después de la coronación. Juana está arrodillada en oración delante de la estación. Lleva una ropa hermosa, pero sigue siendo masculina. El órgano calla cuando Dunois, que también está espléndidamente vestido, entra en la girola desde la sacristía.*

DUNOIS. ¡Vamos, Juana! Ya has rezado suficiente. Después de tanto llorar, vas a pillar un resfriado si te quedas aquí durante más tiempo. Ya se ha acabado todo, la catedral está vacía y las calles llenas. Están llamando a la Doncella. Les hemos dicho que te has quedado aquí sola para rezar, pero quieren verte de nuevo.

JUANA. No, deja que el rey reciba toda la gloria.

DUNOIS. Solo fastidia el espectáculo, pobre diablo. No, Juana, lo has coronado y ahora tienes que seguir hasta el final.

*Juana sacude la cabeza, reticente.*

DUNOIS. *(La levanta.)* ¡Vamos, vamos! En un par de horas habrá pasado todo. Es mejor que el puente de Orleans, ¿eh?

JUANA. ¡Oh, querido Dunois, cómo me gustaría estar de nuevo en el puente de Orleans! En ese puente estábamos vivos.

DUNOIS. Sí, es cierto, y también morimos algunos de nosotros.

JUANA. ¿No es extraño, Jack? Soy tan cobarde: no puedo explicar el miedo atroz que siento antes de una batalla, pero después la vida es tan gris cuando ha desaparecido el peligro... ¡Oh, tan gris! ¡Gris! ¡Gris!

DUNOIS. Debes aprender a ser moderada en la guerra, como lo eres en la comida y la bebida, mi pequeña santa.

JUANA. Querido Jack, creo que me quieres como un soldado quiere a su camarada.

DUNOIS. Lo necesitas, pobre e inocente criatura de Dios. No tienes muchos amigos en la corte.

JUANA. ¿Por qué me odian todos esos cortesanos, caballeros y clérigos? ¿Qué les he hecho? No he pedido nada para mí misma, excepto que no se le impongan impuestos a mi aldea, porque no podemos hacer frente a los impuestos de guerra. Les he traído suerte y victoria, los he corregido cuando estaban haciendo todo tipo de cosas estúpidas, he coronado a Carlos y lo he convertido en un rey de verdad, y todos los honores que está repartiendo van a ellos. Entonces, ¿por qué no me quieren?

DUNOIS. (*La anima.*) ¡I-no-cen-te! ¿Esperas que las personas estúpidas te quieran por dejarlas en ridículo? ¿Es que los viejos militares carcamales aman a sus jóvenes capitanes victoriosos que los sustituyen? ¿Es que los políticos ambiciosos quieren a los arribistas que ocupan los grandes cargos en su lugar? ¿Es que a los arzobispos les gusta que los expulsen de sus altares, aunque sea por un santo? Porque yo mismo estaría celoso de ti si fuera lo suficientemente ambicioso.

JUANA. Aquí eres la guinda del pastel, Jack. El único amigo que tengo entre todos estos nobles. Apostaría algo a que tu madre era del campo. Regresaré a la granja cuando haya tomado París.

DUNOIS. No estoy seguro de que te dejen tomar París.

JUANA. (*Sorprendida.*) ¡Qué!

DUNOIS. Yo mismo la habría tomado hace mucho si todos hubieran estado de acuerdo. Creo que algunos de ellos preferirían que París te tomase a ti. Así que ten cuidado.

JUANA. Jack, el mundo es demasiado malvado para mí. Si los condenados y los borgoñones no acaban conmigo, lo harán los franceses. Si no fuera por mis voces, perdería toda esperanza. Por eso me tuve que quedar aquí sola para rezar después de la coronación. Te voy a contar algo, Jack. Oigo mis voces en las campanas. Hoy no, cuando repicaron todas no había nada más que el tintineo. Pero aquí, en este rincón, donde las campanas bajan desde el cielo y los ecos se difuminan, o en los campos, donde llegan desde la distancia a través del silencio de los campos, mis voces están en ellas. (*El reloj de la catedral toca los cuartos.*) ¡Escucha! (*Extasiada.*) ¿Has oído? «Querida hija de Dios», exactamente como tú me llamas. A la media dirán: «Sé valiente, sigue adelante». A menos cuarto dirán: «Yo soy tu ayuda». Pero es a las horas, cuando repica la gran campana después del «Dios salve a Francia», entonces santa Margarita y santa Catalina, y a veces incluso el bendito Miguel, dirán cosas que no puedo predecir. Entonces, oh, entonces...

DUNOIS. *(La interrumpe con amabilidad, pero sin estar convencido.)* Entonces, Juana, podemos oír lo que queramos en el repicar de la campana. Me incomodas cuando hablas de tus voces. Pensaría que estás un poco loca si no me hubiera dado cuenta de que me das explicaciones muy razonables para lo que haces, aunque oigo cómo a otros les dices que solo estás obedeciendo a la señora santa Catalina.

JUANA. *(Enojada.)* Bueno, tengo que encontrar razones para ti, porque no crees en mis voces. Pero lo primero son las voces y después encuentro las razones, creas lo que creas.

DUNOIS. ¿Estás enfadada, Juana?

JUANA. Sí. *(Sonríe.)* No, contigo no. Me gustaría que fueras uno de los bebés de la aldea.

DUNOIS. ¿Por qué?

JUANA. Te podría cuidar durante un tiempo.

DUNOIS. Después de todo, eres un poco mujer.

JUANA. No, ni una pizca. Soy un soldado y nada más. Los soldados siempre cuidan a los niños cuando tienen la oportunidad.

DUNOIS. Eso es cierto. *(Ríe.)*

*El rey Carlos, con Barbazul a su izquierda y La Hire a su derecha, entra desde la sacristía, donde se ha estado quitando la ropa ceremonial. Juana se esconde detrás de una columna. Dunois se queda entre Carlos y La Hire.*

DUNOIS. Bien, su majestad es finalmente un rey ungido. ¿Cómo os sentís?

CARLOS. No volvería a pasar por esto ni para ser emperador del sol y de la luna. ¡El peso de ese ropaje! Creía que iba a desplomarme cuando me cargaron con el peso de la corona. Y el famoso óleo sagrado del que hablan tanto estaba rancio. ¡Puaj! El arzobispo debe estar casi muerto, su ropa debía pesar una tonelada, aún lo están desvistiendo en la sacristía.

DUNOIS. *(Seco.)* Su majestad debería llevar armadura más a menudo. Eso lo acostumbraría a la ropa pesada.

CARLOS. ¡Sí, otra vez con la misma canción! Bueno no voy a llevar armadura, luchar no es mi trabajo. ¿Dónde está la Doncella?

JUANA. *(Aparece entre Carlos y Barbazul, y cae de rodillas.)* Sire, os he convertido en rey: he culminado mi labor. Voy a regresar a la granja de mi padre.

CARLOS. *(Sorprendido, pero aliviado.)* Oh, ¿de verdad? Bueno, eso estaría muy bien.

*Juana se levanta, profundamente desanimada.*

CARLOS. *(Continúa, sin darse por enterado.)* Una vida muy saludable. Ya sabes.

DUNOIS. Pero muy gris.

BARBAZUL. Descubrirás que te picarán las enaguas después de tanto tiempo de no usarlas.

LA HIRE. Echarás de menos los combates. Es una mala costumbre, pero excelsa y la más difícil de abandonar.

CARLOS. *(Ansioso.)* Aún así, no te vamos a obligar a quedarte si realmente quieres volver a casa.

JUANA. *(Con amargura.)* Sé muy bien que ninguno de vosotros sentirá verme partir. *(Le da la espalda a Carlos y pasa a su lado para situarse en la compañía más agradable de Dunois y La Hire.)*

LA HIRE. Bueno, podré blasfemar cuando quiera. Pero de vez en cuando te echaré de menos.

JUANA. La Hire, a pesar de todos tus pecados y blasfemias, nos encontraremos en el Cielo, porque te quiero como quiero a Pitou, mi viejo perro pastor. Pitou podía matar a un lobo. Tú matarás a los lobos ingleses hasta que regresen a su país y se conviertan en buenos perros de Dios, ¿no es así?

LA HIRE. Tú y yo juntos, sí.

JUANA. No, yo no duraré más de un año desde el principio.

TODOS LOS DEMÁS. ¡¿Qué?!

JUANA. Lo sé de alguna manera.

DUNOIS. ¡Tonterías!

JUANA. Jack, ¿crees que serás capaz de expulsarlos?

DUNOIS. *(Con una convicción tranquila.)* Sí, los expulsaré. Nos vencían porque creíamos que las batallas eran torneos y mercados de rescates. Jugábamos como idiotas mientras que los condenados se lo tomaban muy en serio. Pero he aprendido la lección y les he tomado la medida. Aquí no tienen raíces. Los he derrotado antes y volveré a vencerlos.

JUANA. No serás cruel con ellos, ¿verdad Jack?

DUNOIS. Los condenados no se doblegarán ante un trato amable. Nosotros no lo empezamos.

JUANA. *(De repente.)* Jack, antes de volver a casa, tomemos París.

CARLOS. *(Aterrorizado.)* Oh, no, no. Perderemos todo lo que hemos ganado. Oh, no sigamos con la lucha. Podemos cerrar un tratado muy bueno con el duque de Borgoña.

JUANA. ¡Tratado! *(Golpea el suelo con el pie con impaciencia.)*

CARLOS. Bueno, ¿por qué no, ahora que estoy coronado y ungido? ¡Oh, ese óleo!

*El arzobispo sale de la sacristía y se une al grupo, entre Carlos y Barbazul.*

CARLOS. Arzobispo, la Doncella quiere que volvamos a luchar.

EL ARZOBISPO. Entonces, ¿habíamos dejado de luchar? ¿Estamos en paz?

CARLOS. No, supongo que no, pero contentémonos con lo que hemos conseguido. Acordemos un tratado. Nuestra suerte es demasiado buena para que dure y ahora tenemos la oportunidad de parar antes de que se nos vuelva en contra.

JUANA. ¡Suerte! Dios ha luchado por nosotros y ¡tú lo llamas suerte! ¡Y queréis parar cuando aún hay ingleses en la sagrada tierra de la querida Francia!

EL ARZOBISPO. *(Serio.)* Doncella, el rey se ha dirigido a mí, no a ti. Olvidas tu lugar. Olvidas tu lugar con demasiada frecuencia.

JUANA. *(Indiferente y con bastante dureza.)* Entonces habla tú y dile que es la voluntad de Dios que no aparte su mano del arado.

EL ARZOBISPO. Si no soy tan pródigo con el nombre de Dios como tú, es porque interpreto su voluntad con la autoridad de la Iglesia y de mi sagrado oficio. Cuando llegaste, lo respetabas y no te habrías atrevido a hablar como estás hablando ahora. Llegaste vestida con la virtud de la humildad y, como Dios te recompensó bendiciendo tus acciones, te has manchado con el pecado del orgullo. La vieja tragedia griega se está desarrollando entre nosotros. Es el castigo por la soberbia.

CARLOS. Sí, cree que lo sabe todo mejor que todos los demás.

JUANA. *(Desanimada, pero inocentemente incapaz de ver el efecto que está provocando.)* Pero lo sé mejor de lo que parece que lo sabéis vosotros. Y no soy orgullosa, no hablo nunca hasta que no estoy segura de tener razón.

BARBAZUL. CARLOS. *(Exclaman juntos.)* ¡Ja, ja! Eso es.

EL ARZOBISPO. ¿Cómo sabes que tienes razón?

JUANA. Siempre lo sé. Mis voces...

CARLOS. Oh, tus voces, tus voces. ¿Por qué las voces no me hablan a mí? Yo soy el rey, no tú.

JUANA. Vienen a ti, pero no las escuchas. No te has sentado en el campo al anochecer para escucharlas. Cuando tocan al ángelus te santiguas y ya está, pero, si rezases desde el corazón y escuchases el resonar de las campanas en el aire después de que dejen de repicar, oirías las voces tan bien como yo. *(Se aparta bruscamente de él.)* Pero ¿qué voces necesitas que te digan lo que puede explicarte un herrero: debes golpear cuando el hierro está al rojo? Te digo que se debe realizar una incursión en Compiègne y liberarlo como liberamos Orleans. Después París abrirá sus puertas o, si no lo hace, pasaremos a través de ellas. ¿Qué vale tu corona sin tu capital?

LA HIRE. Eso también lo digo yo. Debemos atravesarlos como un hierro al rojo pasa a través de una libra de mantequilla. ¿Qué dices tú, Bastardo?

DUNOIS. Si las balas de nuestros cañones estuvieran tan al rojo como tu cabeza y tuviéramos suficientes, podríamos conquistar la tierra, sin ninguna duda. Determinación e impetuosidad son buenas sirvientas en la guerra, pero malas amas: nos han entregado en manos de los ingleses cada vez que hemos confiado en ellas. Nunca sabemos cuándo nos derrotan: ese es nuestro gran error.

JUANA. Nunca sabes cuándo has vencido: ese es un error aún peor. Tendré que obligarte a llevar espejos en la batalla para convencerte de que los ingleses no nos han cortado la nariz. Tú y tu consejo de guerra seguiríais sitiados en Orleans si no te hubiera obligado a atacar. Siempre debes atacar y, si consigues resistir el tiempo suficiente, el enemigo será el primero en detenerse. No sabes cómo iniciar una batalla y no sabes cómo usar tus cañones. Y yo sí.

*Se sienta sobre las banderas con las piernas cruzadas y hace pucheros.*

DUNOIS. Sé lo que piensas de nosotros, general Juana.

JUANA. Eso no importa, Jack. Diles lo que piensas de mí.

DUNOIS. Creo que Dios estaba de tu parte, porque no he olvidado cómo cambió el viento y cómo cambiaron nuestros corazones cuando llegaste, y por mi fe no negaré nunca que con tu signo vencimos. Pero como soldado te digo que Dios no es el siervo de un hombre ni tampoco de una doncella. Si eres digno de él, a veces te apartará de las

fauces de la muerte y volverá a ponerte en pie. Pero eso es todo. Cuando vuelves a estar de pie, tienes que luchar con todo tu poder y con toda tu fuerza. Porque él también tiene que ser justo con tu enemigo, no lo olvides. Bueno, a través de ti nos puso en pie en Orleans y la gloria de aquel hecho nos ha impulsado a través de unas pocas buenas batallas hasta llegar aquí, a la coronación. Pero, si seguimos presionando y confiamos en que Dios haga el trabajo que deberíamos hacer nosotros, acabaremos derrotados, ¡y nos lo tendremos merecido!

JUANA. Pero...

DUNOIS. ¡Sh! No he terminado. No creáis ninguno de vosotros que nuestras victorias se consiguieron sin dotes de mando. Rey Carlos: no habéis pronunciado ni una palabra en vuestras proclamas sobre mi papel en esta campaña y no me quejo de ello, porque el pueblo seguirá a la Doncella y sus milagros y no al duro trabajo del Bastardo para encontrarle tropas y alimentarlas. Pero yo sé exactamente todo lo que hizo Dios por nosotros a través de la Doncella y todo lo que él me dejó para que lo hiciera yo con mi propio ingenio, y te digo que ya ha pasado tu tiempo de los milagros y que a partir de este momento quien juegue mejor al juego de la guerra ganará... si la suerte está de su lado.

JUANA. ¡Ah! ¡Si, si, si, si! Si los «si» y los «quizás» fueran ollas y sartenes, no habría necesidad de hojalateros. *(Se levanta impetuosa.)* Te digo, Bastardo, que tu arte de la guerra no sirve para nada, porque tus caballeros no son buenos para el combate de verdad. Para ellos la guerra es solo un juego, como el tenis y todos los demás deportes: establecen reglas sobre lo que es justo y lo que no es justo, y se echan encima una armadura sobre ellos mismos y sobre sus pobres caballos para evitar las flechas y, cuando se caen, no se pueden levantar y tienen que esperar la llegada de sus escuderos para que los levanten para acordar el rescate con el hombre que los ha tirado del caballo. ¿No te das cuenta de que todo eso ya forma parte del pasado? ¿Qué utilidad tiene la armadura contra la pólvora? Y, aunque fueran útiles, ¿crees que los hombres que luchan por Francia y por Dios se detendrán a negociar los rescates, que es de lo que viven la mitad de tus caballeros? No, lucharán para vencer y entregarán sus vidas en manos de Dios cuando entren en batalla, como hago yo. La gente común entiende estas cosas. No pueden permitirse una armadura y no pueden pagar rescates, pero me siguieron medio desnudos a través del foso y por la escala hasta pasar por encima de la muralla. Con ellos se trata de mi vida o de la tuya y ¡Dios defiende a los

justos! Puedes negar con la cabeza, Jack, y Barbazul se puede retorcer su barba de chivo y arrugarme la nariz, pero ¡recuerda el día en que tus caballeros y capitanes se negaron a seguirme para atacar a los ingleses en Orleans! Cerraste las puertas para que no pudiera salir y fueron los ciudadanos y la gente común la que me siguió, forzó las puertas y te mostró el camino para luchar en serio.

BARBAZUL. (*Ofendido.*) No te contentas con ser la papisa Juana, sino que también tienes que ser César y Alejandro al mismo tiempo.

EL ARZOBISPO. El orgullo tiene su castigo, Juana.

JUANA. Oh, no te preocupes de si es o no orgullo, ¿es verdad? ¿Se trata de sentido común?

LA HIRE. Es cierto. La mitad de nosotros teme que le rompan su hermosa nariz y la otra mitad está aquí para pagar sus hipotecas. Deja que lo haga a su manera, Dunois. No lo sabe todo, pero ha elegido el camino correcto. Combatir ya no es lo que era y los que menos saben de ello con frecuencia obtienen los mejores resultados.

DUNOIS. Todo eso lo sé. Yo no lucho siguiendo el estilo antiguo, he aprendido las lecciones de Agincourt, de Poitiers y de Crécy. Sé todas las vidas que costará cualquiera de mis movimientos y, si el movimiento vale la pena lo que cuesta, lo hago y pago el coste. Pero Juana nunca calcula el coste: sigue adelante y confía en Dios. Cree que tiene a Dios en el bolsillo. Hasta el momento ha tenido los números de su lado y ha ganado. Pero conozco a Juana y sé que algún día seguirá adelante cuando solo tenga a diez hombres para hacer el trabajo de un centenar. Y entonces descubrirá que Dios está del lado de los grandes batallones. El enemigo la capturará. Y el hombre afortunado que la capture recibirá dieciséis mil libras del conde de Ouareek.

JUANA. (*Halagada.*) ¡Dieciséis mil libras! Eh, chaval, ¿han ofrecido tanto por mí? No puede existir tanto dinero en el mundo.

DUNOIS. Existe, en Inglaterra. Y ahora decidme, todos vosotros, ¿quién de vosotros levantará un dedo para salvar a Juana cuando la tengan los ingleses? Hablaré yo primero, por el ejército. El día después de que la haya descabalgado un condenado o un borgoñón y no muera fulminado, el día después de que la encierren en una mazmorra y que los barrotes y las cerraduras no se abran por el toque del ángel de san Pedro, el día en que el enemigo descubra que es tan vulnerable como yo y que no es más invencible, para nosotros no valdrá la vida de un solo soldado, y yo no arriesgaré esa vida, por mucho que me alegre de tenerla de camarada de armas.

JUANA. No te culpo, Jack. Tienes razón. No valgo la vida de un soldado si Dios deja que me venzan. Pero es posible que Francia me crea digna de mi rescate después de todo lo que Dios ha hecho por ella a través de mí.

CARLOS. Te recuerdo que no tengo dinero y que esta coronación, que es culpa tuya, me ha costado hasta el último penique que he podido pedir prestado.

JUANA. La Iglesia es más rica que tú. Confío en la Iglesia.

EL ARZOBISPO. Mujer, te arrastrarán por las calles y te quemarán como bruja.

JUANA. *(Corre hacia él.)* Oh, mi señor, no digáis eso. Eso es imposible. ¡Yo, una bruja!

EL ARZOBISPO. Pedro Cauchon conoce su oficio. La Universidad de París ha quemado a una mujer por decir que lo que tú has hecho está bien hecho y sigue la voluntad de Dios.

JUANA. *(Desconcertada.)* Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tiene? Lo que he hecho ha sido seguir la voluntad de Dios. No pueden quemar a una mujer por decir la verdad.

EL ARZOBISPO. Lo han hecho.

JUANA. Pero vos sabéis que decía la verdad. No dejaréis que me quemen.

EL ARZOBISPO. ¿Cómo podría evitarlo?

JUANA. Podríais hablar en nombre de la Iglesia. Sois un gran príncipe de la Iglesia. Yo iría a cualquier parte con la protección de vuestra bendición.

EL ARZOBISPO. No tengo ninguna bendición para ti mientras seas orgullosa y desobediente.

JUANA. Oh, ¿por qué seguís diciendo cosas como esas? No soy orgullosa ni desobediente. Soy una pobre muchacha y tan ignorante que no sé diferenciar la A de la B. ¿Cómo podría ser orgullosa? ¿Y cómo podéis decir que soy desobediente cuando siempre obedezco a mis voces, porque vienen de Dios?

EL ARZOBISPO. La voz de Dios en la Tierra es la voz de la Iglesia militante, y todas las voces que te llegan son el eco de tu terquedad.

JUANA. Eso no es cierto.

EL ARZOBISPO. *(Se sonroja de ira.)* Le dices al arzobispo en su catedral que miente y aún sigues afirmando que no eres orgullosa y desobediente.

JUANA. Nunca he dicho que mintáis. Habéis sido vos quien casi ha llegado a decir que mis voces mienten. ¿Cuándo han mentido? Aunque no queráis creer en ellas, aunque solo sean el eco de mi propio sentido común, ¿no han tenido razón siempre? ¿Y vuestros consejos terrenales no han estado siempre equivocados?

EL ARZOBISPO. (*Indignado.*) Amonestarte es una pérdida de tiempo.

CARLOS. Siempre volvemos a lo mismo. Ella tiene razón y todos los demás estamos equivocados.

EL ARZOBISPO. Toma esto como la última advertencia. Si pereces al situar tu criterio particular por encima de las instrucciones de tus directores espirituales, la Iglesia te repudiará y dejará que te enfrentes al destino que te tenga preparada tu presunción. El Bastardo te ha dicho que, si sigues considerando tus ideas militares por encima del consejo de tus comandantes...

DUNOIS. (*Lo interrumpe.*) Para dejarlo bien claro, si intentas liberar la guarnición en Compiègne sin la misma superioridad numérica que tenías en Orleans...

EL ARZOBISPO. El ejército te abandonará y no te rescatará. Y su majestad el rey te ha dicho que el trono no tiene los medios para rescatarte.

CARLOS. Ni un penique.

EL ARZOBISPO. Estás sola, totalmente sola, confiando en tus ideas, en tu ignorancia, en tu terca presunción, en tu impiedad al ocultar todos estos pecados bajo el manto de la confianza en Dios. Cuando salgas por esas puertas hacia la claridad del sol, la multitud te vitoreará. Te acercarán a sus niños pequeños y a sus inválidos para que los cures, te besarán las manos y los pies y harán todo lo que puedan, pobres almas simples, para trastornarte y enloquecerte con la autoconfianza que te está conduciendo a la destrucción. Pero no estarás menos sola, ellos no pueden salvarte. Nosotros y solo nosotros podemos estar entre tú y la hoguera en la que nuestros enemigos quemaron a esa desdichada mujer en París.

JUANA. (*Con los ojos dirigidos al cielo.*) Tengo mejores amigos y mejores consejos que los vuestros.

EL ARZOBISPO. Veo que estoy hablando en vano a un corazón endurecido. Rechazas nuestra protección y estás decidida a que nos volvamos todos contra ti. En el futuro, entonces, defiéndete a ti misma y, si fracasas, que Dios tenga misericordia de tu alma.

DUNOIS. Esa es la verdad, Juana. Hazle caso.

JUANA. ¿Dónde estaríais ahora todos si hubiera hecho caso de ese tipo de verdades? No hay ayuda ni consejo en ninguno de vosotros. Sí, estoy sola en la Tierra, siempre he estado sola. Mi padre les dijo a mis hermanos que me ahogaran si no me quedaba a cuidar sus ovejas mientras Francia se desangraba hasta la muerte. Francia podía perecer siempre que nuestros corderos estuvieran a salvo. Creía que Francia tendría

amigos en la corte del rey de Francia y solo descubro a lobos que luchan por trozos de su pobre cuerpo desgarrado. Creía que Dios tendría amigos en todas partes, porque él es el amigo de todos, y en mi inocencia creía que vosotros, que ahora me expulsáis, seríais como torres amuralladas que me protegeríais de todo daño. Pero ahora soy más sabia y nadie es peor por ser más sabio. No creáis que podéis asustarme diciéndome que estoy sola. Francia está sola y Dios está solo, y ¿qué es mi soledad ante la soledad de mi país y de mi Dios? Ahora veo que la soledad de Dios es su fuerza. ¿Qué sería de él si atendiese vuestros mezquinos consejos? Bueno, mi soledad también será mi fuerza. Es mejor estar sola con Dios, porque su amistad no me fallará, ni su consejo ni su amor. Confiaré en su fuerza y confiaré y confiaré hasta que muera. Ahora saldré a encontrarme con la gente corriente y dejaré que el amor en sus ojos me consuele del odio en los vuestros. Todos os alegraréis de que me quemén, pero, si paso por el fuego, pasaré por él para entrar en sus corazones para siempre. Y, así, ¡Dios me ayude!

*Se aleja de ellos. Se quedan mirándola en un silencio taciturno durante un momento. Entonces Gilles de Rais se retuerce la barba.*

BARBAZUL. Sé que la mujer es bastante imposible. En realidad no me disgusta, pero ¿qué se puede hacer con semejante carácter?

DUNOIS. Dios es mi testigo de que, si cayera al Loira, saltaría con la armadura completa para rescatarla. Pero, si hace el idiota en Compiègne y la capturan, tendré que dejar que se enfrente a su destino.

LA HIRE. Entonces será mejor que me encadenes, porque podría seguirla hasta el infierno cuando el espíritu estalla en ella de esa manera.

EL ARZOBISPO. También perturba mi buen juicio y hay un poder peligroso en sus arrebatos. Pero el pozo está abierto a sus pies y para bien o para mal no podemos apartarla de él.

CARLOS. ¡Si se estuviera quieta o regresara a casa!

*La siguen abatidos.*

## ESCENA VI

*Ruan, 30 de mayo de 1431. Una gran sala de piedra en el castillo dispuesta para un tribunal de justicia, pero no para un tribunal con jurado, puesto que el tribunal es el del obispo con la participación de la Inquisición, por eso han instalado dos sillones elevados uno junto al otro, para el obispo y para el inquisidor como jueces. Filas de sillas están dispuestas a partir de ahí en un ángulo obtuso para los canónigos, los doctores en derecho y teología y los frailes dominicos, que actúan como asesores. En el ángulo se encuentra la mesa para los escribanos, con taburetes. También hay un pesado taburete de madera para la prisionera. Todo esto se encuentra en la parte anterior de la sala. El extremo más alejado se abre al patio a través de una fila de arcos. El tribunal está protegido del tiempo por toldos y cortinas.*

*Si se mira la gran sala desde el centro de la parte anterior, las sillas judiciales y la mesa de los escribanos se encuentran a la derecha. El taburete de la prisionera está a la izquierda. Hay puertas con arcos a derecha e izquierda. Es una hermosa y soleada mañana de mayo.*

*Warwick entra a través de la puerta con arco del lado de los jueces seguido de su paje.*

EL PAJE. *(Con descaro.)* Supongo que vuestra señoría es consciente de que no tenemos nada que hacer aquí. Se trata de un tribunal eclesiástico y nosotros somos solo el brazo secular.

WARWICK. Soy consciente de ese hecho. ¿Complacería a tu insolencia buscar al obispo de Beauvais para mí e indicarle que aquí podemos intercambiar unas palabras antes del juicio, si lo desea?

EL PAJE. *(Se va.)* Sí, mi señor.

WARWICK. Y compórtate. No te dirijas a él como Pedro el Piadoso.

EL PAJE. No, mi señor. Seré amable con él, porque, cuando traigan a la Doncella, Pedro el Piadoso tendrá que enfrentarse a un asunto muy delicado.

*Cauchon entra por la misma puerta con un fraile dominico y un canónigo que lleva un escrito.*

EL PAJE. El muy reverendo monseñor obispo de Beauvais. Y otros dos reverendos caballeros.

WARWICK. Sal y procura que no nos interrumpen.

EL PAJE. Desde luego, mi señor. *(Desaparece satisfecho.)*

CAUCHON. Le deseo los buenos días a vuestra señoría.

WARWICK. Buenos días a vuestra señoría. ¿He tenido el placer de ser presentado con anterioridad a vuestros amigos? Creo que no.

CAUCHON. *(Presenta al fraile, que está a su derecha.)* Este, mi señor, es el hermano Juan Lemaître, de la orden de santo Domingo. Actúa como delegado del inquisidor general contra los males de la herejía en Francia. Fray Juan, el conde de Warwick.

WARWICK. Doy mi más calurosa bienvenida a vuestra reverencia. No tenemos ningún inquisidor en Inglaterra, desgraciadamente; aunque lo echamos mucho en falta, en especial en ocasiones como la actual.

*El inquisidor sonríe pacientemente y hace una reverencia. Se trata de un caballero anciano y bondadoso, pero queda claro que tiene reservas de autoridad y firmeza.*

CAUCHON. *(Presenta al canónigo, que está a su izquierda.)* Este caballero es el canónigo Juan d'Estivet, del capítulo de Bayeux. Actúa como promotor.

WARWICK. ¿Promotor?

CAUCHON. En los tribunales civiles recibe el nombre de fiscal.

WARWICK. ¡Ah! Fiscal. Entiendo, entiendo. Estoy encantado de conocerle, canónigo D'Estivet.

*D'Estivet hace una reverencia. Acaba de alcanzar la madurez y tiene unos modales refinados, pero esconde una gran astucia bajo esa apariencia.*

WARWICK. ¿Puedo preguntar en qué fase se encuentra el procedimiento? Han pasado más de nueve meses desde que los borgoñones capturaron a la Doncella en Compiègne. Han pasado casi cuatro meses enteros desde que se la compré a los borgoñones por una suma muy bonita, únicamente para que la llevaran ante la justicia. Hace casi tres

meses desde que os la entregué, mi señor obispo, como persona sospechosa de herejía. ¿Puedo sugerir que os estáis tomando un tiempo bastante poco razonable para llegar a una conclusión sobre un caso muy sencillo? ¿Este juicio no se va a acabar nunca?

EL INQUISIDOR. (*Sonríe.*) Aún no ha empezado, mi señor.

WARWICK. ¡Aún no ha empezado! ¿Por qué? ¡Lleváis once semanas con él!

CAUCHON. No hemos estado ociosos, mi señor. Hemos realizado quince interrogatorios a la Doncella: seis públicos y nueve privados.

EL INQUISIDOR. (*Siempre sonriendo pacientemente.*) Verá, mi señor, solo he estado presente en dos de esos interrogatorios. Eran únicamente procedimientos del tribunal del obispo y no del Santo Oficio. Acabo de tomar la decisión de unirme, es decir, de unir la Santa Inquisición, al tribunal episcopal. Al principio no creía que este fuera en absoluto un caso de herejía. Pero, ahora que he estado presente en dos de los interrogatorios, debo admitir que parece ser uno de los casos más graves de herejía a los que he podido asistir. Por eso ahora ya está todo en orden y procederemos con el juicio esta mañana. (*Se dirige hacia las sillas de los jueces.*)

CAUCHON. En este mismo instante, si vuestra señoría lo permite.

WARWICK. (*Afable.*) Bueno, esa es una buena noticia, caballeros. No voy a intentar ocultarles que nuestra paciencia estaba empezando a agotarse.

CAUCHON. Así he podido deducirlo de las amenazas de vuestros soldados de ahogar a aquellos de nuestra gente que favoreciesen a la Doncella.

WARWICK. ¡Dios santo! En cualquier caso, sus intenciones eran amistosas con vos, mi señor.

CAUCHON. (*Serio.*) Me parece que no. Estoy decidido a que la mujer tenga un juicio justo. La justicia de la Iglesia no es una broma, mi señor.

EL INQUISIDOR. (*Regresa.*) Según mi experiencia, nunca ha habido un interrogatorio más justo, mi señor. La Doncella no necesita abogados que la defiendan, va a ser juzgada por sus amigos más fieles, todos ellos ardientemente deseosos de salvar su alma de la perdición.

D'ESTIVET. Señor, yo soy el promotor y ha sido mi penoso deber presentar la acusación contra la muchacha, pero, creedme, en el día de hoy dejaría de lado mi acusación y correría en su defensa si no supiera que hombres muy superiores a mí en conocimiento y piedad, en elocuencia y capacidad de persuasión, han estado aquí para razonar con ella, para explicarle el peligro que está corriendo y la facilidad con la que puede

evitarlo. *(Se deja llevar de repente por un arrebató de elocuencia letrada, para disgusto de Cauchon y del inquisidor, que hasta el momento lo han estado escuchando con una aprobación condescendiente.)* La gente se ha atrevido a afirmar que actuamos movidos por el odio, pero Dios es nuestro testigo de que mienten. ¿La hemos torturado? No. ¿Hemos dejado de exhortarla, de implorarle que se apiade de sí misma, que vuelva al regazo de su Iglesia como una hija descarriada pero amada? ¿Hemos...?

CAUCHON. *(Lo interrumpe con sequedad.)* Tened cuidado, canónigo. Todo lo que decís es cierto, pero, si conseguís que su señoría se lo crea, no podré responder de vuestra vida y a duras penas de la mía.

WARWICK. *(Desdeñoso, pero en ningún caso lo niega.)* Oh, mi señor, sois muy duro con nosotros, pobres ingleses. Pero es cierto que no compartimos vuestro deseo piadoso de salvar a la Doncella. De hecho, os digo ahora con toda claridad que su muerte es una necesidad política que lamento, pero que no puedo evitar. Si la Iglesia la deja ir...

CAUCHON. *(Con un orgullo fiero y amenazante.)* ¡Si la Iglesia la deja ir, pobre del hombre, aunque fuera el emperador en persona, que se atreviera a ponerle un dedo encima! La Iglesia no está sometida a las necesidades políticas, mi señor.

EL INQUISIDOR. *(Se interpone con suavidad.)* No necesitáis preocuparos por el resultado, mi señor. En este asunto tenéis un aliado invencible, uno que está mucho más decidido que vos a que acabe en la hoguera.

WARWICK. ¿Y quién es ese aliado tan oportuno, si me permitís la pregunta?

EL INQUISIDOR. La propia Doncella. Excepto que le pongáis una mordaza en la boca, no podréis evitar que se condene diez veces cada vez que la abre.

D'ESTIVET. Eso es totalmente cierto, mi señor. Se me eriza el cabello en la cabeza cuando oigo a una criatura tan joven expresar semejantes blasfemias.

WARWICK. Bien, en cualquier caso, haced todo lo que podáis por ella si estáis bien seguros de que no servirá de nada. *(Mira con dureza a Cauchon.)* Sentiría mucho tener que actuar sin la bendición de la Iglesia.

CAUCHON. *(Con una mezcla de admiración cínica y desprecio.)* ¡Y aún así dicen que los ingleses son unos hipócritas! Jugáis a vuestro favor, mi señor, aún a costa de poner en peligro vuestra alma. No puedo más que admirar semejante devoción, pero yo no me atrevo a llegar tan lejos. Temo la condenación.

WARWICK. Si le tuviéramos miedo a algo, nunca podríamos gobernar Inglaterra, mi señor. ¿Queréis que haga pasar a vuestra gente?

CAUCHON. Sí, sería muy bueno para vuestra señoría que se retirase y permitiera que se reúna el tribunal.

*Warwick gira sobre los talones y sale a través del patio. Cauchon ocupa una de las sillas de los jueces y D'Estivet se sienta ante la mesa de los escribanos para estudiar su documento.*

CAUCHON. *(Con indiferencia, mientras se acomoda.)* ¡Estos nobles ingleses son unos canallas!

EL INQUISIDOR. *(Ocupa la otra silla para los jueces, a la izquierda de Cauchon.)* Cualquier poder secular convierte a los hombres en canallas. No están preparados para su labor y no disponen de la sucesión apostólica. Nuestros propios nobles son igual de malos.

*Los asesores del obispo entran de prisa en la sala, encabezados por el capellán de Stogumber y por el canónigo de Courcelles, un joven sacerdote de treinta años. Los escribanos se sientan a la mesa y dejan una silla vacía en frente de D'Estivet. Algunos de los asesores se sientan, otros se quedan charlando de pie, esperando el inicio formal del juicio. De Stogumber, ofendido y obstinado, no quiere ocupar su asiento, al igual que el canónigo, que se encuentra a su derecha.*

CAUCHON. Buenos días, maese de Stogumber. *(Al Inquisidor.)* Capellán del cardenal de Inglaterra.

EL CAPELLÁN. *(Lo corrige.)* De Winchester, mi señor. Debo presentar una protesta, mi señor.

CAUCHON. Presentáis demasiadas.

EL CAPELLÁN. No carezco de apoyos, mi señor. Aquí tenéis a maese de Courcelles, canónigo de París, que se une a mi protesta.

CAUCHON. Está bien, ¿de qué se trata?

EL CAPELLÁN. *(Malhumorado.)* Hablad vos, maese de Courcelles, porque no parece que yo disfrute de la confianza de su señoría. *(Se sienta enfadado al lado de Cauchon, a su derecha.)*

COURCELLES. Mi señor, hemos tenido muchas dificultades para presentar una acusación contra la Doncella por sesenta y cuatro delitos. Ahora nos han informado de que los han reducido sin consultarnos.

EL INQUISIDOR. Maese de Courcelles, yo soy el culpable. Estoy abrumado de admiración por el celo desplegado en vuestras sesenta y cuatro acusaciones, pero, al acusar a un hereje, como en otros casos, no resulta conveniente excederse. También debéis recordar que todos los miembros del tribunal no son tan sutiles y profundos como vos, y que parte del resultado de vuestros muy profundos conocimientos a ellos puede parecerles un sinsentido muy grande. Por eso he reflexionado con mucho detenimiento para reducir vuestros sesenta y cuatro artículos a doce...

COURCELLES. *(Atónito.)* ¡¡¡Doce!!!

EL INQUISIDOR. Creedme que doce son más que suficientes para vuestro propósito.

EL CAPELLÁN. Pero algunos de los puntos más importantes han quedado reducidos casi a nada. Por ejemplo, la Doncella ha declarado que las benditas santas Margarita y Catalina, y el santo arcángel Miguel, le hablaron en francés. Este es un punto vital.

EL INQUISIDOR. ¿Creéis, indudablemente, que deberían haber hablado en latín?

CAUCHON. No, cree que deberían haber hablado en inglés.

EL CAPELLÁN. Naturalmente, mi señor.

EL INQUISIDOR. Bien, como, según creo, todos estamos de acuerdo en que esas voces de la Doncella son las voces de espíritus malvados que la tientan para que se condene, no sería demasiado cortés para vos, maese de Stogumber, o para el rey de Inglaterra, asumir que el inglés es la lengua natal del diablo. Así que dejémoslo de lado. La cuestión no se ha omitido por completo de los doce artículos. Os ruego que ocupéis vuestros puestos, caballeros, y que comencemos con el juicio.

*Todos los que no habían tomado asiento lo hacen.*

EL CAPELLÁN. Bueno, protesto. Eso es todo.

COURCELLES. Resulta difícil aceptar que todo nuestro trabajo ha sido en vano. Solo se trata de otro ejemplo de la influencia diabólica que esta mujer ejerce sobre el tribunal.  
*(Toma asiento, que se encuentra a la derecha del capellán.)*

CAUCHON. ¿Sugerís que me encuentre bajo influencia diabólica?

COURCELLES. No sugiero nada, mi señor. Pero me parece que aquí hay una conspiración para ocultar el hecho de que la Doncella robó el caballo del obispo de Senlis.

CAUCHON. *(Se contiene con dificultad.)* Este no es un tribunal criminal. ¿Vamos a perder el tiempo con semejantes naderías?

COURCELLES. *(Se levanta, atónito.)* Mi señor, ¿consideráis que el caballo del obispo es una nadería?

EL INQUISIDOR. *(Con suavidad.)* Maese de Courcelles, la Doncella alega que pagó espléndidamente por el caballo del obispo y que, si él no recibió el dinero, no fue culpa suya. Como es posible que eso sea verdad, se trata de un cargo del que se podría absolver a la Doncella.

COURCELLES. Sí, si hubiera sido un caballo ordinario. Pero ¡era el caballo del obispo! ¿Cómo se la puede absolver de eso? *(Se sienta de nuevo, perplejo y desanimado.)*

EL INQUISIDOR. Pongo en vuestro conocimiento, con gran respeto, que, si insistimos en juzgar a la Doncella por cuestiones insignificantes de las que quizá nos veamos obligados a declararla inocente, se nos puede escapar por la gran acusación de herejía, en la que parece que ella misma insiste, por el momento, en su culpabilidad. Por eso os pido que, cuando traigan a la Doncella ante nosotros, no digáis nada de esos robos de caballos, de los bailes alrededor de árboles mágicos con los niños de su aldea, de los rezos ante pozos encantados y una docena de cosas más que estabais investigando con toda diligencia hasta mi llegada. No existe ninguna muchacha campesina en Francia contra la que no se pudieran probar dichos cargos: todas bailan alrededor de árboles mágicos y rezan en pozos encantados. Algunas de ellas robarían el caballo del papa si tuvieran la oportunidad. Herejía, caballeros, herejía es la acusación que debemos juzgar. La detección y la supresión de la herejía es mi labor particular. estoy aquí como inquisidor, no como un magistrado ordinario. Ceñíos a la herejía, caballeros, y dejad de lado las otras cuestiones.

CAUCHON. Debo decir que hemos realizado averiguaciones en la aldea de la muchacha y que prácticamente no hay nada serio en su contra.

EL CAPELLÁN. *(Él y Courcelles se levantan y exclaman al unísono.)* Nada serio, mi señor... ¡Qué!

COURCELLES. El árbol mágico no...

CAUCHON. *(Pierde la paciencia.)* Silencio, caballeros, o hablad uno detrás del otro.

*Courcelles se deja caer en la silla, intimidado.*

EL CAPELLÁN. (*Vuelve a sentarse a regañadientes.*) Eso es lo que nos dijo la Doncella el pasado viernes.

CAUCHON. Me habría gustado que siguierais su consejo, señor. Cuando digo nada serio, me refiero a nada que hombres con la mente lo suficientemente abierta para realizar una investigación como esta considerarían serio. Estoy de acuerdo con mi colega el inquisidor en que debemos proceder con la acusación de herejía.

LADVENU. (*Un dominico joven pero ascéticamente delgado que está sentado a la derecha de Courcelles.*) Pero ¿hay algún daño importante en la herejía de la muchacha? ¿No se trata sencillamente de su simpleza? Muchos santos han dicho lo mismo que Juana.

EL INQUISIDOR. (*Deja de lado su suavidad y habla con gran seriedad.*) Fray Martín, si hubierais visto lo que yo he visto de la herejía, no pensaríais que hay nada leve en ella, aunque en apariencia sea inofensiva y tenga unos orígenes encantadores y piadosos. La herejía empieza con las personas que en apariencia son mejores que sus vecinos. Una muchacha amable y piadosa o un joven que ha obedecido el mandamiento de Nuestro Señor de entregar todas sus riquezas a los pobres y que se pone el manto de la pobreza, se entrega a una vida de austeridad y se gobierna por la regla de la humildad y la caridad puede ser el fundador de una herejía que destruirá tanto a la Iglesia como al imperio si no se la aplasta sin compasión en el momento adecuado. Los archivos de la Santa Inquisición están llenos de historias que no nos atrevemos a entregar al mundo porque están más allá de la capacidad de comprensión de los hombres honestos y de las mujeres inocentes, pero siempre tuvieron su inicio con santos simplones. Lo he visto una y otra vez. Tomad nota de lo que os voy a decir: la mujer que se pelea con su ropa y se viste como un hombre es como el hombre que tira su ropa de cuero y se viste como Juan el Bautista, y serán seguidos, con la misma seguridad que la noche sigue al día, por bandas de mujeres y hombres salvajes que se negarán a llevar ningún tipo de ropa. Cuando las doncellas se niegan a casarse o a tomar los votos y los hombres rechazan el matrimonio y exaltan su lujuria como inspiración divina, entonces, tan seguro como que el verano sigue a la primavera, empiezan por la poligamia y terminan por el incesto. Al principio, la herejía parece inocente e incluso loable, pero termina en un horror tan monstruoso de maldad

antinatural que incluso el más compasivo entre vosotros, si la vierais en acción como yo la he visto, clamará contra la misericordia de la Iglesia cuando se enfrenta a ella. Durante doscientos años el Santo Oficio se ha ocupado de estas locuras diabólicas y sabe que siempre empiezan con personas envanecidas e ignorantes que sostienen su propia opinión en contra de la Iglesia y asumen el papel de ser los intérpretes de la voluntad de Dios. No debéis caer en el error habitual de confundir a estos simplones con mentirosos e hipócritas. Crean honesta y sinceramente que su inspiración diabólica es divina. Por eso debéis estar en guardia contra vuestra compasión natural. Espero que todos seáis hombres misericordiosos, ¿de qué otra manera habríais podido dedicar vuestra vida al servicio de nuestro amado Salvador? Veréis delante de vosotros a una joven, piadosa y casta, porque os he de confesar, caballeros, que las acusaciones planteadas por nuestros amigos ingleses no se apoyan en prueba alguna, mientras que son abundantes los testimonios de que sus excesos han sido excesos de religión y de caridad, no de mundanidad ni lascivia. Esta muchacha no es de las que tienen unos rasgos duros que son señal de un corazón duro ni de las que su apariencia descarada y su comportamiento lascivo las condenan antes de ser acusadas. La arrogancia diabólica que la ha llevado hasta el peligro actual no ha dejado ninguna señal en su apariencia. Por muy extraño que pueda pareceros, ni siquiera ha dejado una marca en su carácter, a excepción de esas cuestiones especiales de las que se siente orgullosa, de manera que veréis una arrogancia diabólica y una humildad natural establecidas codo con codo en la misma alma. Por eso estad en guardia. Dios me impide que os pida que endurezcáis vuestro corazón, porque su castigo, si la condenamos, será tan cruel que deberemos descartar cualquier esperanza de misericordia divina si hubiera un solo grano de malicia contra ella en nuestro corazón. Pero, si odiáis la crueldad, y si cualquier hombre de los que están aquí no la odia, le ordeno por la salvación de su alma que abandone este santo tribunal; como iba diciendo, si odiáis la crueldad, recordad que nada es tan cruel en sus consecuencias como tolerar la herejía. Recordad también que ningún tribunal de justicia puede ser tan cruel como lo es el pueblo común contra aquellos a los que cree sospechosos de herejía. Los herejes en manos del Santo Oficio están a salvo de la violencia, se les asegura un juicio justo y no pueden ser condenados a muerte, aunque sean culpables, si el arrepentimiento sigue al pecado. Se han salvado innumerable vidas de herejes porque el Santo Oficio los ha arrebatado de manos del pueblo y porque el pueblo los

ha entregado, pues sabía que el Santo Oficio iba a juzgarlos. Antes de la existencia de la Santa Inquisición, e incluso cuando no están a mano sus funcionarios, el desgraciado sospechoso de herejía, quizá por ignorancia e injustamente, muere lapidado, descuartizado, ahogado, quemado en su casa con todos sus hijos inocentes, sin juicio, sin confesión, insepulto, excepto como se entierra a un perro. Todos estos actos son odiosos para Dios y de extrema crueldad para el hombre. Caballeros, soy compasivo tanto por naturaleza como por mi profesión y, aunque la labor que debo realizar pueda parecer cruel a los que no saben que sería mucho más cruel no hacerla, subiría a la hoguera antes de hacerla si no estuviera convencido de su rectitud, de su necesidad, de su misericordia esencial. Os pido que os impliquéis en este juicio imbuidos de dicha convicción. La ira es un mal consejero, expulsad vuestra ira. La piedad es a veces peor, eliminad vuestra piedad. Pero no os quedéis sin misericordia. Recordad solo que lo primero es la justicia. ¿Tenéis algo que decir, mi señor, antes de que iniciemos el juicio?

CAUCHON. Habéis hablado por mí y habéis hablado mucho mejor de lo que podría haberlo hecho yo. No veo la manera en que ningún hombre cuerdo pudiera estar en desacuerdo con ninguna de las palabras que habéis pronunciado. Pero quiero añadir lo siguiente. Las herejías vulgares de las que nos habéis hablado son terribles, pero su horror es como el de la muerte negra: atacan durante un tiempo y después mueren, porque ningún arrebatado conseguirá que hombres sensatos y sensibles se dejen llevar por la desnudez, el incesto, la poligamia y otras cosas por el estilo. Pero hoy nos enfrentamos por toda Europa a una herejía que se está extendiendo entre los hombres que no son débiles de mente ni tienen una enfermedad en el cerebro, no, cuanto más fuerte la mente, más obstinado es el hereje. No se desacredita por delirios fantasiosos ni está corrompida por la lujuria común de la carne, sino que hace prevalecer el juicio privado del individuo mortal y equivocado contra la sabiduría y la experiencia demostradas de la Iglesia. La poderosa estructura de la cristiandad católica no se verá conmovida nunca por locos desnudos o por los pecados de Moab y Amón. Pero pueden traicionarla desde dentro y conducirla a la ruina y a la desolación completas por esta archiherejía que el comandante inglés llama protestantismo.

LOS ASESORES. (*Susurran.*) ¡Protestantismo! ¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir el obispo? ¿Es una herejía nueva? Ha dicho el comandante inglés. ¿Habéis oído hablar alguna vez del protestantismo?...

CAUCHON. *(Continúa.)* Y eso me recuerda: ¿qué medida ha tomado el conde de Warwick para la defensa del brazo secular si la Doncella se muestra obstinada y el pueblo se siente movido a apiadarse de ella?

EL CAPELLÁN. No temáis por ese lado, mi señor. El noble conde tiene ochocientos hombres armados a las puertas. No se va a escapar de nuestros dedos ingleses aunque toda la ciudad se ponga de su lado.

CAUCHON. *(Escandalizado.)* ¿No vais a añadir que Dios quiera que se arrepienta y purgue su pecado?

EL CAPELLÁN. No considero que sea importante, pero, por supuesto, estoy de acuerdo con vuestra señoría.

CAUCHON. *(Lo deja por imposible y se encoje de hombros con desprecio.)* El tribunal abre la sesión.

EL INQUISIDOR. Que traigan a la acusada.

LADVENU. *(Grita.)* La acusada. Que la traigan.

*Juana, con los tobillos encadenados, entra a través del arco de la puerta situada detrás del taburete de la prisionera, acompañada por una guardia de soldados ingleses. Con ellos entran el verdugo y sus ayudantes. La conducen hasta el taburete de la prisionera y se colocan detrás de él después de quitarle las cadenas. Ella viste un traje negro de paje. Su largo encarcelamiento y la dureza de los interrogatorios que han precedido al juicio han dejado marcas en ella, pero su vitalidad sigue presente. Se enfrenta imperturbable al tribunal, sin signo del temor reverencial que parece requerir su solemne formalidad, que tiene por objeto impresionarla por completo.*

EL INQUISIDOR. *(Amable.)* Siéntate, Juana. *(Ella se sienta en el taburete de la prisionera.)* Hoy estás muy pálida. ¿No te encuentras bien?

JUANA. Agradezco vuestro interés, estoy bastante bien. Pero el obispo me envió unas carpas y no me han sentado bien.

CAUCHON. Lo siento. Les dije que comprobasen que eran frescas.

JUANA. Queríais ser bueno conmigo, lo sé, pero se trata de un pescado que no me sienta bien. Los ingleses creyeron que intentabais envenenarme...

CAUCHON. EL CAPELLÁN. *(Juntos.)* ¡Qué! No, señor.

JUANA. (*Continúa.*) Están decididos a que me queman como bruja y enviaron a su médico para que me curase, pero le prohibieron que me sangrara porque esa gente estúpida cree que la brujería de una bruja la abandona si sangra, así que se limitó a insultarme. ¿Por qué me habéis dejado en manos de los ingleses? Debería estar en manos de la Iglesia. ¿Y por qué debo tener los pies encadenados a un tronco de madera? ¿Tenéis miedo de que huya volando?

D'ESTIVET. (*Con dureza.*) Mujer, no eres nadie para interrogar al tribunal, sino que somos nosotros los encargados de interrogarte.

COURCELLES. Cuando estabas sin encadenar, ¿no intentaste escapar saltando desde una torre de casi veinte metros de altura? Si no puedes volar como una bruja, ¿cómo es que aún estás viva?

JUANA. Supongo que porque la torre no era entonces tan alta. Ha ganado altura cada día desde que empezasteis a preguntarme sobre eso.

D'ESTIVET. ¿Por qué saltaste desde la torre?

JUANA. ¿Cómo sabéis que salté?

D'ESTIVET. Te encontraron tendida en el foso. ¿Por qué abandonaste la torre?

JUANA. ¿Por qué iba a abandonar alguien la cárcel si tiene la oportunidad de salir?

D'ESTIVET. ¿Intentaste escapar?

JUANA. Por supuesto que sí, y no era la primera vez. Si dejáis abierta la puerta de la jaula, el pájaro saldrá volando.

D'ESTIVET. (*Se levanta*) Eso es una confesión de herejía. Llamo la atención del tribunal sobre ello.

JUANA. ¡Lo llamáis herejía! ¿Soy una hereje porque intenté escapar de mi prisión?

D'ESTIVET. Desde luego, si estás en manos de la Iglesia y escapas voluntariamente de sus manos, estás abandonando la Iglesia, y eso es herejía.

JUANA. Eso es una gran tontería. Nadie puede ser tan idiota de creer eso.

D'ESTIVET. ¿Oís, mi señor, cómo me injuria esta mujer en el cumplimiento de mi deber?  
(*Se sienta indignado.*)

CAUCHON. Ya te he advertido con anterioridad, Juana, de que no te haces ningún bien con estas respuestas impertinentes.

JUANA. Pero es que no decís más que insensateces. Yo soy razonable si sois razonables.

EL INQUISIDOR. (*Interviene.*) Esto no es correcto. Olvidáis, maese promotor, que la sesión aún no se ha abierto formalmente. El momento del interrogatorio llegará después de

que haya jurado sobre los Evangelios que nos dirá toda la verdad.

JUANA. Cada vez me decís lo mismo. Os he dicho una y otra vez que os diré todo lo que hace referencia a este juicio. Pero no puedo deciros toda la verdad. Dios no permite que se diga toda la verdad. No la comprendéis cuando os la digo. Un antiguo proverbio dice que quien dice demasiadas verdades acaba colgado. Estoy cansada de este argumento: ya hemos vuelto nueve veces sobre él. He jurado todo lo que estoy dispuesta a jurar y no voy a jurar nada más.

COURCELLES. Mi señor, se la debería someter a tortura.

EL INQUISIDOR. ¿Oyes, Juana? Esto es lo que les ocurre a los obstinados. Piensa antes de contestar. ¿Se le han mostrado los instrumentos?

EL VERDUGO. Están dispuestos, mi señor. Ella los ha visto.

JUANA. Si me arrancáis miembro tras miembro hasta separar mi alma del cuerpo, no vais a obtener nada más de lo que ya os he explicado. ¿Qué más puedo decir que vos seáis capaz de comprender? Además, no podré soportar el dolor y, si me hacéis daño, diré cualquier cosa para detener el dolor. Pero después me retractaré de todo, así pues, ¿de qué va a servir?

LADVENU. Tiene mucha razón. Deberíamos proceder con misericordia.

COURCELLES. Pero es costumbre utilizar la tortura.

EL INQUISIDOR. No se debe aplicar de manera caprichosa. Si la acusada confiesa voluntariamente, entonces su uso no está justificado.

COURCELLES. Pero eso es inusual e irregular. Ella se niega a prestar juramento.

LADVENU. (*Disgustado.*) ¿Queréis torturar a la muchacha por el simple placer de hacerlo?

COURCELLES. (*Desconcertado.*) Pero no se trata de placer. Es la ley. Es la costumbre. Es como se ha hecho siempre.

EL INQUISIDOR. Eso no es así, maese, excepto cuando la investigación está en manos de personas que no conocen los fundamentos legales.

COURCELLES. Pero la mujer es una hereje. Os aseguro que siempre se aplica.

CAUCHON. (*Tajante.*) Hoy no se aplicará si no es necesario. Dejadla en paz y terminemos con esto. No quiero que se diga que proseguimos con confesiones forzadas. Le hemos enviado a esta mujer nuestros mejores predicadores y doctores para exhortarla e implorarle que salve su alma y su cuerpo del fuego: ahora no vamos a enviar al verdugo para que la arroje a las llamas.

COURCELLES. Vuestra señoría es misericordioso, por supuesto. Pero es una gran responsabilidad apartarse de las prácticas habituales.

JUANA. Sois un idiota extraordinario, maese. ¿Hacer lo que se hizo la última vez es vuestra regla?

COURCELLES. *(Se levanta.)* Impertinente. ¿Te atreves a llamarme idiota?

EL INQUISIDOR. Paciencia, maese, paciencia, me temo que muy pronto seréis vengado de una manera terrible.

COURCELLES. *(Murmura.)* Pero ¡aún así, idiota! *(Se sienta, muy descontento.)*

EL INQUISIDOR. Mientras tanto, no nos dejemos impresionar por el lado más rudo de la lengua de una pastorcilla.

JUANA. No, no soy una pastorcilla, aunque he ayudado con las ovejas como todo el mundo. Puedo competir con cualquier mujer de Ruan en las labores domésticas de una dama, como hilar o tejer.

EL INQUISIDOR. Este no es el momento de envanecerse, Juana. Te enfrentas a un gran peligro.

JUANA. Lo sé. ¿No he sido castigada por mi vanidad? Si no hubiera llevado en la batalla mi sobreveste dorada como una tonta, el soldado borgoñón nunca me habría derribado del caballo y no estaría aquí.

EL CAPELLÁN. Si eres tan hábil en las tareas femeninas, ¿por qué no te quedaste en casa para hacerlas?

JUANA. Hay un montón de mujeres para ello, pero no hay nadie que realice mi trabajo.

CAUCHON. ¡Vamos! Estamos perdiendo el tiempo con chanzas. Juana, te voy a formular una pregunta de lo más solemne. Piensa muy bien lo que respondes, porque tu vida y tu salvación están en juego. ¿Aceptarás por todo lo que hayas dicho y hecho, sea bueno o malo, el juicio de la Iglesia de Dios en la Tierra? Para ser más preciso, en cuanto a los actos y las palabras que te imputa el promotor en este juicio, ¿someterás tu caso a la interpretación inspirada de la Iglesia militante?

JUANA. Soy una hija fiel de la Iglesia. Obedeceré a la Iglesia...

CAUCHON. *(Se inclina hacia delante esperanzado.)* ¿Lo harás?

JUANA. ... siempre que no ordene nada imposible.

*Cauchon se vuelve a reclinar en la silla con un profundo suspiro. El inquisidor frunce los labios y el ceño. Ladvenu mueve la cabeza con lástima.*

D'ESTIVET. Imputa a la Iglesia el error y la locura de ordenar lo imposible.

JUANA. Si me ordenáis que declare que todo lo que he hecho y dicho y que todas las visiones y las revelaciones que he tenido no proceden de Dios, entonces eso es un imposible: no lo declararé por nada en el mundo. Nunca me retractaré de lo que Dios me hizo hacer y no renunciaré a todo lo que él ha ordenado o quiera ordenar, pese a quien pese. Eso es lo que quiero decir con imposible. Y, en el caso de que la Iglesia me pidiese hacer algo contrario a los mandamientos que he recibido de Dios, me negaré a hacerlo, sin importar lo que sea.

LOS ASESORES. (*Escandalizados e indignados.*) ¡Oh! ¡La Iglesia en contra de Dios! ¿Qué más vas a decir ahora? Herejía clara. Esto está más allá de todo...

D'ESTIVET. (*Tira el documento.*) Mi señor, ¿necesitáis algo más que esto?

CAUCHON. Mujer, has dicho lo suficiente para quemar a diez herejes. ¿No has sido avisada? ¿No lo comprendes?

EL INQUISIDOR. Si la Iglesia militante te dice que el diablo te ha enviado tus revelaciones y tus visiones para tentarte y que te condenes, ¿no creerás que la Iglesia es más sabia que tú?

JUANA. Creo que Dios es más sabio que yo, y cumpliré sus mandamientos. Todas las cosas que llamáis mis crímenes me han venido como mandamientos de Dios. Digo que los he hecho por orden de Dios y me resulta imposible decir cualquier otra cosa. Si algún clérigo dice lo contrario, no le haré caso. Solo le haré caso a Dios, cuyos mandamientos sigo siempre.

LADVENU. (*Le suplica con vehemencia.*) No sabes lo que estás diciendo, muchacha. ¿Quieres matarte? Escucha. ¿No crees que estás sometida a la Iglesia de Dios en la Tierra?

JUANA. Sí. ¿Cuándo lo he negado?

LADVENU. Bien. ¿Eso significa, o no, que estás sometida a nuestro señor el papa, a los cardenales, a los arzobispos y a los obispos que en el día de hoy representa su señoría?

JUANA. Primero hay que servir a Dios.

D'ESTIVET. ¿Entonces tus voces te ordenan que no te sometas a la Iglesia militante?

JUANA. Mis voces no me dicen que desobedezca a la Iglesia, sino que primero hay que servir a Dios.

CAUCHON. ¿Y eres tú, y no la Iglesia, quien debe juzgar?

JUANA. ¿Con qué otro juicio puedo juzgar si no es con el mío?

LOS ASESORES. (*Escandalizados.*) ¡Oh! (*No pueden encontrar las palabras.*)

CAUCHON. De tu boca ha salido tu condena. Hemos procurado por tu salvación hasta el borde de caer en el pecado. Te hemos abierto la puerta una y otra vez, y tú la has cerrado en nuestra cara y en la cara de Dios. Después de lo que has dicho, ¿te atreves a decir que te encuentras en estado de gracia?

JUANA. ¡Si no lo estoy, que Dios me la otorgue; si lo estoy, que Dios me la conserve!

LADVENU. Esa es una respuesta muy acertada, mi señor.

COURCELLES. ¿Estabas en estado de gracia cuando robaste el caballo del obispo?

CAUCHON. (*Se levanta furioso.*) ¡Oh, el diablo se lleve el caballo del obispo y a vos también! Estamos aquí para juzgar un caso de herejía y, en cuanto llegamos al fondo de la cuestión, volvemos atrás por culpa de unos idiotas que no entienden nada más que de caballos. (*Temblando de rabia, se obliga a sentarse.*)

EL INQUISIDOR. Caballeros, caballeros, al aferraros a esas menudencias, os convertís en el mejor abogado de la Doncella. No me sorprende que su señoría haya perdido la paciencia con vos. ¿Qué dice el promotor? ¿Insiste en estos cargos menores?

D'ESTIVET. Por mi cargo estoy obligado a insistir en todo, pero, cuando la mujer confiesa una herejía que hace recaer sobre ella la condena de excomunión, ¿qué importancia tiene que también sea culpable de otros delitos que la exponen a penas menores? Comparto la impaciencia de vuestra señoría sobre estos cargos menores. Con gran respeto, solo debo destacar la gravedad de dos crímenes muy terribles y blasfemos que no niega. En primer lugar, que tiene tratos con espíritus malvados y que por eso es una hechicera. En segundo lugar, que viste ropa de hombre, lo que es indecente, antinatural y abominable, y, a pesar de nuestras amonestaciones y nuestros ruegos más graves, se niega a cambiarse ni siquiera cuando recibe el sacramento.

JUANA. ¿Santa Catalina es un espíritu malvado? ¿Lo es santa Margarita? ¿Lo es el arcángel Miguel?

COURCELLES. ¿Cómo sabes que el espíritu que se te aparece es un arcángel? ¿No se te aparece como un hombre desnudo?

JUANA. ¿Creéis que Dios no se puede permitir ropa para vestirlo?

*Los asesores no pueden ocultar una sonrisa, sobre todo porque la pulla va contra Courcelles.*

LADVENU. Bien contestado, Juana.

EL INQUISIDOR. Efectivamente, está bien contestado. Pero ningún espíritu malvado iba a ser tan estúpido de aparecerse a una joven con un aspecto que la escandalizase cuando quiere que lo tome por un mensajero del Altísimo. Juana, la Iglesia te instruye sobre que dichas apariciones son demonios que buscan la perdición de tu alma. ¿Aceptas la instrucción de la Iglesia?

JUANA. Acepto al mensajero de Dios. ¿Qué creyente fiel en la Iglesia podría rechazarlo?

CAUCHON. Maldita mujer, te lo pregunto una vez más, ¿sabes lo que estás diciendo?

EL INQUISIDOR. Lucháis en vano contra el diablo por su alma, mi señor. No se la puede salvar. Ahora bien, en cuanto a la cuestión de la ropa de hombre. Por última vez, ¿te quitarás ese atuendo indecente y te vestirás como corresponde a tu sexo?

JUANA. No quiero.

D'ESTIVET. (*Salta de repente.*) El pecado de la desobediencia, mi señor.

JUANA. (*Desanimada.*) Pero mis voces me dicen que debo vestir como un soldado.

LADVENU. Juana, Juana, ¿eso no te demuestra que las voces son las voces de espíritus malignos? ¿Puedes ofrecernos una buena razón por la que un ángel de Dios debería transmitirte un consejo tan desvergonzado?

JUANA. Porque sí. ¿Hay algo de más sentido común? Yo era un soldado viviendo entre soldados. Soy una prisionera vigilada por soldados. Si estuviera vestida como una mujer, pensarían en mí como una mujer, y, entonces, ¿qué sería de mí? Si visto como un soldado, piensan en mí como un soldado y puedo vivir con ellos como vivo en casa con mis hermanos. Por eso santa Catalina me dijo que no me vistiese como una mujer hasta que ella me lo permitiese.

COURCELLES. ¿Cuándo te lo va a permitir?

JUANA. Cuando hagáis que deje de estar en manos de los soldados ingleses. De hecho, debería estar en manos de la Iglesia y no estar noche y día con cuatro soldados del conde de Warwick. ¿Queréis que viva con ellos en enaguas?

LADVENU. Mi señor, lo que dice es, Dios lo sabe, muy erróneo y escandaloso, pero hasta cierto punto es de sentido común, al menos del sentido común que puede convencer a una sencilla doncella del campo.

JUANA. Si en la aldea fuéramos tan simples como vos en vuestras cortes y palacios, muy pronto no habría trigo para haceros el pan.

CAUCHON. Ese es el agradecimiento por intentar salvarla, fray Martín.

LADVENU. Juana, todos intentamos salvarte. Su señoría está intentando salvarte. El inquisidor no podría ser más justo contigo si fueras su propia hija. Pero estás cegada por una arrogancia y una autosuficiencia terribles.

JUANA. ¿Por qué decís eso? No he dicho nada malo. No lo entiendo.

EL INQUISIDOR. El bendito san Atanasio escribió en su credo que los que no pueden entender están condenados. No basta con ser sencillo. No basta con ser lo que la gente sencilla llama bueno. La simpleza de una mente oscurecida no es mejor que la simpleza de un animal.

JUANA. Hay mucha sabiduría en la simpleza de un animal, si me permitís que os lo diga, y muchas veces una gran locura en la sabiduría de los estudiosos.

LADVENU. Lo sabemos, Juana, no somos tan tontos como piensas. Intenta resistir la tentación de contestar impertinencias. ¿Ves a ese hombre que está detrás de ti?  
(*Señala al verdugo.*)

JUANA. (*Se gira y mira al hombre.*) ¿Vuestro torturador? Pero el obispo dijo que no me ibais a torturar.

LADVENU. No se te va a torturar porque has confesado todo lo necesario para tu condena. Ese hombre no es solo el torturador, también es el verdugo. Verdugo, que la Doncella escuche tus respuestas a mis preguntas. ¿Estás preparado para quemar a una hereje en el día de hoy?

EL VERDUGO. Sí, maese.

LADVENU. ¿La hoguera está preparada?

EL VERDUGO. Lo está. En la plaza del mercado. Los ingleses la han hecho demasiado alta para que pueda acercarme y facilitarle la muerte. Será una muerte cruel.

JUANA. (*Aterrorizada.*) Pero ¿no vais a quemarme ahora?

EL INQUISIDOR. Finalmente te das cuenta.

LADVENU. Hay ochocientos soldados ingleses esperando para llevarte a la plaza del mercado en el instante en que la sentencia de excomuniación salga de los labios de tus jueces. Estás a pocos instantes de ese destino.

JUANA. (*Mira desesperada a su alrededor en busca de salvación.*) ¡Oh, Dios!

LADVENU. No desesperes, Juana. La Iglesia es misericordiosa. Puedes salvarte.

JUANA. (*Esperanzada.*) Sí, mis voces me prometieron que no me quemarían. Santa Catalina me pidió que fuera fuerte.

CAUCHON. Mujer, ¿estás loca? ¿No ves aún que tus voces te han engañado?

JUANA. Oh, no, eso es imposible.

CAUCHON. ¡Imposible! Te han conducido directamente a la excomunión y a la hoguera que te está esperando ahí fuera.

LADVENU. (*Insiste.*) ¿Se ha cumplido alguna de sus promesas desde que te capturaron en Compiègne? El diablo te ha traicionado. La Iglesia te extiende sus brazos.

JUANA. (*Desesperada.*) Oh, es cierto, es cierto, mis voces me han engañado. Los demonios se han burlado de mí. He perdido la fe. He sido temeraria, pero solo un loco se metería en el fuego. Dios, que me dio mi sentido común, no puede querer que haga eso.

LADVENU. ¡Ahora demos gracias a Dios porque él te ha salvado en el último instante! (*Corre hacia el sitio vacío en la mesa de los escribanos, agarra un trozo de papel y empieza a escribir con rapidez.*)

CAUCHON. ¡Amén!

JUANA. ¿Qué debo hacer?

CAUCHON. Debes firmar una retractación solemne de tu herejía.

JUANA. ¿Firmar? Eso significa escribir mi nombre. No sé escribir.

CAUCHON. Pero hasta este momento has firmado muchas cartas.

JUANA. Sí, pero alguien sostenía mi mano y guiaba la pluma. Puedo hacer mi marca.

EL CAPELLÁN. (*Que ha estado escuchando con una alarma e indignación crecientes.*) Mi señor, ¿queréis decir que vais a permitir que esta mujer se nos escape?

EL INQUISIDOR. La ley debe seguir su curso, maese de Stogumber. Y vos conocéis la ley.

EL CAPELLÁN. (*Se levanta, rojo de ira.*) Sé que ningún francés tiene fe. (*Tumulto, que hace callar.*) Sé lo que dirá mi señor el cardenal de Winchester cuando se entere de todo esto. Sé lo que hará el conde de Warwick cuando sepa que intentáis traicionarlo. Hay ochocientos hombres a las puertas que garantizarán que se queme a esta bruja abominable a pesar de vos.

LOS ASESORES. (*Mientras tanto.*) ¿Qué ocurre? ¿Qué ha dicho? ¡Nos acusa de traición! Esto es intolerable. ¡Ningún francés tiene fe! ¿Habéis oído eso? Es un individuo insoportable. ¿Quién se cree que es? ¿Así son los clérigos ingleses? Debe estar loco o borracho...

EL INQUISIDOR. (*Se levanta.*) ¡Os ruego silencio! ¡Caballeros, os ruego silencio! Maese capellán, pensad un momento en vuestro santo oficio, en lo que sois y dónde estáis. Os conmino a sentaros.

EL CAPELLÁN. *(Se cruza de brazos con terquedad, el rostro convulso.)* No me sentaré.

CAUCHON. Maese inquisidor, este hombre ya me ha llamado traidor a la cara en otras ocasiones.

EL CAPELLÁN. Así que sois un traidor. Todos sois traidores. Durante todo este juicio no habéis hecho nada más que suplicarle de rodillas a esta bruja maldita que se arrepienta.

EL INQUISIDOR. *(Se acomoda de nuevo plácidamente en su asiento.)* Si no queréis sentaros, os tendréis que quedar de pie, eso es todo.

EL CAPELLÁN. No me quedaré de pie. *(Se deja caer en la silla.)*

LADVENU. *(Se levanta con el papel en la mano.)* Mi señor, aquí está el formulario de la retractación para que lo firme la Doncella.

CAUCHON. Leédselo.

JUANA. No os molestéis. Firmaré.

EL INQUISIDOR. Mujer, debes saber a lo que estás dando tu conformidad. Leédselo, fray Martín. Y que todos estén en silencio.

LADVENU. *(Lee en voz baja.)* «Yo, Juana, conocida como la Doncella, una pecadora miserable, confieso que he pecado gravemente en los siguientes artículos. He fingido tener revelaciones de Dios, de los ángeles y de los santos benditos, y perversamente he rechazado las advertencias de la Iglesia de que eran tentaciones de los demonios. He blasfemado abominablemente al vestir ropa inmodesta, contraria a las Sagradas Escrituras y a los cánones de la Iglesia. También me he cortado el pelo al estilo de los hombres y, contra todas las labores que hacen que mi sexo sea especialmente aceptable en el cielo, he tomado la espada, incluso he derramado sangre humana, he incitado a los hombres a matarse entre ellos, he invocado a los malos espíritus para engañarlos y tercamente y de la manera más blasfema he hecho a Dios Todopoderoso responsable de estos pecados. Confieso el pecado de sedición, el pecado de idolatría, el pecado de desobediencia, el pecado de orgullo y el pecado de herejía. Ahora renuncio a todos estos pecados y abjuro y me aparto de ellos, y doy las gracias humildemente a los doctores y maestros que me habéis llevado de vuelta a la verdad y a la gracia de Nuestro Señor. Y nunca regresaré a mis errores, sino que permaneceré en comunión con nuestra Santa Iglesia y en obediencia a nuestro santo padre el papa de Roma. Todo esto lo juro por Dios Todopoderoso y los Santos Evangelios, en testimonio de lo cual firmo con mi nombre esta retractación.»

EL INQUISIDOR. ¿Lo has entendido, Juana?

JUANA. (*Apática.*) Es lo suficientemente sencillo, señor.

EL INQUISIDOR. ¿Y es verdad?

JUANA. Debe ser verdad. Si no fuera verdad, la hoguera no estaría preparada para mí en la plaza del mercado.

LADVENU. (*Toma la pluma y un libro y se acerca rápidamente a ella, no sea que se vuelva a comprometer.*) Ven, muchacha, deja que guíe tu mano. Toma la pluma. (*Ella lo hace y empieza a escribir, usando el libro como apoyo.*) J.U.A.N.A. Bien. Ahora pon tu marca por ti misma.

JUANA. (*Pone su marca y le devuelve la pluma, atormentada por la revuelta de su alma contra su mente y su cuerpo.*) ¡Tened!

LADVENU. (*Devuelve la pluma a la mesa y entrega la retractación a Cauchon con una reverencia.*) Alabado sea Dios, hermanos míos, el cordero ha regresado al rebaño y el pastor se alegra en ella más que por noventa y nueve personas justas. (*Regresa a su asiento.*)

EL INQUISIDOR. (*Toma el papel de Cauchon.*) Declaramos que por este acto quedas libre del peligro de excomunión en el que habías estado. (*Tira el papel a la mesa.*)

JUANA. Os lo agradezco.

EL INQUISIDOR. Pero, como has pecado de la manera más presuntuosa contra Dios y contra la Santa Iglesia, y como debes arrepentirte de tus errores en contemplación solitaria y como debes ser protegida de la tentación de regresar a ellos, nosotros, por el bien de tu alma y como penitencia que borre tus pecados y te conduzca finalmente sin tacha ante el trono de la gracia, te condenamos a comer el pan de la amargura y a beber el agua de la aflicción hasta el final de tus días terrenales en prisión perpetua.

JUANA. (*Se levanta consternada y con una rabia terrible.*) ¡Prisión perpetua! ¿No vais a liberarme?

LADVENU. (*Ligeramente sorprendido.*) ¡Liberarte, muchacha, después de tanta maldad como la tuya! ¿En qué estás soñando?

JUANA. Dadme ese escrito. (*Corre hacia la mesa, agarra el papel y lo rompe en pedazos.*) Encended vuestra hoguera, ¿creéis que la temo más que la vida de una rata en un agujero? Mis voces tenían razón.

LADVENU. ¡Juana! ¡Juana!

JUANA. Sí, me dijeron que erais idiotas (*la palabra es recibida como una gran ofensa*) y que no debía escuchar vuestras buenas palabras ni confiar en vuestra caridad. Me prometisteis la vida, pero mentisteis. (*Exclamaciones de indignación.*) Creéis que la vida no es nada más que no estar totalmente muerto. No temo al pan ni al agua, puedo vivir solo con pan. ¿Cuándo he pedido más? No es la dureza de beber agua, si el agua está limpia. El pan no me provoca ninguna amargura ni el agua ninguna aflicción. Pero apartarme de la luz del cielo y de la visión de los campos y las flores, encadenar mis pies para que nunca pueda volver a cabalgar con los soldados ni subir a las montañas, hacer que respire una oscuridad viciada y húmeda y alejarme de todo lo que pueda devolverme al amor de Dios cuando la maldad y la locura me tienten para que lo odie, todo eso es peor que el horno de la Biblia que calentaron siete veces. Podría pasar sin mi caballo de batalla, podría arrastrarme por ahí con una falda, podría soportar que las banderas y las trompetas, y los caballeros y los soldados, pasaran de largo y me dejaran atrás como dejan atrás a otras mujeres, si pudiera seguir oyendo el viento en los árboles, las alondras bajo la luz del sol, los balidos de los corderillos en el saludable frío de la mañana y las sagradas sagradas campanas de la iglesia, que me envían las voces de mi ángel flotando con ellas en el viento. Pero sin estas cosas no puedo vivir y, como me las queréis quitar, o quitárselas a cualquier criatura humana, sé que vuestro consejo procede del diablo y que el mío viene de Dios.

LOS ASESORES. (*Muy conmovidos.*) ¡Blasfemia! ¡Blasfemia! Está poseída. Dice que nuestros consejos proceden del diablo. Y los suyos de Dios. ¡Monstruoso! El diablo está entre nosotros...

D'ESTIVET. (*Grita por encima del caos.*) Es una hereje relapsa, obstinada, incorregible y, en definitiva, indigna de la clemencia que le hemos otorgado. Pido su excomuni3n.

EL CAPELLÁN. (*Al verdugo.*) Enciende el fuego, hombre. A la hoguera con ella.

*El verdugo y sus ayudantes salen corriendo a trav3s del patio.*

LADVENU. Muchacha malvada, si tu consejo procede de Dios, ¿3l no te liberar3?

JUANA. Sus caminos no son nuestros caminos. Quiere que pase a trav3s del fuego para llegar a su seno, porque soy su hija y no est3is preparados para que viva entre vosotros. Estas son las 3ltimas palabras que os dirijo.

*Los soldados la agarran.*

CAUCHON. *(Se levanta.)* Aún no.

*Esperan. Se ha extendido un silencio mortal. Cauchon se vuelve hacia el inquisidor con una mirada interrogativa. El inquisidor asiente con la cabeza. Se levantan solemnemente y entonan la sentencia como si fuera una antifona.*

CAUCHON. Decretamos que eres una hereje relapsa.

EL INQUISIDOR. Expulsada de la unidad de la Iglesia.

CAUCHON. Desgajada de su cuerpo.

EL INQUISIDOR. Infectada con la lepra de la herejía.

CAUCHON. Una seguidora de Satanás.

EL INQUISIDOR. Declaramos que debes ser excomulgada.

CAUCHON. Y ahora te expulsamos, te segregamos y te abandonamos al brazo secular.

EL INQUISIDOR. Exhortamos al mismo brazo secular a que modere su sentencia con respecto a tu muerte y a la división de tus miembros. *(Se vuelve a sentar.)*

CAUCHON. Y, si aparece en ti una verdadera señal de penitencia, permitimos que fray Martín te administre el sacramento de la penitencia.

EL CAPELLÁN. Al fuego con la bruja. *(Corre hacia ella y ayuda a los soldados a llevársela.)*

*Juana es conducida al exterior a través del patio. Los asesores se levantan en desorden y siguen a los soldados, excepto Ladvenu, que se ha tapado la cara con las manos.*

CAUCHON. *(Se levanta de nuevo en el acto de sentarse.)* No, no, esto es irregular. El representante del brazo secular debería estar aquí para recibirla de nosotros.

EL INQUISIDOR. *(Que también se ha vuelto a levantar.)* Ese hombre es un idiota incorregible.

CAUCHON. Fray Martín, procurad que todo se haga en el debido orden.

LADVENU. Mi puesto está a su lado, mi señor. Debéis ejercer vuestra propia autoridad. *(Sale deprisa.)*

CAUCHON. Estos ingleses son imposibles, van a lanzarla directamente al fuego. ¡Mirad!

*Señala hacia el patio, en el que ahora se puede ver cómo el resplandor y el parpadeo del fuego vuelven de color rojo la luz del día de mayo. Solo el obispo y el inquisidor se*

*quedan en el tribunal.*

CAUCHON. *(Se gira para irse.)* Debemos detenerlos.

EL INQUISIDOR. *(Con calma.)* Sí, pero no demasiado deprisa, mi señor.

CAUCHON. *(Se para.)* Pero no hay ni un instante que perder.

EL INQUISIDOR. Debemos proceder en perfecto orden. Si el inglés decide actuar mal, no es asunto nuestro indicarle el modo correcto. Un error en el procedimiento puede ser útil más tarde, nunca se sabe. Y cuanto antes pase, mejor para esa pobre muchacha.

CAUCHON. *(Se relaja.)* Eso es cierto. Pero supongo que debemos asistir a este espectáculo terrible.

EL INQUISIDOR. Uno se acaba acostumbrando. El hábito lo es todo. Estoy acostumbrado al fuego, se acaba pronto. Pero resulta terrible ver a una criatura joven e inocente aplastada entre dos fuerzas poderosas, la Iglesia y la ley.

CAUCHON. ¡La llamáis inocente!

EL INQUISIDOR. Oh, bastante inocente. ¿Qué sabrá ella de la Iglesia y de la ley? No estaba entendiendo ni una palabra de lo que estábamos diciendo. El ignorante es quien sufre. Venid o llegaremos tarde para el final.

CAUCHON. *(Lo acompaña.)* No lo sentiré si vamos tarde, yo no estoy tan acostumbrado como vos.

*Están saliendo cuando entra Warwick para encontrarse con ellos.*

WARWICK. Oh, estoy interrumpiendo. Creía que ya se había acabado.

*Finge que se retira.*

CAUCHON. No os vayáis, mi señor. Todo ha acabado.

EL INQUISIDOR. La ejecución no está en nuestras manos, mi señor, pero es deseable que seamos testigos del final. Así que con vuestro permiso... *(Hace una reverencia y sale a través del patio.)*

CAUCHON. Existen algunas dudas de que vuestros hombres hayan observado las formalidades de la ley, mi señor.

WARWICK. Me han dicho que existen algunas dudas sobre si vuestra autoridad es válida en esta ciudad, mi señor. No os encontráis en vuestra diócesis. No obstante, si vos

respondéis por esto, yo me haré cargo de todo lo demás.

CAUCHON. Los dos debemos responder ante Dios. Buenos días, mi señor.

WARWICK. Mi señor, buenos días.

*Se miran durante un momento con una hostilidad evidente. A continuación, Cauchon sigue al inquisidor hacia el exterior. Warwick mira a su alrededor. Al ver que está solo, llama a su ayudante.*

WARWICK. ¡Hola, hay alguien! *(Silencio.)* ¡Hola, aquí! *(Silencio.)* ¡Hola! Brian, granuja, ¿dónde estás? *(Silencio.)* ¡Guardia! *(Silencio.)* Todos han ido a presenciar la quema, incluso ese muchacho.

*El silencio queda roto por alaridos y sollozos frenéticos.*

WARWICK. Por todos los demonios, ¿qué...?

*El capellán entra tambaleándose desde el patio como una criatura enloquecida, su cara cubierta de lágrimas y soltando sonidos lastimeros, que es lo que ha oído Warwick. Se tambalea hasta el taburete de la prisionera y se deja caer en él con sollozos desconsolados.*

WARWICK. *(Se acerca a él y le da unas palmaditas en el hombro.)* ¿Qué ocurre, maese Juan? ¿Qué ha pasado?

EL CAPELLÁN. *(Se aferra su mano.)* Mi señor, mi señor, por el amor de Cristo, rezad por mi alma culpable y desgraciada.

WARWICK. *(Lo consuela.)* Sí, sí, por supuesto que lo haré. Calmaos, tranquilo...

EL CAPELLÁN. *(Lloriquea miserablemente.)* No soy mala persona, mi señor.

WARWICK. No, no, en absoluto.

EL CAPELLÁN. No quería hacer daño. No sabía cómo iba a ser.

WARWICK. *(Endurecido.)* ¡Oh! Entonces, ¿lo habéis visto?

EL CAPELLÁN. No sabía lo que estaba haciendo. Soy un idiota calenturiento y me condenaré por toda la eternidad.

WARWICK. ¡Tonterías! Sin duda, muy lamentable, pero no ha sido culpa vuestra.

EL CAPELLÁN. *(Se lamenta.)* Yo dejé que lo hicieran. Si lo hubiera sabido, la habría arrancado de sus manos. No sabéis, no habéis visto, es tan fácil hablar cuando no se

sabe. Te enloqueces con palabras, te condenas porque te sientes autorizado a tirar aceite al infierno ardiente de tu propio temperamento. Pero, cuando te das cuenta, cuando ves lo que has hecho, cuando ciega los ojos, te satura la nariz, te parte el corazón, entonces... entonces... (*Cae de rodillas.*) ¡Oh, Dios, aparta de mí esta visión! ¡Oh, Cristo, libérame de este fuego que me está consumiendo! Ella te llamó en medio de él. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Ella se encuentra en tu seno y yo estoy en el infierno para siempre.

WARWICK. (*Lo pone en pie sin contemplaciones.*) ¡Vamos, vamos, hombre! Tenéis que sobreponeros. Vamos a tener a todo el pueblo hablando de esto. (*Lo deja caer sin demasiados miramientos en una de las sillas de la mesa.*) Si no tenéis temple para ver estas cosas, ¿por qué no hacéis como yo y os mantenéis alejado?

EL CAPELLÁN. (*Desconcertado y sumiso.*) Ella pidió una cruz. Un soldado le dio dos palos atados juntos. ¡Gracias a Dios que era inglés! Yo debería haberlo hecho, pero no pude. Soy un cobarde, un perro rabioso, un loco. Menos mal que él también era inglés.

WARWICK. ¡El muy idiota! Lo quemarán si los sacerdotes le ponen las manos encima.

EL CAPELLÁN. (*Tiembla con convulsiones.*) Algunas personas se reían de ella. Se habrían reído de Cristo. Eran franceses, mi señor, sé que eran franceses.

WARWICK. ¡Silencio! Viene alguien. Controlaos.

*Ladvenu regresa a través del patio a la derecha de Warwick, lleva una cruz episcopal que ha recogido de la iglesia. Está muy serio y tranquilo.*

WARWICK. Me han informado de que ya ha pasado todo, fray Martín.

LADVENU. (*Enigmático.*) No lo sabemos, mi señor. Es posible que acabe de empezar.

WARWICK. ¿Eso qué significa exactamente?

LADVENU. Fui a buscar esta cruz de la iglesia para que ella la viera hasta el final, porque solo tenía dos palos que se puso en el regazo. Cuando el fuego empezó a extenderse a nuestro alrededor y vio que, si mantenía la cruz delante ella, podría quemarme, me avisó para que bajase y me salvase. Mi señor, una muchacha capaz de pensar en el peligro de los demás en semejante momento no estaba inspirada por el diablo. Cuando tuve que apartar la cruz de su vista, levantó la mirada al cielo. Y no creo que el cielo estuviera vacío. Creo firmemente que su Salvador se le apareció en su gloria más esplendorosa. Lo llamó y murió. Para ella este no ha sido el final, sino el principio.

WARWICK. Me temo que va a tener una mala influencia en el pueblo.

LADVENU. La ha tenido, mi señor, en algunos de ellos. Oí risas. Perdonadme por decirlo, pero espero y creo que eran risas inglesas.

EL CAPELLÁN. *(Se levanta de golpe.)* No, no lo eran. Solo hay un inglés que ha llevado la desgracia a su país, y ese ha sido el perro loco De Stogumber. *(Sale corriendo y chillando como un salvaje.)* Dejad que lo torturen. Dejad que lo quemén. Voy a rezar entre sus cenizas. No soy mejor que Judas, me colgaré.

WARWICK. Rápido, fray Martín, seguidlo, porque se hará daño. Tras él, rápido.

*Ladvenu sale corriendo con el apremio de Warwick. Entra el verdugo por la puerta detrás de las sillas de los jueces y Warwick, que se da la vuelta, se encuentra cara a cara con él.*

WARWICK. Bien, muchacho, ¿quién eres?

EL VERDUGO. *(Con dignidad.)* Nadie me llama muchacho, mi señor. Soy el verdugo mayor de Ruan; se trata de una profesión altamente cualificada. He venido para decirle a vuestra señoría que sus órdenes han sido cumplidas.

WARWICK. Os pido perdón, verdugo mayor, y veré que no perdáis nada por no tener reliquias que vender. ¿Tengo vuestra palabra de que no ha quedado nada, ni un hueso ni una uña ni un pelo?

EL VERDUGO. Su corazón no quería arder, mi señor, pero todo lo que ha quedado está en el fondo del río. Esta es la última vez que oiréis hablar de ella.

WARWICK. *(Con una sonrisa irónica, pensando en lo que ha dicho Ladvenu.)* ¿La última vez? ¡Hum! ¡Ya veremos!

## EPÍLOGO

*Una noche de junio de 1456 desapacible, ventosa y cargada de relámpagos veraniegos después de muchos días de calor. El rey Carlos VII de Francia, antes el delfín de Juana, ahora Carlos el Victorioso, de cincuenta y un años de edad, está en la cama de uno de sus castillos reales. La cama, encima de un estrado de dos escalones, se encuentra a un lado de la habitación, como si intentase evitar bloquear una alta ventana ojival que hay en el centro. El dosel lleva bordadas las armas reales. Excepto por el dosel y los grandes almohadones, no hay nada que lo distinga de un amplio diván con sábanas y una cenefa. Así, su ocupante está a plena vista desde el pie del estrado.*

*Carlos no está durmiendo, sino que está leyendo en la cama, o, más bien, contemplando las imágenes en el Boccaccio de Fouquet con las rodillas dobladas hasta convertirlas en un atril para leer. Al lado izquierdo de la cama hay una mesita con una imagen de la Virgen iluminada por velas de cera de colores. En las paredes cuelgan desde el techo hasta el suelo cortinas pintadas que la corriente mueve de vez en cuando. A primera vista, el amarillo y el rojo que destacan en estas imágenes colgadas dan la impresión de llamas cuando los pliegues se mueven con el viento.*

*La puerta se encuentra a la izquierda de Carlos, pero delante de él, cerca de la esquina más alejada. Una gran carraca para llamar a la guardia, con un diseño hermoso y de colores vivos, descansa sobre la cama debajo de su mano.*

*Carlos pasa una página. Un reloj distante toca la media hora con suavidad. Carlos cierra el libro de golpe, lo tira a un lado, agarra la carraca y la mueve enérgicamente, lo que produce un ruido ensordecedor. Entra Ladvenu, veinticinco años más viejo, de aspecto extraño y austero, que sigue llevando la cruz de Ruan. Está claro que Carlos no lo esperaba, porque salta de la cama en el lado más alejado de la puerta.*

CARLOS. ¿Quién sois? ¿Dónde está mi ayuda de cámara? ¿Qué queréis?

LADVENU. *(Solemnemente.)* Os traigo buenas noticias de gran alegría. Alegraos, oh, rey, porque se ha eliminado la mancha de vuestra sangre y la mácula de vuestra corona. La justicia, largamente aplazada, ha triunfado por fin.

CARLOS. ¿De qué estáis hablando? ¿Quién sois?

LADVENU. Soy fray Martín.

CARLOS. Y, con todos los respetos, ¿quién es fray Martín?

LADVENU. Sostuve esta cruz cuando la Doncella murió en la hoguera. Desde entonces han pasado veinticinco años, casi diez mil días. Y cada uno de esos días le he pedido a Dios que justifique a su hija en la tierra como está justificada en el cielo.

CARLOS. *(Más tranquilo, se sienta en el pie de la cama.)* Oh, ahora recuerdo. He oído hablar de vos. Estáis obsesionado con la Doncella. ¿Participasteis de la investigación?

LADVENU. He dado mi testimonio.

CARLOS. ¿Ya está?

LADVENU. Ya está.

CARLOS. ¿Satisfactoriamente?

LADVENU. Los caminos del Señor son muy extraños.

CARLOS. ¿Cómo es eso?

LADVENU. En el juicio que envió a una santa a la hoguera por hereje y hechicera se dijo la verdad, se aplicó la ley, se tuvo misericordia más allá de lo acostumbrado, no se hizo nada mal a excepción del terrible error final de la sentencia mentirosa y el fuego implacable. En la investigación de la que acabo de llegar he asistido a un perjurio desvergonzado, a corrupción cortesana, a una calumnia contra los muertos que cumplieron con su deber según lo entendieron, a una evasión cobarde del tema, a testimonios compuestos de historias increíbles que no convencerían ni a un mozo de labranza. Pero de este insulto a la justicia, de esta difamación de la Iglesia, de esta orgía de mentiras y locuras, la verdad ha quedado completamente expuesta a la clara luz del día, la túnica blanca de la inocencia ha quedado limpia de las manchas de los haces quemados, la vida santa ha quedado santificada, el corazón verdadero que sobrevivió a las llamas ha sido consagrado, una gran mentira se ha silenciado para siempre y un gran error se ha corregido delante de todos los hombres.

CARLOS. Amigo mío, puesto que no pueden seguir diciendo que me coronó una bruja y una hereje, no pondré demasiados reparos a cómo se ha conseguido el cambio. Juana no se habría preocupado demasiado de cómo se hacía el bien al final. No era de ese tipo, yo la conocí. ¿Su rehabilitación es completa? Dejé muy claro que no debía quedar ninguna duda.

LADVENU. Se ha declarado solemnemente que sus jueces fueron totalmente corruptos, fraudulentos, mentirosos y malvados. Cuatro falsedades.

CARLOS. No os preocupéis por las falsedades, sus jueces están muertos.

LADVENU. La sentencia contra ella ha sido rota, anulada, aniquilada, eliminada como si nunca hubiera existido, sin valor ni efecto.

CARLOS. Bien. Ahora nadie puede oponerse a mi consagración, ¿verdad?

LADVENU. Ni Carlomagno ni el rey David fueron coronados de una manera más sagrada.

CARLOS. *(Se levanta.)* Excelente. ¡Pensad en lo que significa para mí!

LADVENU. ¡Pienso en lo que significa para ella!

CARLOS. No podéis. Ninguno de nosotros supo nunca lo que nada significó para ella. No hay nadie como ella y tendrá que cuidarse de sí misma allá donde esté, porque yo no puedo cuidar de ella y vos tampoco podéis, creáis lo que creáis. No sois lo suficientemente grande. Pero os diré algo sobre ella. Si consiguierais devolverla a la vida, tardarían seis meses en volver a quemarla, por mucho que la adoren en la actualidad. Y vos también volveríais a sostener la cruz, igual que antes. Por eso *(se persigna)* dejadla descansar y dejad que vos y yo nos ocupemos de nuestros asuntos y no nos metamos en los suyos.

LADVENU. ¡Dios no quiera que yo no forme parte de ella ni ella de mí! *(Se da la vuelta y se va por donde ha venido, mientras dice.)* A partir de ahora mi camino no atravesará palacios ni mi conversación será con reyes.

CARLOS. *(Lo sigue hasta la puerta y grita detrás de él.)* ¡Eso os hará mucho bien, hombre santo! *(Regresa al centro de la habitación, donde se detiene y se dice en tono burlón.)* Un tipo curioso. ¿Cómo ha conseguido entrar? ¿Dónde está mi gente? *(Vuelve impaciente a la cama y toca la carraca. Un golpe de viento que entra por la puerta abierta hace que las paredes se agiten con fuerza. Las velas se apagan. Grita en la oscuridad.)* ¡Hola! Que venga alguien a cerrar las ventanas: el viento lo está revolviendo todo por el palacio. *(Un relámpago veraniego ilumina la ventana ojival. Contra ella se ve la silueta de una figura.)* ¿Quién va? ¿Quién es? ¡Socorro! ¡Asesinos! *(Un trueno. Salta a la cama y se esconde debajo de las sábanas.)*

LA VOZ DE JUANA. Tranquilo, Carlitos, tranquilo. ¿A qué viene todo este escándalo? Nadie puede oírte. Estás dormido. *(Se la ve vagamente bajo una pálida luz verdosa al lado de la cama.)*

CARLOS. *(Se asoma debajo de las sábanas.)* ¡Juana! ¿Eres un fantasma, Juana?

JUANA. Ni siquiera eso, muchacho. ¿Una pobre campesina quemada puede tener un fantasma? Soy solo un sueño que estás soñando. (*Aumenta la luz. Se les puede ver claramente cuando él se sienta.*) Pareces más viejo, muchacho.

CARLOS. Soy más viejo. ¿Realmente estoy dormido?

JUANA. Te has quedado dormido sobre tu estúpido libro.

CARLOS. Esto es divertido.

JUANA. No tan divertido como que esté muerta, ¿no te parece?

CARLOS. ¿Realmente estás muerta?

JUANA. Tan muerta como cualquiera, muchachito. Estoy fuera del cuerpo.

CARLOS. ¡Qué sorprendente! ¿Te dolió mucho?

JUANA. ¿Qué me dolió mucho?

CARLOS. Que te quemasen.

JUANA. ¡Oh, eso! No lo recuerdo demasiado bien. Creo que dolió al principio, pero después todo se empezó a confundir y no volví a ser yo misma hasta que me liberé del cuerpo. Pero no empieces a tocar el fuego pensando que no te va a doler. ¿Cómo te ha ido desde entonces?

CARLOS. Oh, no demasiado mal. Ahora voy a la cabeza de mi ejército y gano batallas, ¿sabes? Bajo al foso y el barro y la sangre me llegan al pecho. Subo la escala bajo una lluvia de piedras y brea caliente. Como tú.

JUANA. ¡No! ¿Al final hice de ti un hombre, Carlitos?

CARLOS. Ahora soy Carlos el Victorioso. Tenía que ser valiente porque tú lo fuiste. Inés también me chinchó un poco.

JUANA. ¡Inés! ¿Quién es Inés?

CARLOS. Inés Sorel. Una mujer de la que me enamoré. Sueño con ella a menudo. Nunca había soñado contigo.

JUANA. ¿Está muerta como yo?

CARLOS. Sí. Pero no era como tú. Era muy hermosa.

JUANA. (*Ríe con ganas.*) ¡Ja, ja! Yo no era guapa, siempre era dura, un soldado regular. Casi me habría gustado ser un hombre. Una pena que no lo fuera. En aquel momento no tendría que haberte molestado tanto. Pero tenía la cabeza en las nubes y la Gloria de Dios estaba sobre mí y, hombre o mujer, me habría visto obligada a molestarte mientras hubiera tenido la nariz hundida en el fango. Ahora dime, ¿qué ha ocurrido

desde que tus hombres sabios no supieron hacer nada mejor que convertirme en un puñado de cenizas?

CARLOS. Tu madre y tus hermanos apelaron a los tribunales para que se revisase tu caso. Y los tribunales han declarado que tus jueces fueron totalmente corruptos, fraudulentos, mentirosos y malvados.

JUANA. Ellos no. Pero fueron la banda de pobres idiotas más honestos que llevaron nunca a la hoguera a alguien mejor que ellos.

CARLOS. La sentencia en tu contra ha sido rota, anulada, aniquilada, eliminada como si nunca hubiera existido, sin valor ni efecto.

JUANA. Da igual, me quemaron. ¿Pueden desquemarme?

CARLOS. Si pudieran, se lo pensarían dos veces antes de hacerlo. Pero han decretado que se coloque una cruz hermosa donde se levantó la hoguera, para tu memoria perpetua y tu salvación.

JUANA. Es la memoria y la salvación lo que santifica la cruz, no la cruz la que santifica la memoria y la salvación. *(Se aleja, olvidándose de él.)* Sobreviviré a esa cruz. Me recordarán cuando los hombres hayan olvidado dónde se encontraba Ruan.

CARLOS. Ya volvemos con tu arrogancia, ¡como siempre! Creo que podrías expresar unas palabras de agradecimiento por conseguir que al final se haga justicia.

CAUCHON. *(Aparecen en la ventana entre los dos.)* ¡Mentiroso!

CARLOS. Muchas gracias.

JUANA. Pero, bueno, ¡si es Pedro Cauchon! ¿Cómo estás, Pedro? ¿Qué suerte has tenido desde que me quemaste?

CAUCHON. Ninguna. Reniego de la justicia del hombre. No es la justicia de Dios.

JUANA. ¿Sigues soñando con la justicia, Pedro? ¡Mira lo que la justicia hizo conmigo! Pero ¿qué ha ocurrido contigo? ¿Estás vivo o muerto?

CAUCHON. Muerto. Dishonrado. Me persiguieron más allá de la tumba. Excomulgaron mi cuerpo muerto, lo desenterraron y lo arrojaron a las cloacas.

JUANA. Tu cuerpo muerto no sintió la pala y la cloaca como mi cuerpo vivo sintió el fuego.

CAUCHON. Pero lo que han hecho contra mí es un ataque contra la justicia, destruye la fe, socava los cimientos de la Iglesia. La tierra sólida se mueve por igual como el mar traicionero bajo los pies de los hombres y de los espíritus cuando el inocente muere en

nombre de la ley, y estos errores se intentan remediar calumniando a los puros de corazón.

JUANA. Bueno, bueno, Pedro, espero que los hombres sean mejores al recordarme, y no me recordarían tan bien si tú no me hubieras quemado.

CAUCHON. Serán peores al recordarme, porque verán en mí el mal que triunfa sobre el bien, la falsedad sobre la verdad, la crueldad sobre la misericordia, el infierno sobre el cielo. Su valor aumentará cuando piensen en ti, solo para desvanecerse cuando piensen en mí. No obstante, Dios es mi testigo de que fui justo, que fui misericordioso, que fue fiel a mis creencias: no pude hacer más de lo que hice.

CARLOS. (*Gatea fuera de las sábanas y se sienta al borde de la cama, como si fuera un trono.*) Sí, siempre sois los hombres buenos los que cometéis las grandes maldades. ¡Mírame! No soy Carlos el Bueno ni Carlos el Sabio ni Carlos el Temerario. Seguramente los que veneran a Juana me llaman Carlos el Cobarde porque no la libré de la hoguera. Pero he hecho menos daño que ninguno de vosotros. La gente que tenéis la cabeza en las nubes pasáis todo el tiempo intentando cambiar el mundo, pero yo acepto al mundo tal como es y digo que el mundo está bien como está y me mantengo muy cerca del suelo. Y os pregunto: ¿qué rey de Francia lo ha hecho mejor o ha sido mejor persona según sus posibilidades?

JUANA. ¿Realmente eres rey de Francia, Carlitos? ¿Los ingleses se han ido?

DUNOIS. (*Entra a través del tapiz a la izquierda de Juana, las velas se vuelven a encender al mismo tiempo e iluminan con viveza su armadura y sobreveste.*) Yo he cumplido mi palabra: los ingleses se han ido.

JUANA. ¡Alabado sea Dios! Ahora la hermosa Francia es una provincia del cielo. Cuéntame sobre la lucha, Jack. ¿Ibas al frente de los nuestros? ¿Fuiste el capitán de Dios hasta tu muerte?

DUNOIS. No estoy muerto. Mi cuerpo está muy cómodamente dormido en mi cama en Châteaudun, pero tu espíritu ha llamado al mío.

JUANA. ¿Y luchaste contra ellos a mi manera, Jack? No al estilo antiguo, buscando los rescates, sino al modo de la Doncella. apostando la vida contra la muerte, con buen ánimo y el corazón humilde y libre de malicia, y no teniendo nada más por debajo de Dios que la libertad de Francia y los franceses. ¿Fue a mi manera, Jack?

DUNOIS. ¡Dios! Fue de todas las maneras que llevasen a la victoria. Pero el modo de ganar siempre fue el tuyo. Te concedo el mérito, muchacha. Escribí una carta muy

hermosa para que te hicieran justicia en el nuevo juicio. Quizá nunca debí dejar que los sacerdotes te quemaran, pero estaba muy ocupado luchando y era un asunto de la Iglesia, no mío. No tenía ningún sentido que nos quemasen a los dos, ¿no te parece?

CAUCHON. ¡Ay! Échales la culpa a los sacerdotes. Pero yo, que me encuentro más allá de los elogios y los reproches, te digo que el mundo no se salva por medio de sus sacerdotes ni de sus soldados, sino de Dios y sus santos. La Iglesia militante envió a esta mujer a la hoguera, pero, incluso mientras ardía, las llamas se convirtieron en el resplandor de la Iglesia triunfante.

*El reloj toca tres cuartos. Se oye la voz ronca de un hombre que tararea una melodía improvisada.*



Rum, rum, trumpedum,  
cerdo gordo y rumpledum,  
viejo santo mumpedum,  
tira del rabo y stumpedum.  
¡Oh, mi Ma-ry Ann!

*Un soldado inglés de aspecto brutal entra a través de las cortinas y se coloca entre Dunois y Juana.*

DUNOIS. ¿Qué infame trovador te ha enseñado esos versos tan malos?

EL SOLDADO. Ningún trovador. Los componemos nosotros mientras marchamos. No somos personas respetables ni trovadores. Podrías decir que la música sale directamente del corazón del pueblo. Rum, rum, trumpedum, cerdo gordo y rumpledum, viejo santo mumpedum, tira del rabo y stumpedum, no significa nada, ¿sabes?, pero te ayuda a seguir marchando. Vuestro servidor, damas y caballeros. ¿Quién ha preguntado por un santo?

JUANA. ¿Eres un santo?

EL SOLDADO. Sí, señor, llegado directamente del infierno.

DUNOIS. ¡Un santo y del infierno!

EL SOLDADO. Sí, noble capitán, tengo el día libre. Cada año, ¿sabe? Esa es mi recompensa por mi buena acción.

CAUCHON. ¡Bribón! ¿En todos tus años de vida solo hiciste una buena acción?

EL SOLDADO. Nunca pensé en ello, me salió de manera natural. Pero las fueron contando por mí.

CARLOS. ¿Qué hiciste?

EL SOLDADO. Bueno, la cosa más tonta que hayas oído nunca. Yo...

JUANA. *(Lo interrumpe al pasar al otro lado de la cama, donde se sienta al lado de Carlos.)* Ató dos palos y se los dio a una pobre muchacha a la que iban a quemar.

EL SOLDADO. Eso es. ¿Quién te lo ha contado?

JUANA. No importa. ¿La reconocerías si volvieras a verla?

EL SOLDADO. No. ¡Hay tantas chicas! Y todas esperan que las recuerdes como si solo hubiera una en el mundo. Esta debió ser de una categoría especial porque por ella tengo un día libre cada año, y así, hasta las doce en punto, soy un santo, a vuestro servicio, nobles caballeros y encantadoras damas.

CARLOS. ¿Y después de las doce?

EL SOLDADO. Después de las doce, de regreso al único lugar adecuado para los que son como yo.

JUANA. *(Se levanta.)* ¡De vuelta allí! ¡Tú! ¡Que le entregaste la cruz a la muchacha!

EL SOLDADO. *(Excusa su conducta poco soldadesca.)* Bueno, ella me la pidió y la iban a quemar. Ella tenía tanto derecho a una cruz como ellos, y ellos tenían docenas de ellas. Era su funeral, no el de ellos. ¿Qué daño podía hacer?

JUANA. Hombre, no te lo estoy reprochando. Pero no puedo dejar de pensar que estás sometido a tormento.

EL SOLDADO. *(Alegre.)* No es un gran tormento, señora. Verá, me han hecho cosas mucho peores.

CARLOS. ¡Qué! ¿Peor que el infierno?

EL SOLDADO. Quince años de servicio en las guerras de Francia. Después de eso, el infierno ha sido un regalo.

*Juana levanta los brazos y se refugia delante de la imagen de la Virgen, desesperada de la humanidad.*

EL SOLDADO. (*Continúa.*) De alguna manera encajo bastante bien. Al principio, el día libre era duro, como un domingo lluvioso. Ahora ya no me importa tanto. Me han dicho que puedo tener todos los que quiera siempre que los pida.

CARLOS. ¿Cómo es el infierno?

EL SOLDADO. No lo encontraríais tan mal, señor. Alegre. Como si estuvieras siempre borracho sin los problemas ni los gastos de beber. Además, la compañía es de alto nivel: emperadores, papas, reyes y ese tipo de gente. Se burlan de mí porque le di la cruz a aquella jovencita, pero no me importa: les planto cara y les digo que, si ella no hubiera tenido más derecho a ella que ellos, estaría donde están ellos. Eso los deja mudos, desde luego. Lo único que pueden hacer es apretar los dientes, a la manera infernal, y yo me río y me voy cantando la vieja tonada. Rum, tum, trumple... ¡Hola! ¿Quién está llamando a la puerta?

*Escuchan. Se oye un golpe largo y suave.*

CARLOS. Entra.

*Se abre la puerta y entra un sacerdote anciano, de cabello blanco, doblado, con una sonrisa tonta, pero benevolente, y se dirige hacia Juana.*

EL RECIÉN LLEGADO. Perdonadme, amables damas y caballeros. No querría molestaros. Solo soy un pobre e inofensivo párroco inglés. Antiguamente capellán del cardenal, de mi señor de Winchester. Juan de Stogumber, a su servicio. (*Los mira interrogativo.*) ¿Habéis dicho algo? Estoy un poco sordo, desgraciadamente. También un poco..., bueno, no estoy siempre en mis cabales, quizá, pero, aún así, es una aldea pequeña con unas pocas personas sencillas. Soy suficiente, soy suficiente y me quieren tener allí y puedo hacer un poco de bien. Estoy bien conectado, como veis, y me soportan.

JUANA. ¡Pobre viejo Juan! ¿Qué te ha llevado a este estado?

DE STOGUMBER. Le digo a mi gente que debe tener mucho cuidado. Les digo: «Si pudierais ver lo que pensáis, pensaríais de otro modo. Os iba a provocar una gran sorpresa. Oh, una gran sorpresa». Y todos responden: «Sí, padre, todos sabemos que es un hombre amable y que no le haría daño ni a una mosca». Eso me da un gran consuelo. Porque no soy cruel por naturaleza, ¿sabéis?

EL SOLDADO. ¿Quién ha dicho que lo seáis?

DE STOGUMBER. Bueno, veréis, una vez hice algo muy cruel porque no sabía lo que era la crueldad. No la había visto, ¿sabéis? Eso es lo más importante. tienes que verla. Y entonces quedas redimido y eres salvado.

CAUCHON. ¿No fueron suficientes para vos los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo?

DE STOGUMBER. No. Oh, no, en absoluto. Los había visto en imágenes y leído sobre ellos en los libros, y me habían conmovido mucho, según creía. Pero no sirvió de nada, no fue Nuestro Señor quien me redimió, sino una joven que vi quemada hasta la muerte. Fue terrible; oh, muy terrible. Pero me salvó. Desde entonces he sido un hombre diferente, aunque a veces un poco errático en mi mente.

CAUCHON. Entonces, ¿debe perecer en el tormento un Cristo en cada época para salvar a los que no tienen imaginación?

JUANA. Bueno, si he salvado a todos los que habrían sido crueles si él no hubiera sido cruel conmigo, entonces no fui quemada en vano, ¿no te parece?

DE STOGUMBER. Oh, no, no fuiste tú. Mi vista es mala y no puedo distinguir tus rasgos, pero no eres ella. Oh, no, a ella la quemaron hasta convertirla en cenizas: muerta y desaparecida, muerta y desaparecida.

EL VERDUGO. (*Entra desde detrás de las cortinas de la cama a la derecha de Carlos, la cama se encuentra entre ellos.*) Ella está más viva que tú, anciano. Su corazón no quiso arder y no se quiso ahogar. Yo era un maestro de mi oficio, mejor que el maestro de París, mejor que el maestro de Toulouse, pero no pude matar a la Doncella. Ella está presente y viva en todas partes.

EL CONDE DE WARWICK. (*Sale a través de las cortinas de la cama al otro lado y se acerca a Juana por su izquierda.*) Señora, mis felicitaciones por vuestra rehabilitación. Me parecía que os debía una disculpa.

JUANA. Oh, por favor, no es necesario.

WARWICK. (*Cordial.*) La ejecución fue puramente política. No había ningún sentimiento personal contra vos, os lo aseguro.

JUANA. No os guardo rencor, mi señor.

WARWICK. Perfecto. Es muy amable por vuestra parte recibirme de esta manera, un toque de verdadera distinción. Pero debo insistir en disculparme muy ampliamente. La verdad es que estas necesidades políticas a veces se convierten en errores políticos, y este fue verdaderamente garrafal, porque vuestro espíritu nos conquistó, señora, a

pesar de nuestros haces de leña. La historia me recordará por vuestra causa, aunque los incidentes de dicha conexión fueron quizás un poco desafortunados.

JUANA. Ay, quizá solo un poco, sois un hombre muy divertido.

WARWICK. Aún así, cuando os canonicen, vuestro halo me lo deberéis a mí, de la misma manera que este monarca afortunado os debe su corona.

JUANA. *(Se aparta de él.)* No le debo nada a ningún hombre, se lo debo todo al espíritu de Dios, que estaba en mi interior. Pero ¡hacerme una santa! ¿Qué dirían santa Catalina y santa Margarita si la muchacha campesina acabase a su lado?

*Un caballero con aspecto de clérigo, con levita y pantalones negros y un sombrero de copa, a la moda del año 1920, aparece de repente delante de ellos en el rincón a su derecha. Todos se lo quedan mirando. Entonces estallan en una carcajada incontrolable.*

EL CABALLERO. ¿A qué se debe este jolgorio, caballeros?

WARWICK. Os felicito por haber inventado una vestimenta extraordinariamente cómica.

EL CABALLERO. No entiendo. Todos llevan una ropa extraña, pero yo voy vestido adecuadamente.

DUNOIS. Todos los trajes son disfraces, excepto nuestra piel natural, ¿no les parece?

EL CABALLERO. Perdónenme, pero estoy aquí por un asunto serio y no puedo entretenerme con discusiones frívolas. *(Saca un papel y adopta una actitud seca y oficial.)* Me han enviado para anunciarles que Juana de Arco, anteriormente conocida como la Doncella, que ha sido sujeto de una investigación iniciada por el obispo de Orleans...

JUANA. *(Lo interrumpe.)* ¡Ah! Aún me recuerdan en Orleans.

EL CABALLERO. *(Enfático, para dejar clara su indignación por la interrupción.)* ... por el obispo de Orleans para pedir que la susodicha Juana de Arco sea canonizada como santa...

JUANA. *(Interrumpe de nuevo.)* Pero yo nunca he planteado dicha petición.

EL CABALLERO. *(Como antes.)* ... la Iglesia ha examinado exhaustivamente la petición por los cauces habituales y, tras haber admitido a la dicha Juana sucesivamente a las categorías de venerable y beata...

JUANA. *(Ríe por lo bajo.)* ¡Yo, venerable!

EL CABALLERO. ... ha declarado finalmente que estuvo investida de virtudes heroicas y que fue favorecida con revelaciones privadas, y declara a la susodicha venerable y beata Juana a la comunión de la Iglesia triunfante como santa Juana.

JUANA. (*Sobrecogida.*) ¡Santa Juana!

EL CABALLERO. Cada trigésimo día de mayo, que es el aniversario de la muerte de la susodicha muy bendita hija de Dios, hasta el final de los tiempos se deberá celebrar en cada iglesia católica un oficio especial en su conmemoración, y estará permitido dedicarle una capilla especial y colocar su imagen en su altar en cada una de dichas iglesias. Y estará permitido y será loable para los fieles arrodillarse y dirigir sus oraciones al Trono de Gloria por su mediación.

JUANA. Oh, no. Es la santa la que debe arrodillarse. (*Cae de rodillas, aún sobrecogida.*)

EL CABALLERO. (*Recoge su papel y se retira al lado del verdugo.*) En la Basílica del Vaticano, el decimosexto día de mayo de mil novecientos veinte.

DUNOIS. (*Pone de pie a Juana.*) ¡Media hora para quemarte, querida santa, y cuatro siglos para descubrir la verdad sobre ti!

DE STOGUMBER. Señor, yo fui en su momento capellán del cardenal de Winchester. Siempre lo llamaron el cardenal de Inglaterra. Sería de gran alivio para mi señor y para mí ver una bonita estatua de la Doncella en la catedral de Winchester. ¿Creéis que erigirán alguna en dicho lugar?

EL CABALLERO. Como el edificio está temporalmente en manos de la herejía anglicana, no puedo responder a esa pregunta.

*Una visión de la estatua en la catedral de Winchester se ve a través de la ventana.*

DE STOGUMBER. ¡Oh, mirad! ¡Mirad! Eso es Winchester.

JUANA. ¿Se supone que esa soy yo? Yo tenía un porte más firme.

*La visión se desvanece.*

EL CABALLERO. Se me ha requerido por parte de las autoridades temporales de Francia que mencione que la multiplicación de estatuas públicas de la Doncella amenaza con convertirse en una obstrucción para el tráfico. Lo hago como gesto de cortesía hacia las autoridades mencionadas, pero debo señalar por parte de la Iglesia que el caballo de la Doncella no es mayor obstrucción al tráfico que cualquier otro caballo.

JUANA. ¡Eh! Me alegra que no hayan olvidado a mi caballo.

*Aparece una visión de la estatua delante de la catedral de Reims.*

JUANA. ¿Esa cosita tan graciosa también soy yo?

CARLOS. Esa es la catedral de Reims donde me coronaste. Debes ser tú.

JUANA. ¿Quién me ha roto la espada? Mi espada no se rompió nunca. Es la espada de Francia.

DUNOIS. No te preocupes. Las espadas se pueden arreglar. Tu alma no se rompió y tú eres el alma de Francia.

*La visión desaparece. El arzobispo y el inquisidor se ven ahora a derecha e izquierda de Cauchon.*

JUANA. Mi espada debe seguir conquistando, la espada que nunca dio un golpe. Aunque los hombres destruyeron mi cuerpo, en mi alma he visto a Dios.

CAUCHON. *(Se arrodilla delante de ella.)* Las muchachas en los campos te glorifican, porque tú les levantaste los ojos y ven que no hay nada entre ellas y el cielo.

DUNOIS. *(Se arrodilla delante de ella.)* Los soldados moribundos te glorifican, porque tú eres un escudo de gloria entre ellos y el juicio divino.

EL ARZOBISPO. *(Se arrodilla delante de ella.)* Los príncipes de la Iglesia te glorifican, porque tú cortaste los nudos con los que habían atado sus almas.

DE STOGUMBER. *(Se arrodilla delante de ella.)* Los ancianos necios en su lecho de muerte te glorifican, porque sus pecados contra ti se han convertido en bendiciones.

EL INQUISIDOR. *(Se arrodilla delante de ella.)* Los jueces en la ceguera y en la servidumbre de la ley te glorifican, porque tú has reivindicado la visión y la libertad del espíritu vivo.

EL SOLDADO. *(Se arrodilla delante de ella.)* Los malvados salidos del infierno te glorifican, porque tú les has mostrado que el fuego que no se apaga es un fuego sagrado.

EL VERDUGO. *(Se arrodilla delante de ella.)* Los torturadores y los verdugos te glorifican, porque tú les has mostrado que sus manos son inocentes de la muerte del alma.

CARLOS. *(Se arrodilla delante de ella.)* Los humildes te glorifican, porque has tomado sobre ti la carga heroica que es demasiado pesada para ellos.

JUANA. ¡Pobre de mí cuando todos los hombres me glorifican! Os pido que recordéis que soy una santa y que los santos pueden obrar milagros. Y ahora decidme, ¿debo levantarme entre los muertos y regresar a vosotros como una mujer viva?

*Una oscuridad repentina hace desaparecer las paredes de la habitación en el mismo instante en que se ponen de pie consternados. Solo los personajes y la cama siguen siendo visibles.*

JUANA. ¡Qué! ¿Debo arder de nuevo? ¿Ninguno de vosotros está dispuesto a recibirme?

CAUCHON. Siempre es mejor que el hereje esté muerto. Y los ojos mortales no pueden distinguir al santo del hereje. No los molestes. *(Sale por donde había llegado.)*

DUNOIS. Perdónanos, Juana. No somos lo suficientemente buenos para ti. Debo volver a mi cama. *(También se va.)*

WARWICK. Lamentamos sinceramente nuestro pequeño error, pero las necesidades políticas, aunque sean en ocasiones erróneas, siguen siendo imperativas, así que, si tenéis la amabilidad de excusarme... *(Desaparece con discreción.)*

EL ARZOBISPO. Tu regreso no me convertiría en el hombre que una vez pensaste que era. Lo único que puedo decir es que, aunque no me atrevo a bendecirte, espero que un día pueda disfrutar de tu bendición. No obstante, mientras tanto... *(Se va.)*

EL INQUISIDOR. Yo, que estoy entre los muertos, testifiqué aquel día que eras inocente. Pero no veo cómo se podría prescindir de la Inquisición en las circunstancias actuales. Por eso... *(Se va.)*

DE STOGUMBER. Oh, no vuelvas, no debes volver. Debo morir en paz. ¡Danos paz en nuestra vida, oh, Señor! *(Se va.)*

EL CABALLERO. La posibilidad de su resurrección no se contempló en el reciente procedimiento para su canonización. Debo regresar a Roma en busca de nuevas instrucciones. *(Hace una reverencia formal y se retira.)*

EL VERDUGO. Como maestro en mi profesión, debo tener en cuenta sus intereses. Y, en última instancia, mi primer deber es con mi esposa e hijos. Necesito tiempo para reflexionar sobre esto. *(Se va.)*

CARLOS. ¡Pobre Juana! Todos han huido de ti, excepto este rufián que a las doce debe regresar al infierno. ¿Y qué puedo hacer yo más que seguir el ejemplo de Jack Dunois y regresar también a la cama? *(Lo hace.)*

JUANA. *(Triste.)* Buenas noches, Carlitos.

CARLOS. *(Murmura en la almohada.)* Bu... no... *(Duerme. La oscuridad cubre la cama.)*

JUANA. *(Al soldado.)* ¿Y tú, el único que me es fiel? ¿Qué consuelo tienes para santa Juana?

EL SOLDADO. Bueno, ¿qué importan todos estos, estos reyes, capitanes, obispos, abogados y gente por el estilo? Te dejan en la cuneta para que sangres hasta morir y a continuación los encuentras allí abajo, por muchos aires de grandeza que se den. Lo que yo digo es que tienes tanto derecho a tus opiniones como ellos a las suyas, o quizá más. *(Se dispone a dar una conferencia sobre el tema.)* Verás, es como esto. Si... *(Se oye suavemente, procedente de una campana lejana, la primera campanada de la medianoche.)* Perdonadme, una cita urgente... *(Sale de puntillas.)*

*Los últimos rayos de luz se unen en un haz blanco que desciende sobre Juana. Siguen tocando las campanadas.*

JUANA. Oh, Dios que creaste esta hermosa tierra, ¿cuándo estará dispuesta a recibir a tus santos? ¿Hasta cuándo, oh, Señor, hasta cuándo?

FIN

## NOTAS

1. Batalla que tuvo lugar el 12 de febrero de 1429 al norte de Orleans cuando una fuerza de unos 4.000 franceses atacó un convoy de arenques protegido por unos 1.500 ingleses. A pesar de la superioridad numérica, los franceses fueron derrotados. *(N. del T.)*
2. Expresión que deriva de la palabra «bedlamismo», que es un término en desuso para referirse a la locura y hace referencia al hospital de Bedlam, en Londres, que se considera el manicomio más antiguo de Europa. Un rey bedlamita sería, por tanto, un loco que se cree rey. *(N. del T.)*
3. Se refiere al Sombrero Loco de *Alicia en el país de las maravillas*. *(N. del T.)*
4. También llamado espectro de montaña, es la sombra aparentemente enorme y magnificada de un observador que se proyecta sobre la superficie superior de las nubes o un banco de niebla. Es un fenómeno que se produce habitualmente en zonas montañosas. *(N. del T.)*
5. Véase el milagro de Jesús en el Evangelio de Mateo 8, 28-34. *(N. del T.)*
6. Se refiere al mariscal de campo lord Roberts, que fue enviado en 1899 a luchar contra la revuelta de los bóeres en Sudáfrica. *(N. del T.)*
7. Se refiere al caballero francés Pierre Terrail LeVieux, señor de Bayard (1476-1524), cuya vida fue contada en una crónica de la época que dio origen a la leyenda del «caballero del miedo y sin tacha», que simboliza los valores de la caballería francesa de finales de la Edad Media. Esther Summerson es un personaje de la novela de Charles Dickens *Casa desolada*. *(N. del T.)*
8. En el mundo anglosajón se suele diferenciar entre la Edad Oscura y la Edad Media, la primera de las cuales corresponde a lo que en la historiografía española es la Alta Edad Media y la segunda, a la Baja Edad Media. *(N. del T.)*
9. Edith Cavell fue una enfermera británica condenada a muerte y fusilada tras un juicio sumarísimo por parte de un tribunal militar alemán el 12 de octubre de 1915. Roger Casement fue un político irlandés condenado a muerte por un tribunal británico por conspirar con Alemania para organizar un levantamiento irlandés. Fue ahorcado el 3 de agosto de 1916. *(N. del T.)*
10. Nombre que recibieron genéricamente los soldados ingleses (Tommy), alemanes (Jerry) y franceses (Pitou) durante la Primera Guerra Mundial. *Poilu* es el término francés para referirse a los soldados de infantería durante el mismo conflicto. *(N. del T.)*
11. Movimiento cristiano fundado en 1837 por el predicador británico James Banyard. *(N. del T.)*
12. Se refiere a Mary Baker Eddy (1821-1910), fundadora de la Ciencia Cristiana. *(N. del T.)*
13. Robert Browning (1812-1889), poeta y dramaturgo británico. *(N. del T.)*

14. Se refiere a la descripción de la iglesia en Laodicea en el Apocalipsis de san Juan 3, 14-22, que la acusa de tibieza en sus creencias. *(N. del T.)*
15. Rama de la Iglesia anglicana que aboga por una profundización de la reforma, frente a la Alta Iglesia, de tendencias más filocatólicas. *(N. del T.)*
16. Job 38, 16. *(N. del T.)*
17. Job 13, 15. *(N. del T.)*
18. Se refiere al médico británico John Abernethy (1764-1831), muy famoso en su época por ser autor de un libro que recomendaba entusiásticamente a sus pacientes. *(N. del T.)*
19. Se refiere a William Laud (1573-1645), arzobispo de Canterbury. *(N. del T.)*
20. Novela utópica de William Butler publicada en 1872. *(N. del T.)*
21. Literalmente, Negro y Caqui, nombre por el que se conocía a la Fuerza de Reserva de la Real Policía Irlandesa, una fuerza paramilitar empleada durante los años 1920 y 1921 por las autoridades británicas para reprimir la revuelta irlandesa. *(N. del T.)*
22. Los jueces británicos visten una toga escarlata ribeteada de armiño. *(N. del T.)*
23. Sobrenombre de Juan de Dunois, que era hijo ilegítimo de Luis de Valois, duque de Orleans. *(N. del T.)*
24. Se refiere a *sir* Francis Drake (1540-1596). *(N. del T.)*
25. Se refiere a Ricardo Neville, conde de Warwick (1428-1474), conocido por ese sobrenombre por impulsar el derrocamiento de Enrique VI, la entronización de Eduardo IV y la posterior restauración del mismo Enrique VI.
26. Actor canadiense (1879-1948), muy famoso por sus interpretaciones de obras de Shakespeare y una de las primeras estrellas cinematográficas británicas. Entre sus papeles en el cine destaca el de Matthias en *El judío errante* de 1923. *(N. del T.)*
27. Se refiere a la beata María de Maille (1331-1414) y a Marie Robine (muerta en 1399), conocida como Marie de Aviñón, Marie la Gascona y la Gascona de Aviñón, que no figura en el santoral católico. *(N. del T.)*

# ÍNDICE

Prefacio del autor

Santa Juana

ESCENA I

ESCENA II

ESCENA III

ESCENA IV

ESCENA V

ESCENA VI

EPÍLOGO

Su opinión es importante.  
En futuras ediciones, estaremos encantados  
de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

Para adquirir nuestros títulos, consulte con su librero habitual.

«Compréndelos a todos.  
Ama y admira solo a unos pocos.»\*  
ALBERT CAMUS

«*I cannot live without books.*»  
«No puedo vivir sin libros.»  
THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol  
por cada título publicado.

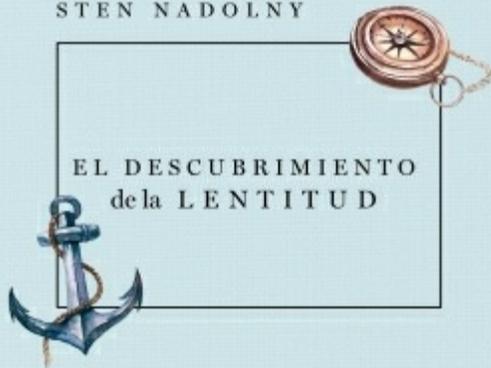


\* Frase extraída de *Breviario de la dignidad humana* (Plataforma Editorial, 2013).



«Absolutamente impresionante.»  
*The Times Literary Supplement*

STEN NADOLNY



Con un prólogo de Carl Honoré  
y un epílogo del autor, ambos inéditos en castellano

Casi dos millones de ejemplares vendidos en Alemania  
y traducida a 30 lenguas

# El descubrimiento de la lentitud

Nadolny, Sten

9788417376062

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Traducido a 30 idiomas y con más de 2 millones de ejemplares vendidos Desde que era niño, John Franklin soñaba con el mar, pese a que la lentitud con que llevaba a cabo cuanto se proponía no lo hacía la persona más adecuada para los rigores de una vida de mariner. Franklin percibía el tiempo de una forma singular, y su capacidad de recordar con la mayor precisión todo aquello que captaban sus sentidos lo convirtió en uno de los navegantes más interesantes de todos los tiempos. Tras alistarse en la Marina, se vio obligado a tomar parte en la guerra, aunque lo que de verdad anhelaba era surcar en paz los mares y descubrir el legendario Paso del Noroeste. A esa búsqueda dedicaría todos sus esfuerzos al mando de un barco...Basada en la vida del propio Franklin, célebre por sus exploraciones en el Polo Norte, esta extraordinaria novela es también un estudio sobre la lentitud como el arte de dar un sentido al ritmo de la vida.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao  
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma  
Actual



**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional**

# El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno.

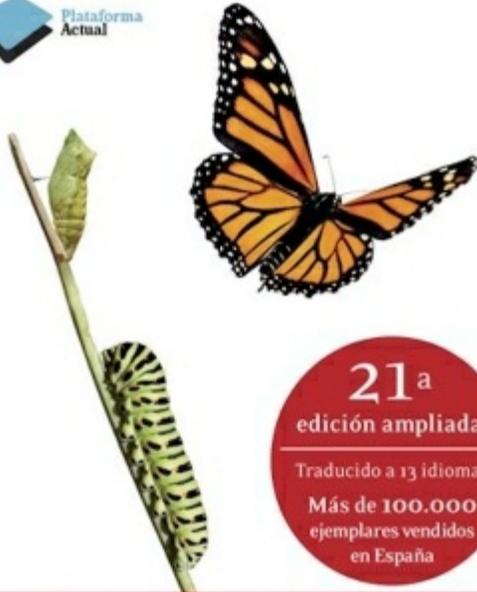
"Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed  
"Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños  
"Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción  
"100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



**21<sup>a</sup>**  
edición ampliada

---

Traducido a 13 idiomas  
Más de 100.000  
ejemplares vendidos  
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras que no puedes fallar?

# Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con  
pasión y entusiasmo

**Victor Küppers**



Solo se vive una vez, pero una vez es  
suficiente si se hace bien

# Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Vivir con **ABUNDANCIA**

Por qué algunas personas consiguen  
lo que se proponen y otras no

**SERGIO FERNÁNDEZ**

Plataforma  
Actual



Por el autor de  
**Vivir sin jefe**  
y **Vivir sin**  
**miedos**

**El éxito tiene sus reglas y conocerlas  
lo hace todo más fácil**

# Vivir con abundancia

Fernández, Sergio

9788416256471

237 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Por qué algunas personas consiguen lo que se proponen y otras no. Algunas personas materializan todo aquello que desean sin esfuerzo; otras parecen condenadas a una vida de resignación y sufrimiento. Vivir con abundancia no es un libro: es una revolución que te permitirá pasar a formar parte –y para siempre– del primer grupo. La vida es un juego que tiene sus propias reglas. Comprenderlas e interiorizarlas te permitirá manifestar la abundancia de manera natural. En esta obra práctica y optimista, Sergio Fernández te ofrece las diez leyes para cristalizar tus sueños, así como las treinta claves prácticas para incorporarlas. "Un mapa para cristalizar nuestros sueños a través de una lectura inspiradora y muy necesaria", Pilar Jericó. "Aprecio a Sergio, respeto su trabajo y admiro su frescura. Es un ejemplo de lo que escribe", Raimon Samsó. "Me ha encantado su lectura. Es necesario e imprescindible", Juan Haro. "Sergio es libre, sabio, eficaz y generoso y lo que predica les da estupendos resultados a quienes siguen sus métodos", José Luis Montes. "Sergio Fernández es definitivamente el referente del desarrollo personal en España", Fabián González. "Gracias, Sergio, una vez más, por ayudarnos a crear el mundo que soñamos", Ana Moreno. "Vivir con abundancia se ha convertido en uno de mis libros de cabecera. Imprescindible", Josepe García.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

Portada	2
Créditos	3
Prefacio del autor	4
Santa Juana	71
Escena I	72
Escena II	85
Escena III	101
Escena IV	107
Escena V	121
Escena VI	132
Epílogo	159
Notas	174
Colofón	177